CARAS Y CARETAS



SIEMPRE GALANTE

Alvear. — Dígame Intendente, ¿no le gustaría anticipar su veraneo haciendo un viajecito a Europa a estudiar la situación?


LA BEBE TODO EL MUNDO
GINEBRA BOLS
EN TODAS PARTES Y EN CUALQUIER
MOMENTO SIEMPRE ES BUENA
UNICOS IMPORTADORES
MOSS y Cía. Ltda. S.A.
ALSINA, 641 — BUENOS AIRES



EL GRAN CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS

EL VEREDICTO

Tras una larga y minuciosa lectura y selección de las 800 obras remitidas, el jurado constituído por los señores D. Enrique Larreta, Dr. Carlos Ibarguren y D. Luis Pardo, dictaminó su fallo en la forma siguiente:

PRIMER PREMIO: 2.000 pesos y medalla de oro al señor V. Ruiz de Galarreta por su cuento titulado: "El Rengo". Lema: Pro Ars et eruditio.

SEGUNDO PREMIO: 1000 pesos y medalla de oro al señor Jorge Farías Gómez por su cuento titulado: "Alila". Lema: Sacha Huan.

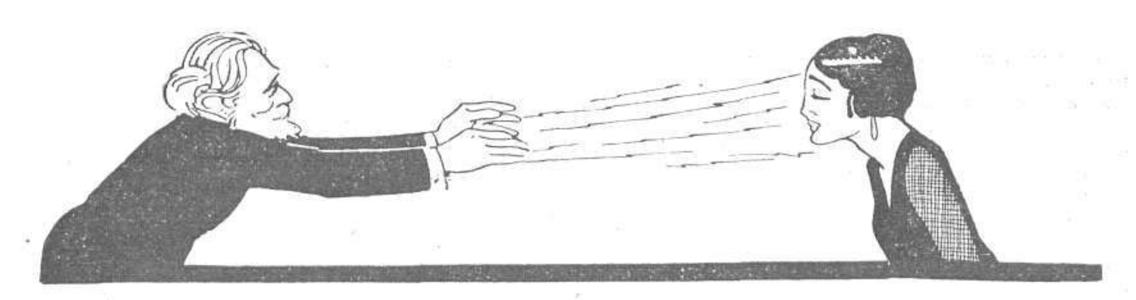
TERCER PREMIO: 500 pesos y medalla de oro al señor Manuel Rojas por su cuento titulado: "Leyendas de la Patagonia: El hombre de los ojos azules". Lema: Diez.

El éxito, superior a todos nuestros cálculos más optimistas, que ha coronado el Concurso tanto por el número como por la calidad de las novelas enviadas, hizo ardua la tarea del Jurado, el cual debe elegir entre las restantes, ya leídas, las que por su mérito merezcan ser publicadas y premiadas con 200 pesos, según la última cláusula del Certamen, la nómina de las cuales publicaremos en breve.

El número extraordinario de CARAS y CARETAS

APARECERA EL **20** DE DICIEMBRE

Los más prestigiosos escritores argentinos y americanos colaborarán en él. Se publicará la novela a la que le fué adjudicado el primer premio en nuestro gran Concurso Literario. La parte gráfica será un notable exponente del adelanto a que han llegado estas artes en el país. Ilustrarán los artículos: Alvarez, Peláez, Larco, Sirio, Macaya, Fortuny, Requena Escalada, Besares, Thibon de Libian, Bonomi y Luna - Maggioni. La forma moderna y artística en que serán presentadas las notas fotográficas, han de merecer, no lo dudamos, el beneplácito de nuestros lectores.



UNA TEORIA
DE CAMILO FLAMMARION

POR

ENRIQUE GASPAR

DIBUJOS DE MACAYA.

El vapor *Belle-Ile* se disponía a hacer el segundo y último transporte de pasajeros a bordo del magnífico paquete *Wáshington*, que, con su humoso penacho y su respiración de titán, sólo aguardaba la correspondencia para zarpar de la rada de Saint-Nazaire y tomar el rumbo del seno mejicano.

En la cubierta del pequeño remolcador, atestada de equipajes, se apiñaban los viajeros con esa cara de incertidumbre que da la contingencia de una travesía, y que tan bien los distingue de los parientes, deudos y amigos, a quienes la seguridad que les presta el uniforme sedentario no deja abandonarse (aun cuando lloren) más que a un dolor de tierra firme.

La estacada, llena de curiosos no obstante el sol canicular, parecía con su coraza de brea un enorme catafalco erigido en honor de la Santa para algún auto de fe. En el embarcadero un interminable cordón de cargadores iba y venía entre las ruedas de los ómnibus, por cuyas portezuelas se descolgaban los perezosos llegados a última hora de París, entretenidos en aprovechar las postreras escurriduras del placer.

Todo anunciaba el momento decisivo y, sin embargo, Jorge no aparecía. Por habaneros que fuesen él y su esposa, ni había cinta de sombrero con que el coquetismo excusase semejante tardanza en un día de partida, ni calma cubana que pagase dos o tres mil duros por un cigarro de sobremesa.

— *¡La poste! ¡La poste!* — gritaron por fin los mozos agobiados por el peso de cuarenta sacos de cartas y periódicos que, bajo la inspección del oficial de correos, tomaba sitio preferente en el *Belle-Ile* para ir a contar al nuevo mundo lo que en el viejo ya carecía de interés.

Aquello era la señal de *vámonos*. El chasquido de los besos, la angustia de los sollozos, el crujir de las manos al estrecharse, la elegía musical del adiós, en una palabra, había empezado con la aparición del gerente de la compañía. Una vez éste a bordo, corrióse el guión de tablas que unía el barco al muelle, el vapor dió unos paletazos para ponerse en franquía, despidiendo densas nubes de humo por sus chimeneas, y soltando un silbido, mientras emproaba al *Wáshington*, se hizo a la mar con viento en popa merced a los pañuelos que se agitaban en la escollera.

¿Qué partido tomar en semejantes circunstancias? Que Jorge no se había embarcado por el primer viaje del remolcador lo sabía por el jefe de la fuerza armada (doce hombres), que constituía la guarnición de Saint-Nazaire. Que no había desistido del regreso a Cuba, probábamelo el no existir contraorden en la agencia, donde continuaban reservados los billetes. Y de que persistía en su marcha no dejaba duda el que, según confesión del empresario de carruajes, dos ómnibus habían sido expedidos a Pornichet a las diez de la mañana con destino al americano.

Era, pues, evidente que se trataba de un retraso y no de un plan preconcebido: aunque tarde, vendría. Decidí, por ende, esperarle.

Entretúveme, pues, en ajustar condicionalmente unas barcazas para trasladar al palacio flotante a la personificación de la indolencia con su séquito en cuanto apareciese, y terminada mi previsora operación fleché los gemelos al arca misteriosa sobre la que el *Belle-Ile*, atracado, se destacaba como la natatoria de una ballena colosal.

Si el fenicio que, amarrando un par de tablas a guisa de almadía, fué el primero en surcar los mares, levantase la cabeza y viese lo que se ha adelantado en el procedimiento de pasar por agua a la humanidad, ¡cómo se avergonzaría de su pequeñez! Y sin embargo nada hay tan grande como la virginidad de la inspiración; todo lo que se perfecciona se reduce, se encoge, se achica. ¡Qué diferencia entre el reloj de siete cajas de mi abuelo y el que, encerrado en una sortija, figuraba en la última exposición de París! Al lado del primitivo quitasol de damasco grana con fleco de seda, llevado por un robusto gañán y debajo del cual se cobijaba una familia numerosa, ¡qué raquítico no parece el paraguas-bastón de nuestros días, reducido a la piel y el hueso!

Así estaba yo filosofando, que es por lo común la ocupación de los que no tienen nada que hacer, cuando un concertante de cascabeles, látigos e imprecaciones me restituyó a mi estado normal.

— ¡Ellos son! — exclamé con ese profético acento con que adivinamos lo previsto.





Y, efectivamente, aun no había detenido los caballos el conductor del primer ómnibus (por cuyas ventanillas manoteaban impacientes mi amigo y su consorte), y ya había pasado de la imperial del segundo a las espaldas de los mozos aquella pluralidad de mundos habitados por la fauna peculiar de los hoteles.

— ¿Llegamos tarde? — me preguntó con ansiedad la linda cubana, apoyándose en mi mano para tomar tierra.

— No te preocupes — interpuso su marido, con la suficiencia de un experimentado viajero.

— Con todo — objeté yo, — un poco de actividad, no por desusada podrá serte menos provechosa.

— No hay tiempo que perder — gritó el capataz de los cargadores, chorreando sudor por la faena y deshaciéndose en oficiosidad por reconocimiento a la espléndida remuneración de su trabajo.

Pero Jorge, consultando su cronómetro y como si dispusiese de la eternidad, daba órdenes y contraórdenes; se asesoraba de la existencia de tal o cual bulto y disputaba con el cochero sobre la validez de una de las monedas del cambio. Diríase que tenía prisa de hacer calma.

Por fin logré que todos nos instalásemos en las barcazas; pero aun no habíamos concluído de sentarnos cuando el reloj de la estación dió las tres, y un cañonazo repercutió por todos los ámbitos de la ciudad. Era el *Wáshington* que, a su manera, decía adiós a las costas de la Bretaña.

Hubo unos compases de espera que aunque presagiaban una tempestad quedaron reducidos a una pausa, amenizada con una sonrisa; no sé si porque en el otro mundo la contrariedad tiene cara de satisfacción o porque los cubanos no se alteran por nada. Ello es lo positivo que al ver al patrón soltar los remos y colgar un interrogante en cada comisura de sus cerrados labios, la habanera se limitó a decir:

— ¡Paciencia!

— ¡Paciencia! — repitió mi amigo, haciéndole dúo a su mujer.

Y como si aquello fuera la situación musical culminante de una zarzuela española:

— ¡Paciencia! — añadió con idéntico ritmo el coro de criados.

Yo no canté por considerarme parte de por medio.

Convidado a comer por la amable pareja, los dos ómnibus cargados de bagajes, de resignación colonial y de asombro metropolitano aliviaron su peso en las playas de Pornichet. En la puerta del establecimiento los bañistas nos recibieron con ademanes de sorpresa y aclamaciones de júbilo; pero, satisfecha la curiosidad con la repetición del canon *paciencia*, al cuarto compás de la *fuga* ya se había iniciado la dispersión.

Me quedé solo con Jorge, porque Luisa, su conjunta persona, había subido al cuarto a cambiar de traje; y mientras encendía un delicioso cigarro, que no le pedí porque me lo había dado:

— ¿Sabes — le dije con un pleonasmo censurable (si tal figura se comete en esta locución vulgar) o pecando de poco culto en obsequio de la claridad, si no hay en ella aumento de palabras inútiles — que tu pereza va a costarte un ojo de la cara?

— ¡Bah! — me respondió él, encogiéndose de hombros. — Un beso bien merece sacrificarle el puñado de onzas con que, cómplice de una carta, mato en el casino un cuarto de hora de aburrimiento.

— ¡Un beso! — exclamé yo, tan alarmado por la inmoralidad del suceso como aturdido por la funesta consecuencia que en el mercado podría acarrear semejante despilfarro de cotización

Jorge me miró con lástima, no sólo por ser más rico que yo, con lo cual usaba de un derecho, sino por tener la llave de un enigma de que yo no conocía ni siquiera la cerradura.

— He faltado al vapor a propósito — balbuceó, metiéndome la frase en el oído al par que me introducía el brazo entre el húmero y la cuarta costilla.

— ¿ A propósito? — respondí yo como los chicos de la escuela que, no acertando con la lección, responden al maestro con su misma pregunta.

— Verdad es que como hace ocho días que no pareces por aquí, no te hallas al corriente de lo que ocurre.

— Habla — insistí con impaciencia.

— Estoy enamorado.

— ¿Tú? — rugí yo como un energúmeno, sin acordarme de que a no ser Jorge mi amigo, acaso lo estuviera yo a aquellas horas de su mujer, con perdón sea dicho de la mía.

— No te alarmes. Mi pasión está localizada; amo *in partibus*.

— Pero ¿a quién?

— A unos labios mitológicos, olímpicos, de que es portadora una princesa rusa que hace una semana veranea aquí con nosotros.

Iba a exigirle más amplios detalles cuando Jorge, desasiéndose de mi brazo, corrió a saludar a una señora de cuyos atractivos no pude formar concepto fiel, sin duda por no ir vestida. Quiero decir que llevaba puesto su traje de baño; y a mí, individuo de una sociedad morigerada, en que los paños forman parte integrante de la estética, me sucede con la parte plástica de la mujer lo que al muchacho aquel con el cuadro de nuestros primeros padres: que no sabía quién era Adán y quién Eva, porque ambos estaban desnudos.

Lo que se hablaron yo no lo sé; sólo oí que al despedirse, Jorge le dijo en un francés que parecía la letra de un tango:

— Ya ve usted que cumplo mi palabra.

A lo que ella contestó en pura lengua de Racine:

— Y yo no faltaré a la mía.

La princesa invadió los dominios de Neptuno, acusando con el gesto el nivel que a cada paso alcanzaba el agua; por fin se echó a nadar de bruces, y las olas, hinchando la parte más holgada del indumento, la hizo semejar sobre la superficie del océano a una galera que con toldo y todo vadease una inmensa laguna.

Jorge, atravesando el arenal, se restituyó a la terraza y me dijo:

— Ya la has visto. ¿Qué te parece?

— Muy vulgar — le respondí.

— Pero esos labios que tienen vida

aparte, como los dientes de la Berenice de Edgardo Poe, y que fascinan como los ojos verdes de la heroína de Bécquer...



Y con efecto, destacados sobre la blancura de la cara como sobre limpio mantel, tomáranse aquellos demonios tentadores del apetito del cubano por dos diminutas rajas de sandía de Valencia, convidando con su roja pulpa a combatir los rigores de la estación.

— Creo, sin embargo — añadí, prosiguiendo mi tarea de moralista, — que, vencedor según te supongo, no vale el pecado de reincidencia el contratiempo que te procura.

— ¿Vencedor? — adujo mi amigo con el gesto que debió tomar Napoleón a su regreso de la campaña de Rusia.

— ¡Cómo! ¿Habrás tenido el poco tacto de presentarte a ella sin diamantes?

— No la corrompen dádivas; se trata de una señora

Yo me reí como un caballero, esto es, sin que Jorge se percatase, y continué:

— Pues si ya te significó el desahucio y no puedes aspirar a casarte con tu princesa, ¿qué te propones?

— Satisfacer un capricho: intercalar un capítulo de novela en el árido volumen de la historia de mi vida.

Y aquí Jorge me refirió, con verdadero lujo de detalles, cómo había puesto a sus plantas una fortuna, que ella había rechazado con su diminuto pie (mi amigo era miope). Cómo, perdonado de tan grosero error por la gran dama... (usaba vidrios de aumento), le había ofrecido un corazón, de que la altiva rusa no consintió en privar a la esposa legítima.

Y cómo, por último, la mujer tiene algo de teatino, por aquello de que donde dice *no*, léase *sí*.

— Figúrate — prosiguió el enamorado Macías — que mientras esta mañana, con mi sacocha en bandolera, esperaba yo en el salón que Luisa diese término a su tocado para meternos en el ómnibus y correr a sepultar mi derrota en la virgen América, mi boyarda penetra en el recinto.

«— ¿Parte usted? — me pregunta, tiñendo de rojo sus palabras al hacerlas pasar por el tamiz de sus labios.

«— Sí, señora, huyo — le respondí. Y arrastrado por la desesperación en aquella postrera entrevista:

«— Cruel — tartamudeé tras breve pausa — es abandonar de este modo a quien sólo aspira a no separarse de usted como de un extraño.

«— Mi honor... — balbuceó ella, volviéndosele labios toda la cara con el tinte del rubor.

«— Tranquilícese usted... Yo lo respeto».

Sin haberlo tratado nunca — estuve a punto de interrumpir; pero Jorge no me dejó, continuando así su discurso:

«— Mi pasión se daría por satisfecha con tan poco. ¡Un beso! Un beso y soy feliz. — La princesa bajó los ojos para convencerse a sus solas de que el hombre que podía solicitar un premio se contentaba con un accésit. Y con voz temblorosa:

«— ¿Quién me puede asegurar — repuso — que es el amor y no el capricho quien habla?

«— Mi lealtad — objeté. — Sométame usted a la prueba; impóngame usted un sacrificio.

«— Pues bien — adujo ella resueltamente: — suspenda usted su viaje; rinda usted este tributo a mi fantasía de mujer, y, convencida de que no regatea usted el precio del galardón, esta noche a las nueve me asomaré a la ventana de mi cuarto que da al jardín». — Te advierto que la ventana tiene reja.

— ¡Desgraciado! — vociferé. — Mordiste el anzuelo. Esa seudo princesa debe ir de cuenta y mitad con el dueño del hotel.

— Te equivocas; parte mañana por el tren de las ocho.

— Yo en tu lugar le hubiera puesto sobre la falda el valor del pasaje, cobrándome sobre el terreno.

— ¿Para sublevar su decoro? Además, que apenas tuve tiempo sino de aceptar el pacto; porque la cortina del gabinete contiguo, levantada por una mano misteriosa, dió paso a mi mujer, escondida en una barricada de mantas y sombreros.

— ¿Tu mujer? — exclamé. — Estás perdido.

— ¿Por qué?

— Porque debió oírlo todo. Estaba en acecho.

— Así lo temí al pronto, pero su calma desvaneció mis temores. La menor sospecha la hubiera hecho saltar como una leona herida. Conozco su genio.

— Es que a veces...

— Ni sombra de duda.

Nuestro diálogo fué interrumpido por la aparición de Luisa, que, tan sencilla como elegantemente ataviada, invitónos a dar con ella un paseo.



La amabilidad con que dejó a Jorge la elección de rumbo, el mimo en que le envolvía y la sumisión de que venía armada, eran indicio fehaciente de que la cabeza dominaba al corazón de la habanera; en

quien, si el enojo no había estallado ante la convicción de la infidelidad, debíase por lo visto al deseo de madurar algún atroz proyecto de venganza. Más de una vez dí con el codo a mi amigo para aguijonearle el temor; pero su mirada, al posarse en mí, traducía una tranquilidad tan absoluta, que, poniendo los aisladores de la indiferencia en el telégrafo de mi prevención, interrumpí las comunicaciones, exclamando para mis adentros:

— ¡Que todos hayamos de ser lo mismo!...



Una hora más tarde la campana nos congregaba en el comedor, donde tomé asiento entre Luisa y su marido y en frente de la princesa rusa.

Presidía la mesa Camilo Flammarión, con cuya amistad me honraba desde hacía dos meses que, abandonando el bullicio de París por el quietismo de la antigua Armórica, había llegado, con su inteligente esposa, a las playas de Pornichet con el fin de corregir las pruebas de su libro *Las tierras del cielo*.

Los que no conozcan personalmente al autor de *Lumen*, a esa inteligencia poderosa que a los veinte años provocaba las iras de Le Verrier, perdiendo su plaza en el Observatorio por la publicación de la *Pluralidad de los mundos habitados*, se lo imaginarán reflexivo, encanecido por el estudio y demacrado por la vigilia. Pues nada de eso: Camilo Flammarión, en 1876, época en que se desarrollan estos acontecimientos, llevaba sus treinta y cuatro años con la desenvoltura del hombre de mundo, sin que, hipócrita de su talento, ni una arruga revelara su oficio de pensar, ni un átomo del polvo de archivos y bibliotecas desluciese la corrección de su negligente pero elegante traje. Bajo de estatura, desembarazado en sus movimientos, con la barba corta y espesa, sus cabellos castaños a lo Bressan o en cepillo, decidor, humorístico, retozón, necesitaba firmar su figura para identificarla. Orbaneja de la ciencia, tenía que poner al pie: «esto es un sabio» para que no se le tomara por un agregado de legación con ribetes de poeta y de artista.

Por supuesto que en cuanto hablaba descubría el abolengo. Nada tan delicioso como una de esas conferencias en que, haciendo astros de las frutas esféricas y órbitas de las fuentes oblongas, convertía la mesa en mapa sideral, transformando al más lego de sus oyentes en un Secchi o un Faura. Ni se presuma que la astronomía era la sola cuerda de su arco intelectual: ávido de saber, toda ciencia nueva o desenterrada tenía en Flammarión un prosélito que, sin rebuir los principios, se burlaba no obstante de las aplicaciones. En quiromancia nos leía el porvenir por las líneas de las manos, si bien aseguraba que era más fuerte en revelar lo pásado, sobre todo el de sus amigos. Discípulo de Allan-Kardec, sabía por un *medium* que su espíritu se había refugiado siglos atrás en la envoltura de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, pero, añadía, que sin duda el autor de *La Araucana* agotó el filón poético en su obra, por cuanto a él le había quedado el oído tan duro que nada a su juicio rimaba más perfectamente que *mujer* con *hombre*.

En magnetismo se quejaba de [illegible] logrado dormir en su vida más que a un juez apoplético y a algunos oyentes en sus conferencias astronómicas del *boulevard des Capucines*. En resumen, Flammarión tenía el talento de no ser sabio más que de oficio, para poder vivir en privado al nivel de todo el mundo.

Durante los primeros platos, la conversación se redujo a un fuego de guerrillas entre los vecinos: nadie dudaba que, como de costumbre, el ilustre picardo acabaría por apagar con el cañón tonante de su elocuencia los repetidos disparos de fusilería, y todos se apresuraron a quemar sus cartuchos chismográficos para consagrarse libremente a oír el poderoso aliento del Krupp.

— ¿Se ha fijado usted en los labios de esa señora? — me preguntó Luisa, señalándome a la rusa. — De buena gana se los robaría.

Yo contesté con un madrigal, mientras le daba un codazo al marido, que desde hacía un cuarto de hora no quitaba los ojos de la moscovita, provocando con su mirada de besugo las encubiertas alusiones de su mujer.

Por fin se le ocurrió al astrónomo hacer una observación en voz alta, y, como si se tratase de una sesión pública, todos se impusieron silencio.

— Creí que ya nos había usted abandonado para siempre — dijo Flammarión, honrándome con su reproche por mi ausencia.

— No me lo hubiera permitido — respondí — sin estrechar antes esa mano con que hace dos meses me entregó usted el título de amigo suyo.

— ¿Y juzga usted que sea la misma? Yo por mi parte lo dudo.

Los circunstantes nos miramos con extrañeza, tomando sus palabras por una reconvención.

— ¿Acaso — tartamudeé poniéndome en guardia — me he vuelto indigno de su simpatía?

— Perdóneme usted — repuso el interpelado sonriendo — que haya despertado su suspicacia por no haber explicado bien. Hablo literalmente. Quiero decir que esa mano, cuyo recuerdo usted evoca y que me perteneció hace dos meses, hoy tal vez es propiedad en partículas infinitesimales de los que desde entonces hayan estado en contacto más o menos directo conmigo.

La cabeza de cada oyente, erguida sobre la columna vertebral en posición de pregunta, obligó al conferenciante a ser más explícito, e interpolando raudales de ciencia (de que yo prescindo por ignorancia), con amenísimas consideraciones, que la falta de recursos propios no me permite imitar, Flammarión paseó su teoría por entre aquellas dos filas de humanos interrogantes.

En su opinión, nuestro cuerpo está formado de átomos imperceptibles que se congregan por la fuerza de la atracción; pero esta misma ley que los reune, los disgrega también cuando la influencia atractiva de otro cuerpo vecino es mayor, o simplemente cuando, en virtud del propio movimiento, corren a ejercer sus funciones en otra parte estos animáculos, que no otra cosa que bichos imperceptibles son dichas moléculas y todas las demás que, según su substancia y organización, [illegible]an las





zonas líquida, gaseosa y sólida del planeta cuya esencia constituyen.

Ahora bien: como el movimiento es incesante, pues sin él no tendría explicación la vida, la renovación de los átomos resulta continua también; y de ahí la consecuencia lógica de que tal miembro que adorna hoy a una individualidad, no por afectar la misma forma deja de estar mañana compuesto de nuevas materias y ser, por consiguiente, distinto.

Cuando uno se lava, trueca, al restregarse, una multitud de partículas musculares por otra equivalente de infusorios del agua, que como más sanos le purifican; por contra, cuando le sale un grano ha hecho un mal negocio.

En el cólera, en el tifus, en la tisis, en todas las enfermedades, en fin, la ciencia reconoce ya por causa la existencia de animáculos en estado morboso. ¿Y qué fenómeno se verifica en tal caso? El mismo que cuando una epidemia se cierne sobre una ciudad: los habitantes la abandonan; por eso el hombre enfermo enflaquece.

— Todo, según esta teoría — dijo Flammarión terminando su discurso — está sujeto a transformaciones, y nada más ridículo para el frío observador que ver el entusiasta de Orfila, por ejemplo, abandonarse a transportes de efusión creyendo estrechar la mano del sabio cuando oprime la del almírez de su laboratorio, o sorprender al enamorado marido imprimiendo un beso en la que juzga mejilla de su adorada esposa y resulta carne de pescuezo de su insoportable suegra.

Una sonora carcajada sucedió al humorístico epílogo del disertante. Hubo, sin embargo, dos abstenciones: el matrimonio cubano se mantuvo impasible. Jorge, espiritista furibundo y partidario decidido de todo lo que no entendía, entrevió en las nebulosidades de aquel principio algo aplicable a su situación, e, inflamado por la esperanza del porvenir, murmuró en mi oído, clavando sus ojos en la princesa:

— Pues lo que es el belfo inferior me lo llevo a la Habana.

La rusa, por una coincidencia extraña, se mordió la parte como si tratara de defenderla.

Luisa, persiguiendo su idea, preguntó a Flammarión, con interés que la vendía para todos menos para el obcecado de su marido:

— Y diga usted... esa permuta de átomos ¿puede verificarse a voluntad? Más claro: una persona que envidiase, *verbi gratia*, el color de la tez de otra, ¿conseguiría por la fuerza de la atracción hacerse con las moléculas objeto de su codicia?

— Indudablemente — respondió el sabio; — con tal de que el espíritu del que se impone tenga dominio suficiente para vencer la natural oposición del que resiste. Es el fenómeno de la simpatía, que, sin saber por qué, en una reunión de desconocidos nos empuja con preferencia hacia un individuo determinado; o que hace que entre dos que se hablan por vez primera haya uno que a los cinco minutos se sobreponga al otro.

Luisa no quiso saber más, y fijando sus hermosos ojos en la rusa como si pretendiera magnetizarla, hizo converger los rayos de su mirada ardiente en aquellos labios enemigos con tal insistencia, que me creí en el deber de llamar la atención de Jorge; pero éste no me hizo caso, entretenido en celebrar la ocurrencia de un señor gordo, que, cogiendo un puñado del ensortijado y abundante cabello del cubano:

— Caballero — le decía, — no me haga usted una resistencia muy tenaz. ¡Tiene usted tanto de sobra!

El interpelante era calvo como una rodilla.

La amena y variada conversación del astrónomo poeta versó hasta la terminación de la comida sobre asuntos diferentes y a cual más interesante. Nos habló de los eclipses, de la organización de los habitantes en ciertos planetas, donde vuelan en vez de andar, y sobre todo de su viaje de boda, consistente en una expedición en globo; reto lanzado a la humanidad desde el tálamo de su barquilla, con la convicción de que por nadie había de ser profanada aquella nupcial alcoba.

El café nos fué servido en el salón; las señoras tocaron nocturnos patéticos y los hombres cantaron cancioncillas de doble fondo. Luisa no cejaba en su empeño, y aun ponía todo su conato en que Jorge se percatara de su conducta.

A las nueve menos cuarto la princesa dejó la estancia, y desde aquel punto principiaron las impaciencias de mi amigo. Iba y venía proponiendo juegos para dar animación a la tertulia, con el propósito deliberado de aprovechar un momento de bullicio y escabullirse.

— Y bien, ¿cuál es mi suerte? — exclamó presentando la palma de su mano a Flammarión para infundir el contagio a los demás.

— Negra — repuso el improvisado nigromante, consultando





las líneas. — En breve recibirá usted una amarga decepción.

Jorge se puso pálido, porque ya hemos dicho que creía a pies juntillas en adivinaciones, augurios y vaticinios; pero la hora avanzaba y el deseo se sobrepuso al temor.

— ¿Querría usted magnetizarme? — preguntó bruscamente Luisa al escritor insigne.

— Lo intentaré, señora — repuso éste galantemente. — Pero temo que se inviertan los *términos*.

Todos aplaudieron la idea y en particular Jorge, que, conocedor de la incredulidad de su mujer en materia de magnetismo, deseaba aprovechar tamaña coyuntura para convencerla, abusando felonamente de su sueño con la asistencia a la cita.



La sesión dió principio en medio del general silencio. Luisa recibía las corrientes de flúido como Aquiles las flechas de los troyanos: en la convicción de su invulnerabilidad. Por fin dieron las nueve; percibió una sombra que furtivamente se deslizaba por la puerta de salida, y dejando transcurrir los minutos estrictamente precisos para que un hombre a buen paso pudiese llegar al jardín y esbozara el prólogo de una infidelidad:

— Tráigame usted en seguida a Jorge — me dijo. — Siento que el sueño me domina y no quiero privarle del triunfo de asistir a la abdicación de mi error.

Su mirada suplicante era tan elocuente... Pedíame tan a las claras el beneficio de mi discreta complicidad en sus proyectos que, persuadido de un resultado saludable para Jorge y deseoso de evitar a éste ulteriores consecuencias con la prolongación de la entrevista, corrí en su busca sin hacerme repetir la orden.

Al llegar yo al jardín las hojas de una ventana se cerraron con estrépito. Jorge, al reconocerme, se arrojó en mis brazos ebrio de felicidad y se dejó conducir al sitio del espectáculo sin la menor violencia. Sus ojos estaban extraviados; su sonrisa era más bien una mueca: se chupaba los labios como los chicos después de haber comido caramelos y balbuceaba por intermitencias:

— ¡Qué perfume!... ¡Qué finura!... ¡Yo no he sabido hasta esta noche lo que era un beso!...

Las luces de la sala provocaron una reacción en mi amigo, y, tomando el continente del esposo inmaculado, rompió las filas de los curiosos para hacerse visible a su consorte, que, como si sólo aguardase la aparición del infiel, cerró beatamente los párpados, con gran júbilo del astrónomo, en quien las manchas de la transpiración habían convertido su traje de dril en un planisferio de Dufour.

— ¿Se ha dormido? — inquirieron los circunstantes apagando la voz.

Flammarión, disimulando su incredulidad, dió su misión por terminada y declinó en Jorge el derecho de satisfacer la pública expectación.

Entonces el cubano, no sé si por cerciorarse él mismo o por ese bastardo sentimiento de indignación que produce en el infiel la mujer propia al compararla con la ajena, empezó esa serie de torturas que los inteligentes en magnetismo infligen a sus casos para probar su sabiduría. Dislocaciones de dedos, pellizcos, alfilerazos, todo salió a colación, sin que la víctima dejase escapar una queja.

¡Ah! La mujer que sucumbe no merece perdón, porque en honor de la verdad resiste cuanto quiere.

— *Pregúntele* usted algo — interpuso el señor gordo, que no se separaba de Jorge ni un momento a fin de rozar en cuanto podía su desnudo occipucio con la zalea de mi amigo.

El coro repitió la frase, y el marido atacó el siguiente diálogo con su despierta mujer:

— ¿Me conoces?

— Sí.

— ¿Quién soy?

— Un imbécil.

La educación contuvo una carcajada.

— Nómbrame.

— Jorge.

El temor de nuevas alusiones suspendió el interrogatorio, pero las súplicas fueron tan reiteradas que nuestro héroe prosiguió:

— ¿De dónde vengo?

— Del jardín.

Lo terminante de la respuesta hizo presumir a Jorge que se había extralimitado en la pregunta, y no queriendo correr en lo ridículo de una revelación, se dió por satisfecho con lo oído.

No debió suceder, sin duda, otro tanto en la reunión desde un ángulo de la sala:

— ¿Y qué ha ido a hacer allí?

— Tomar el rábano por las hojas — repuso humorísticamente la hipnotizada.

Un murmullo de extrañeza circuló por el auditorio.

— ¡A ver! Que la despierten — dijo Jorge, sudando tinta y poniendo a Flammarión de un puñado delante de su mujer.

El picardo, que parecía gozar mucho con la aventura, hizo esfuerzos titánicos por destruir las corrientes, pero Luisa no salía de su letargo.

— Por las trazas quiere hablar más — objetó, declarándose vencido.

— Sí, que prosiga — clamaron todos.

— Se lo prohibo — vociferó el cubano, perdiendo su calma.

— Y yo se lo mando — arguyó el de la voz de trueno, que no era otro que un bañista ventrílocuo que aprovechaba aquella ocasión de lucir su habilidad.

Luisa, sin hacer caso de su marido y como dominada por el estridente acento subterráneo que se le imponía, hizo a los circunstantes el relato de la pasión de Jorge por los labios de la rusa, la entrevista que por la mañana habían tenido ambos en el salón, los subterfugios con que el infiel había conseguido llegar tarde al *Wáshington* y, finalmente, la cita en el jardín.



— Pero así son todos — añadió con una sonrisa burlona en que se concentraba su enojo; — corren tras una ilusión sin reparar que pronto o tarde les ha de atraer un desengaño: mi marido ha pagado a peso de oro una caricia en que ha pretendido descubrir nuevos y dilatados horizontes de placer, sin darse cuenta de que estaba siendo

juguete de una mistificación del azar. Sí; envidiosa yo de aquellos labios que podían robarme su cariño y aleccionada por la teoría del ilustre astrónomo, he acumulado durante la comida todas las fuerzas de mi voluntad, todo el dominio de mi atracción; y molécula por molécula, átomo por átomo, he logrado hacer míos aquellos enemigos de mi tranquilidad, trocándolos por mi boca despreciada. Jorge, al abandonarse a mi rival, no ha hecho sino besar los labios de su mujer: ¡ha encontrado seductor en otra lo que en mí le mantenía insensible y ha disipado una fortuna en lo que muy bien podía haber saboreado gratis!



....

El espanto del reo superó al asombro de la masa de los oyentes.

Cumplida su venganza, Luisa no opuso resistencia a que se la despertase.

— ¡Qué! ¿Me he dormido? — preguntó hipócritamente, ayudando con los dedos a que los párpados se abrieran.

— Sí; y has soñado — tartamudeó Jorge, buscando una pública vindicación.

— ¡Cómo! Pues ¿qué he dicho?

— Tonterías.

Y muy penetrado de que todo aquello no había sido una maquiavélica invención de su cara mitad sino resultado del fenómeno de doble vista del magnetismo, pretextó un malestar y se retiró del salón con Luisa; no tanto con el objeto de evitar que un imprudente iniciase a ésta en las profundidades de una revelación (que como buen *medium* fingió siempre no recordar), como para hacer tumba a su cuarto de las confusiones en que se ahogaba su espíritu por la decepción de su primera y última infidelidad hasta la fecha.

Al día siguiente, sin despedirse ni siquiera de mí, salió el matrimonio con su séquito para el Havre de Gracia a fin de restituírse a Cuba por la vía de Nueva York, dejando escrita una de las páginas más curiosas en los anales chismográficos de Pornichet.

Un año después recibí una carta de Jorge, de la que, con toda reserva, entresaco hoy los párrafos siguientes:

« Soy feliz, muy feliz; poseo una esposa inmejorable, a quien adoro y engaño en una pieza: el trueque de los labios me procura la doble ventaja de acariciar a mi mujer mientras beso a la infidelidad.

« Soy criminal sin faltar a la fe jurada, y hermano la tranquilidad de conciencia que da la pacífica posesión del bien propio con el seductor sobresalto que origina el mordisco en la fruta del cercado ajeno.

« Soy como si dijéramos adúltero a domicilio.

« Y digo bien, porque no salgo de casa ni recibo a nadie por miedo de que la dispersión de las moléculas me prive, por una atracción inesperada, de esta ventura de que disfruto por partida doble.

«Luisa soporta resignada la reclusión, y hasta voy sospechando que le gusta.

« ¡Pobrecita!

« Ignora que, a la par que es el modelo en que se inspira el numen de mi pasión por sus virtudes, me hace veces de maniquí para plegar los paños con que visto mi fantasía.

« Se me olvidaba contarte que hace unos meses pasó por aquí la princesa rusa, acompañada de un banquero holandés.

« ¡Con qué desprecio pasé a su lado y desatendí sus insidiosas maquinaciones para pervertirme, en la seguridad de que aquellos labios, foco en algún tiempo a que convergieran mis eróticas aspiraciones, los poseía yo en mi hogar, incrustados en la estatua de la pureza y animados por el fuego reparador y lento del cariño, que no chisporrotea, pero sí abriga!

« Esta idea, sin embargo, me sugirió otra de orden inverso, y tomando pie de una jugada dudosa en el Casino, reté al neerlandés (esposo apócrifo de la rusa), a quien propiné en el terreno un balazo sin consecuencias, que aceleró su partida.

« ¿Crees tú que fueron los celos la causa de mi arrebato?

« Mucho te equivocas; llevóme al campo mi dignidad de esposo ofendido; porque, invertidas las bocas, la de la princesa resultaba ser la de Luisa, y yo no debía tolerar decentemente que el bátavo besase a mi mujer.

« Sí, ésta es la sola sombra de mi existencia: los remordimientos de lo pasado, que se levantan justicieros sobre mi dicha presente.

« Yo no puedo batirme con todo el mundo, y, por más que trato de olvidar mi desventura, cada vez que me entrego a la infidelidad mental sobre los labios que mi Luisa me ofrece como suyos, una voz misteriosa me grita desde el fondo de mi conciencia:

« — ¿Con quién te estará engañando tu mujer en este momento? »

....

Yo no sé si el caso encierra o no filosofía; lo que me atrevo a asegurar es que la linda habanera había tomado con su marido la más horrorosa, pero la más productiva de las venganzas.







DICHO Y HECHO, POR SIRIO

TODOS SE JUBILAN

El reloj del Cabildo. — ¡A mí es el primero a quien han jubilado!

UNA EXCEPCION
Roca. — ¡Qué suerte! Yo me voy a jubilar como gobernador no intervenido.

RESIGNACION
De la Torre. — Yo debo ir pensando en jubilarme en calidad de candidato a la Presidencia.

JUBILACION FRIGORIFICA
Cantilo. — Yo, como defensor de las carnes congeladas debo jubilarme.

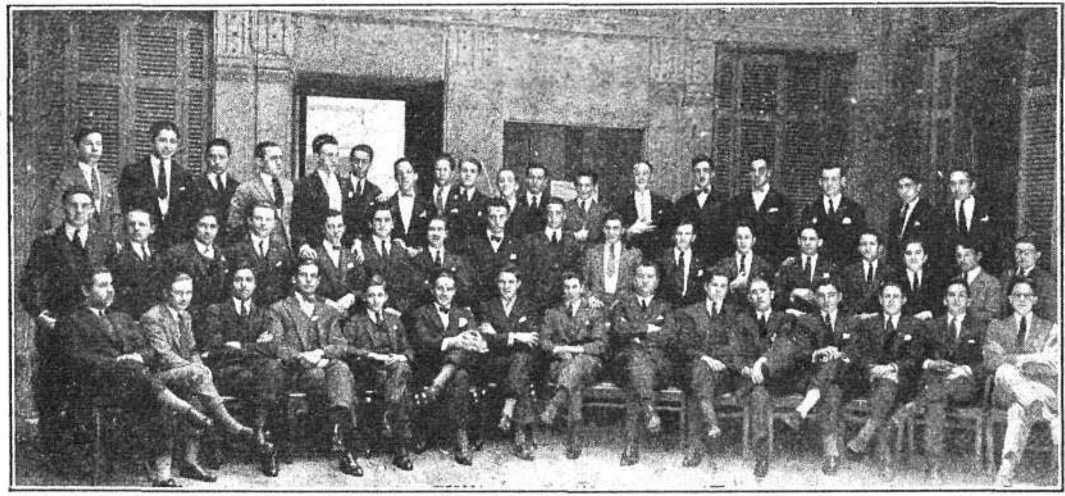
EL INTENDENTE ESTA TRISTE
Noel. — Ya no hay impuesto a la tierra libre de mejoras. Temo que, en cambio, venga la municipalidad libre de intendentes. La jubilación se impone.

A LARGO PLAZO
Alvear. — Dentro de cinco años ¿me jubilaré? Tengo cinco años para pensarlo.

«O SOBRA LA MATERIA O SOBRA EL ALMA»
Elpidio. — ¡O te jubilan a ti o me jubilan a mí!

LOS AÑOS VUELAN
Irigoyen. — Amablemente me han ofrecido la jubilación. Con toda cortesía he prometido contestar cuando pasen cinco años.

Nuevos Bachilleres



El Rector del Colegio Nacional, señor Jerónimo M. Peralta, rodeado por un núcleo de alumnos, últimamente egresados de ese establecimiento.

LA VIDA EN EL CAMPO

Vida del campo quiere decir vivir bajo las tiendas, fuera de las ciudades, es decir, vivir al aire libre, respirar oxígeno puro, dormir sobre una cama de hojas, a un lado de la pista, oir el susurro de los árboles y aspirar el perfume que desprenden, mirar hacia la fogata y hacia las estrellas cuando el sol se ha puesto, manejar el remo en noche de luna, comer las suculentas comidas campestres y estar en completa comunión con los bosques, las montañas, las corrientes: todo esto es vida del campo.

Pero el campo ofrece mejores ventajas que éstas: da el mejor método para la educación de los muchachos. Entre los doce y diez y ocho años, el joven presenta más interés por estas cosas y cada día hace nuevos descubrimientos y cada noche que va a acostarse entre las hojas de los pinos, una alegría domina su corazón: la satisfacción del bien que se hace a sí mismo. El oxígeno que respira, vuelve su sangre depurada, su faz toma el tinte rosado indicador de la salud, sus músculos se endurecen y en la escuela aprenden más fácilmente las lecciones. La vida del campo es provechosa a los muchachos, por la serie de trabajos y labores que implica. En él aprenden a hacer su cama, a hacer sus propios colchones con hojas de árboles, sus comidas, a hacer su fuego, a limpiar su campo y en poco tiempo a bastarse a sí mismos.

Lo primero que debe hacer todo hombre es enamorarse de su trabajo.



¡Señora, Vd. tiene canas!

No faltará un insolente que la trate de vieja y desde ese dia dejará Vd. de ser la hermosa o la simpática señora Fulana; ya nadie le hará caso; los hombres no suspirarán más a su lado.

¿Por qué deja Vd. que las canas invadan su cabellera?

¿No sabe Vd. que sus amigas, Zutana y Mengana, sin decirlo a nadie emplean la famosa

AGUA SALLES

que devuelve al cabellio canoso su color primitivo?

¡Haga Vd. como ellas! Son tan naturales los colores del pelo regenerado por el AGUA SALLES, que nadie puede sospechar que no sean naturales.

El AGUA SALLES existe en dos tipos: progresiva e instantánea, elija Vd. la que quiera; úsela de acuerdo con las instrucciones y volverá a ser joven. ¿No es esto deseable y agradable?

El AGUA SALLES, no es difícil de emplear; no ofrece peligro y no necesita ser usada cada día.

VENTA EN FARMACIAS, PERFUMERIAS Y TIENDAS.

A. LOURTAU y Cía. - PARANA, 182 BUENOS AIRES

NOTAS SOCIALES

Muchas de ustedes han de creer, lectoras amigas, que esta vida moderna nuestra, tan prosaica y agitada, tan egoísta a veces, ha ido borrando poco a poco hasta el recuerdo del delicado sentimentalismo de otros tiempos... en su ingenuidad, han de creer también que el cariño de buena ley y el desinterés sólo caben ya en la novela romántica, o en la leyenda...

«De cómo el hijo del rey, apuesto y poderoso galán eligió como esposa a la bellísima doncella que no tenía más dote que el oro de su cabellera»... En aquellos tiempos, aseguran las escépticas de hoy, el cariño de buena ley desdeñaba pergaminos y talegas, ¡¡pero hoy!! Hoy, tal como entonces, el ritmo prodigioso de la vida renueva sin descanso las mismas acciones, los mismos sentimientos, por eso las que nos detenemos — un instante siquiera — para contemplarla, logramos percibir cómo se cumple la ley maravillosa de las compensaciones...

El desinterés absoluto, en oposición a tanto egoísmo ruin, podrá reconciliar con la existencia a muchas de nuestras encantadoras escépticas... que hoy, como en los buenos, viejos tiempos de la leyenda, el hijo del magnate apuesto y generoso, sabe elegir para esposa a la bellísima doncella que no cuenta con otra dote que su gracia chispeante, su ingénita bondad, la dorada cabellera y los viejos pergaminos que acrediten la prosapia de su raza...

Otras veces, la cabellera es obscura y da una sombra llena de encanto a la mirada que revela la clara inteligencia de la criolla, la inquieta vivacidad de la española; el nombre breve y armonioso ha sido siempre el símbolo de la mujer hacendosa, infatigable en las tareas del hogar; pero las descendientes de aquellas santas mujeres de los sagrados libros, deben a esta vida moderna nuestra, tan febril y complicada, nuevos y brillantes atractivos... después de las horas consagradas a las dulces tareas del hogar, la atrayente mundana que lleva el mismo nombre de la más hacendosa de las santas, sabe conquistar un cariño de buena ley charlando muy bajito, y en correctísimo francés, apoyada contra la artística chimenea de una salita estilo Imperio, o siguiendo el agitado ritmo de un *shimmy*, mientras el brazo varonil la guía y la sostiene. En el severo y suntuoso *hall* tapizado de brocado rojo se agrupan las elegantes aristocráticas figuras femeninas, admirando la profusión de orquídeas, la pompa de las rosas encarnadas y también a la juvenil pareja que sigue el ritmo de la orquesta como en un ensueño... El susurro mundano asegura que *él* es hijo de uno de los magnates de la industria, pero que el cariño de buena ley y el desinterés han de imponerse una vez más... lleva el mismo nombre del soberano que reina sobre la histórica y majestuosa ciudad velada por la niebla... sobre las pagodas legendarias, allá en tierras de Oriente, bajo la luz deslumbradora; el apellido brevísimo, simboliza en cambio todo el prosaicismo de las cifras alineadas y listas para transacciones fabulosas...

No quisiera terminar esta crónica mía, sin reflejar en ella un nuevo matiz que puede revelarnos hasta qué punto ha cambiado el concepto nuestro de la vida... Noches pasadas escuchaba con verdadero encanto el diálogo sutil e intencionado de una de las obras de Oscar Wilde, leída hace largos años, pero que veía representar por primera vez. El comentario de las elegantes aristocráticas espectadoras, giraba siempre en derredor de la figura de aquella seductora Mrs. Cheveley, la mujer intrigante, tan cínica y tan seductora a la vez, encarnada por Irene López de Heredia con una perversidad llena de elegancia... Pues bien: no faltó quien expresara en aristocrático grupito que la obra de Wilde resultaba ya incomprensible, completamente anticuada y fuera de ambiente...

¿Acaso puede hoy influír en la carrera política de un estadista eminente, o turbar siquiera la tranquilidad de su hogar, el que surja de la bruma del recuerdo la culpa cometida para *llegar* a toda costa? ¿Si es que pueda llamarse hoy *culpa*, la revelación de una combinación política que pudo provocar una especulación afortunada? Indudablemente, la evolución modernista pretende cambiar los principios fundamentales de nuestra vida moral... En los tiempos que corren, asegura el comentario, esas faltas se olvidan fácilmente...

La dama duende.

Buenos Aires, noviembre 20 de 1923.

LA CALLE DE LA ESPERANZA

Son las seis de la tarde; la calle de Florida
es un crisol en ascuas de luz artificial
El Lujo en sus vidrieras a la vista convida,
y hay cien ojos que sueñan junto a cada cristal.

Una loca dinámica apresura la vida,
todos se sienten jóvenes en esa calle ideal:
es una fiesta alegre que empieza en Avenida
y muere a pocos pasos del círculo Naval...

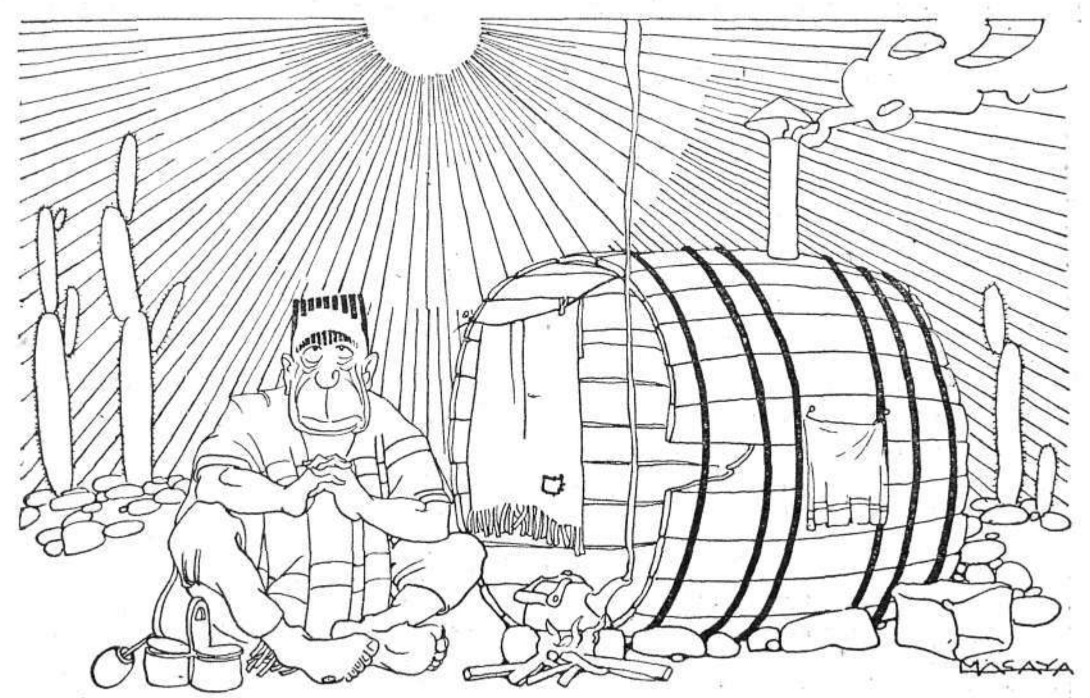
— ¿Quién es el que proyecta el mágico espejismo
que nos seduce siempre, aunque siempre es el mismo?
¿Quién dirige la orquesta de tan alegre danza?

No sé... pero un viejito — que nunca ha sido abuelo —
me dijo que una chica, sacando un espejuelo,
le ha dicho en esa calle: «No pierda la esperanza...»

JACOBO PEÑA

PLVS VLTRA, la Revista literaria y artística más selecta que se edita en Buenos Aires, no debe faltar en los hogares porteños y extranjeros, porque es una publicación que trata todos los temas mundiales. Sus corresponsales en **España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, Austria, Hungría** y en toda **América,** han logrado con sus brillantes crónicas que ella sea una necesidad en la **casa,** en los **consultorios,** en las **bibliotecas,** en los **talleres de arte,** y en todos los sitios donde puede constituír una lección o un esparcimiento grato.





CÉLEBRE EN TODOS LOS IDIOMAS

— ¡Elpidio venturoso!
— En todos los idiomas es famoso.
— Elpidióstenes probo y mesurado,
¿por qué le han de tener tan apartado?
— En Rusia, un Elpidioff de su calibre
sería siempre respetado y libre.
— El más grave conflicto
podría resolver nuestro Elpidicto.
— Es un loto, un nenúfar
el ilustre Elpidúfar.
— ¡Y sobre su cabeza este Elpidocles
tiene la campanilla de Damocles!
— ¿Por qué no le hace caso el ministerio
a tan docto Elpiderio?
— ¡Elpidemunt augusto!
Procuran anularte. Eso no es justo.
—¿A quién puede asombrarle que Elpidonio
se dé al mismo demonio?
— Vive callado, obscurecido, inerte.
Para un Elpidiofonte es poca suerte.
— Y puede que le manden al ergástulo.
¡Infeliz Elpidiástulo!
— De haber nacido en Francia,
sería un Elpidiers por su arrogancia.
— Yo quisiera saber lo que Aristóteles
haría convertido en Elpidióteles.
— Pues, nada; sufriría
lo mismo que cualquier Elpiderría.
— ¡Elpidionson doliente!
— ¡Elpidiáculo altivo y dirigente!
— ¡Elpidíbal gigante!
— ¡Elpidietti genial e interesante!
— Contra viento y marea
lucha Elpidibarrea.
— ¿Lograría un político en el Bósforo
luchar como Elpidósforo?

— No hay otro como Elpidius. ¡Imposible!
Es de una resistencia inconcebible.
— Ni en Río de Janeiro
ni en Lisboa han tenido un Elpideiro
como el que aquí admiramos.
Elpidosio gentil, ¡te veneramos!
— Otro Elpideverría de su clase
sería muy difícil que medrase.
— Que Roma hable de Rómulo,
nosotros hablaremos de Elpidiómulo.
— ¡Elpidhausen soberbio,
te respetan el búlgaro y el serbio!
— Jamás nuestro Elpidelli
quiso dar ocasión a un casus belli.
— Elpidemberg, de facha muy modesta,
se calla y no protesta.
— Vive en el ostracismo
y, así, Elpídez demuestra su heroísmo.
— Para honra de su gremio,
el mártir de la causa es Elpidemio.
— Elpidansen esconde su amargura
y está siempre en la sombra y no figura.
— ¡Sabio que, antes de hablar, tu lenguas roes!
¡invencible Elpidoes!
— ¡Qué esfuerzo sobrehumano
es el que hace Elpidiano!
— ¡Elpidúbal eximio!
— ¡Prodigioso Elpidimio!
— Elpideau sin segundo
— Elpidario que asombra a todo el mundo.
— Elpidiógenes célico
— Elpidiócrates puro y evangélico.
— ¡A Elpid-Asbag honor!
— ¡Gloria a Elpidinosor!
— ¿Qué es, a tu lado, el mísero Sesostris,
Elpidiostris sutil, gran Elpidiostris?



EL CHOLO

TANGO de D. SALERNO por la orquesta CANARO

DISCOS DOBLES **NACIONAL**

LISTA GENERAL DE LAS ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ **3.25**

18082 (**Pobre Milonga.** Tango. Solo Gardel. Romero-Jovés.
(**El Curdela.** Tango. Solo Gardel. Luque Lobos-Maglio.

18083 (**Nerón.** Shimmy. Solo Gardel. Millán-Iribarne-Valdez.
(**Tierrita.** Tango. Solo Gardel. Caruso-Bardi.

ROBERTO FIRPO
ORQUESTA TIPICA y JAZZ-BAND
Discos dobles «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ **3.—**

6216 (**A lo Lejos.** Tango. Rafael Rossi.
(**Los Ojos de mi Morena.** Pasodoble. J. Maglio (Pacho).

6221 (**Es la Canción del Amor.** Shimmy. E. Delfino.
(**Dumbell.** Fox Trot. Z. Confrey.

6222 (**Sacate la Caretita.** Tango. Cosenza-Schumaker.
(**Para Siempre.** Tango. Cosenza-Schumaker.

FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA y JAZZ-BAND

6938 (**Caprichosa.** Tango. Orq. Típica. Domingo Salerno.
(**EL CHOLO. Tango. Orq. Típica.** Domingo Salerno.

6940 (**Lady of the Evening.** Shimmy. Jazz-Band. J. Berlin.
(**Nego Veio.** Maxixe. Orq. Típica. E. Souto.

ORQUESTA TIPICA "PACHO"
(Juan Maglio)

7408 (**De la Llanura.** Tango. Luis González.
(**¡Perdida!...** Tango. Domingo Losso.

ELEUTERIO YRIBARREN
AMERICAN JAZZ-BAND

8006 (**Sonia.** Fox Trot. Cappenberg-Partos.
(**Gitanería.** Pasodoble. A. G. del Barrio.

8007 (**El Manzanares.** Schotis. D. L. Nátola.
(**Hey! You Want Any Codfish.** ¡Che! ¿No querés bacalao? Shimmy. Uva Herring.

IGNACIO CORSINI
(Con acomp. de Orquesta Típica ROBERTO FIRPO)
Disco doble «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ **3.25**

18408 (**Practicante.** Tango. Antonio de Bassi.
(**Nostalgia.** Shimmy. Antonio de Bassi.

MARIO A. PARDO
(Tenor, con acompañamiento de guitarra).
Disco doble «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ **3.—**

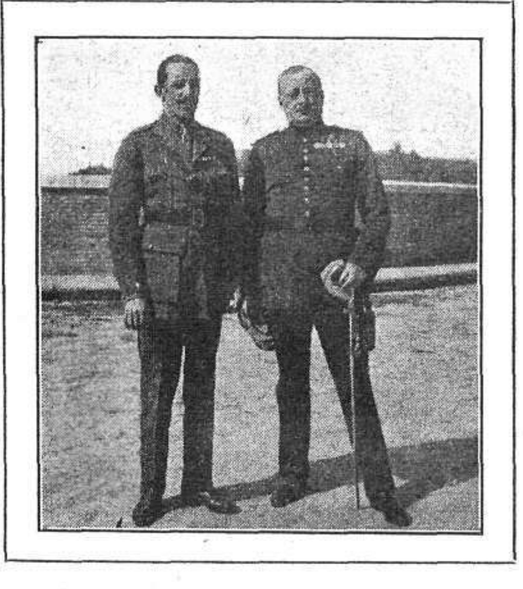
6572 (**La Mariposa.** Canto. Zamba. Cuadros-Pardo.
(**Mi Refugio.** Tango. Solo de guitarra. J. C. Cobián.

Nuevo catálogo general de discos dobles «NACIONAL» Pídalo. Se remite GRATIS.

FOTOGRAFIA EN 6 HORAS
REVELACIONES Y COPIAS PARA AFICIONADOS
APARATOS - DROGAS - ACCESORIOS







UN APUNTE DE LA VIDA ESPAÑOLA

SAN JORGE REDIVIVO



ALADO el casco bruñido, ceñida la brillante coraza, aparece San Jorge con la espada en alto sobre el vencido y moribundo dragón, hijo protervo del Infierno. Así se ha levantado el general Primo de Rivera, dispuesto a matar a ese monstruo dragoniano que tenía oprimida a España: la vieja política.

Tal vez el general Primo de Rivera no es tan bello como San Jorge, no es tan joven como San Jorge. Lo único cierto es que se trata de un militar pundonoroso y de un hombre honrado que ama sobre todas las cosas a su patria, y que, además, sabe decidirse en momentos transcendentales, jugándose el albur de un pronunciamiento su carrera y su vida. Ya es bastante. Y el pueblo, en efecto, le adora, si no como a San Jorge, cuando menos como a su posible salvador.

El monstruo que hubo de vencer San Jorge recibía su fuerza de las mismas potencias infernales. El dragón que viene a reducir el general Primo de Rivera no recibe de tan lejos ni de tan hondo su fuerza, pero no es por eso menos dragón, menos infernal ni menos poderoso. El caciquismo, la concupiscencia, la mala administración, el abuso, el fraude, la camaradería y el despilfarro, junto con la ineptitud y el escepticismo, son los inspiradores y secuaces de ese monstruo que con el nombre de Política venía oprimiendo a España.

La crítica más severa no podrá negarle al movimiento militar iniciado en Barcelona una cualidad que hoy más que nunca parece rara: la ausencia de la sangre. Cuando la guerra, la revolución y la venganza sumen a Europa en continuadas hecatombes, el general Primo de Rivera ha podido mantener ese gesto de humanidad y de decoro que lo convierte en un caso excepcional. Ha hecho una revolución sin verter una gota de sangre. Ha asumido el máximo poder sin descomponer su ademán caballeresco. Ni la menor venganza, ni la más leve crueldad... Esto sólo bastaría para hacer enmudecer a sus enemigos.

Los amigos se abrazan en la calle, y más de un buen patriota ríe hoy como no recordaba haber reído en muchos años. Hay una esperanza en todos, una sensación de que alborea un tiempo nuevo... ¿Demasiada credulidad? ¿Excesiva confianza en los limitados poderes de los hombres? No sé. Pero uno prefiere esta credulidad y este entusiasmo del público español, a aquel negro escepticismo de antes. La fe, aun como simple espectáculo, es mil veces mejor que el pesimismo, y en estos momentos España está llena de fe en la justicia y de esperanza en el porvenir.

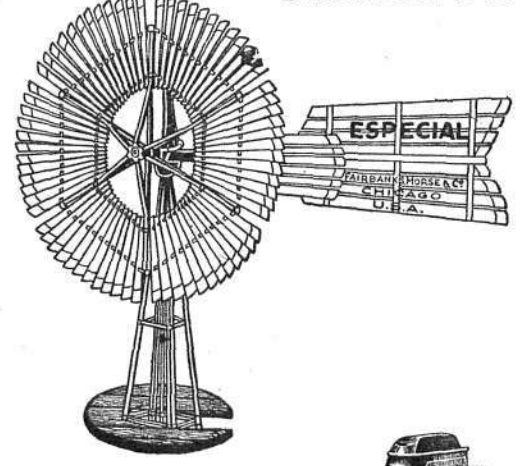
J O S É M.ª S A L A V E R R I A

MOLINOS A VIENTO

FAIRBANKS-MORSE "ESPECIAL"



SIN ENGRANAJES



La mejor garantía de su duración y perfecto funcionamiento, la constituyen los molinos "ESPECIAL", que fueron instalados en el país hace más de 35 años y que funcionan actualmente.

DESNATADORAS TUBULAR "SHARPLES"

SIN DISCOS NI PLATILLOS

Por su sistema de succión, no pierden crema en el suero. Su costo, muy reducido, se recupera en poco tiempo con el mayor rendimiento de crema.

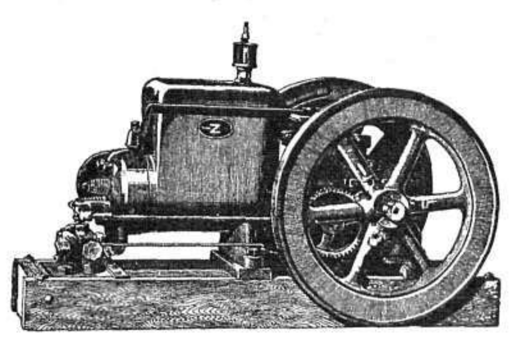


MOTOR FAIRBANKS-MORSE SERIE "Z"

CON MAGNETO "BOSCH"
A NAFTA O KEROSENE

Se recomienda especialmente para accionar desnatadoras, desgranadoras, bombas, equipos de luz, etc.

Tamaños disponibles de 1-½, 3, 6, 10 H. P.

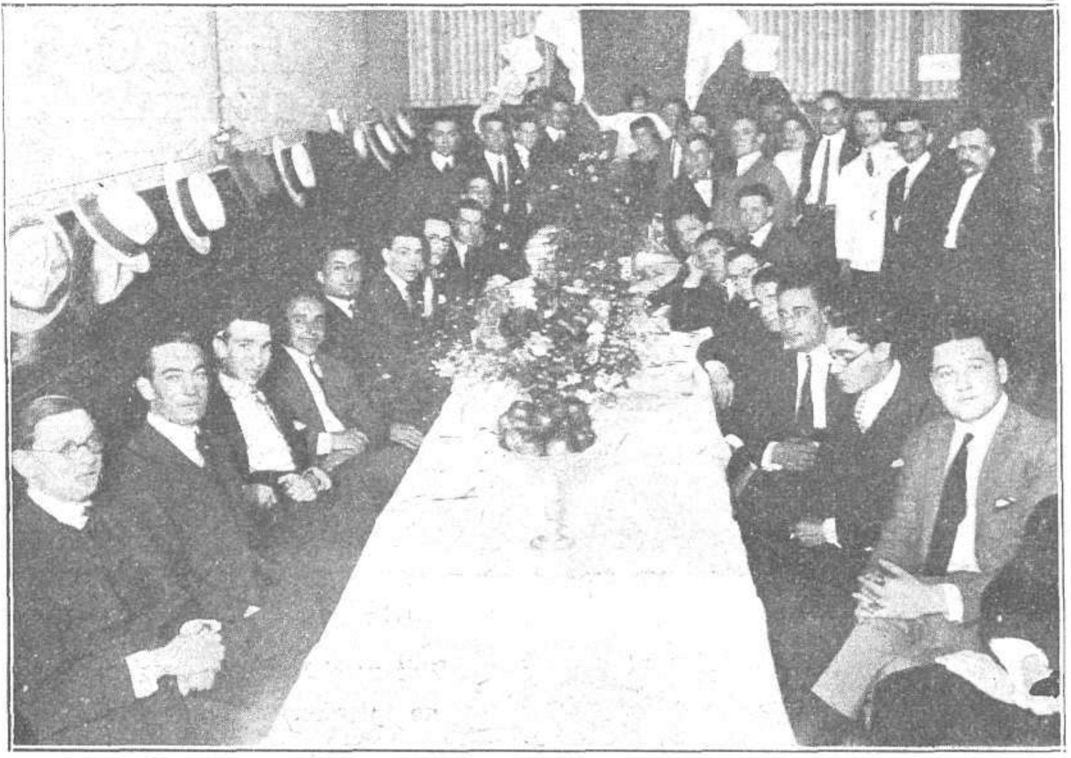


PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

HENRY W. PEABODY & Cía.

1746 - BARTOLOME MITRE - 1758 BUENOS AIRES

Banquete



Grupo de universitarios de Bahía Blanca, que se reunieron en fraternal ágape para estrechar vínculos de camaradería.



CONCERTOLA

La máquina parlante de mérito que se distingue *por su tono y líneas artísticas*. Toca toda clase de discos "CON y SIN PUAS". Es el instrumento de diversión indispensable en todo hogar moderno donde la música es apreciada como el mejor coeficiente para la educación y diversión de la familia.

Nuestras ventajosas ofertas permiten a todo hogar poseer uno de estos maravillosos aparatos.

N.° 4 bis. — **Preciosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en roble o caoba, motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas................ $ **150.-**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 cada una.

N.° 5. — **Espléndida CONCERTOLA** igual al dibujo, mueble en rica madera de roble o terminación caoba, gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas.................... $ **250.-**
o bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una.

N.° 5 bis. — **Regia CONCERTOLA** igual al dibujo. Mueble fino en rica madera de roble o caoba con artísticos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas........ $ **330.-**
o bien $ 33 al contado y 10 mensualidades de $ 33 cada una.

N.° 9. — **Gran CONCERTOLA** de lujo. Mueble fino Luis XV, en madera de roble o caoba, poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Brazo, membrana y demás accesorios dorados a fuego. Con 12 piezas y seiscientas púas.................................. $ **380.-**
o bien $ 38 al contado y 10 mensualidades de $ 38 cada una.

Visítenos o escríbanos hoy mismo solicitando datos.

Solicite catálogo general de discos N.° 22, enviándonos $ 0.20 en estampillas.

DISCOS. - ¡Algunas Novedades de Gran Exito!

Por la Orquesta ROBERTO FIRPO
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6217 (**Cloroformo.** Tango. (**Amor y sacrificio.** Vals criollo.

6219 (**Practicante.** Tango. (**Una sonrisa.** Tango.

6222 (**Sacate la caretita.** Tango. (**Para siempre.** Tango.

Por la Orquesta Típica y Jazz Band FRANCISCO CANARO
Discos dobles, de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6936 (**Pobres Flores.** Tango. (**Pocholo.** Shimmy.

6939 (**El Acomodo.** Tango. (**La Canción de mi novia.** Shimmy con serrucho.

Por la Orquesta Típica "PACHO"
Disco doble, de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

7406 (**El Flechazo.** Tango. (**El Taita.** Tango.

SEMANALMENTE RECIBIMOS DISCOS NUEVOS

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
CASA AMERICA

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.



EL LEJANO OESTE

Una lámpara de petróleo iluminaba la pulpería con luz turbia. La construcción era de *chorizo* y tenía el piso de tierra pulido y endurecido como un cemento. Pasando la gruesa cadena del veredón, daba uno al entrar con la ramada. Allí hacían tertulia los parroquianos, mientras bebían las copas que el pulpero servía a través de la reja del mostrador. Comúnmente eran paisanos dueños de alguna majadita o peones de la vecindad.

La ramada tenía dos poyos, empotrados en las paredes laterales, sobre cuya argamasa blanqueada, la imaginación campestre había trazado escenas de lucha y de faena, con más pintoresca intención que ágil dibujo. Esto daba a la entrada, pequeña y sombría, un aspecto de caverna troglodita. Después de la reja del mostrador venía el almacén y despacho de bebidas, con su rimero de botellas y tabacos, alguna caja de sardinas, velas, alpargatas...

En aquel instante el pulpero miraba jugar a dos parroquianos, fumando un cigarrillo. Se oyó una voz y el áspero arrastrar de las cartas sobre el mostrador:

—¡Deme una *giniebra*... y envido!

—¡Con flor... so atrevido!

—Usté, ¿que v'a tomar?

Indagó el pulpero, animando al ganador.

—A mí... deme un *ajenco*...

Una mujer trigueña, con el rostro marchito, soltó unos trapos que estaba cosiendo y vino a servir lo que habían pedido. Los bebedores, arrimados al mostrador, jugaban entre dicharachos y risas. De la cocina entraba un tufo de churrasco. Cuatro o cinco perros dormían hechos un ovillo o con las barrigas al aire. A ratos, llegaba de afuera, monótonamente, el rodar de las coscojas en los frenos de los caballos.

Eran dos paisanos; uno de ellos alto, delgado, con una larga pera como azabache; vestía bombacha de merino, tirador con rastra y calzaba botas nuevas, materialmente cubiertas de dibujos. El otro era un peón con la cara abotagada, llena de esa obesidad fofa que origina el abuso del alcohol. Se hallaba sin saco y los pantalones y alpargatas los tenía en un deplorable estado de destrozo.

Claudio apareció acompañado por el dueño del establecimiento. Había hecho aquel viaje desde Buenos Aires para ver unas tierras que le querían vender, y andaba tomando lenguas y tratando de hallar un guía de confianza. Resultó que el campo quedaba aún más lejos de la estación terminal y había que hacer la travesía en un sulky por tierras medanosas.

—¡Buenas noches!...— Gritó su acompañante, entrando en la pulpería.

—Güenas... —Contestaron los dos, entoldando los ojos para ver en la semiobscuridad. Al conocer que era el dueño del campo donde estaba el negocio, se tocaron el sombrero.

—El señor es de la capital... Prosiguió aquél, señalando a Claudio.

—¡Ah!... Murmuró el de la pera con hosca indiferencia.

—Sí... y quiere ir más allá de la colonia Epumer ... ¿sabe?... and'están los rusos... bueno... enfrente mesmito.

Como no daba señales de inteligencia, prosiguió:

—¿Se acuerda del jagüel... aquel, pues, du'hicieron el año pasado, el de l'agua venenosa que mató las ovejas?... bueno: el lote del costado, ese medio quebradón... usté debe saber, que tuvo majada por ese lao.

—Sé...

—¿Y por qué no dice, entonces?

Rieron los dos compinches festejando la agachada. El peón lagrimeaba, satisfecho allá en su alma india por el taimado disimulo del compañero. Claudio se adelantó y le hizo al de la pera algunas preguntas.

—¿Queda muy lejos ese campo?

—Unas treinta leguas... ¿lo quiere p'agricoltura?... no sirve... pastoreo, sí... hay alpataco, jarilla... l'oveja la come...

—¿Cuántos animales se podrán echar por legua?

—Asigún... en ese campo que usté dice, no almite más de ochocientas... mil, a gatas... pero l'agua ha i'ser salobre... ¿usté quiere dir a poblar allí?... ¡qui ha d'ir!

—¿Cree que yo no puedo vivir allí? — preguntó Claudio, entre curioso y mohino.

—No digo que no... ¿y pa qué v'a dir?... ¡pone un capataz que le cuide l'oveja, le cure la sarna, l'esquila... y usté pasa la gran vida!... — terminó, con una risotada que le puso al descubierto las encías moradas y los dientes de lobo.

Mientras hablaron, lo había estado mirando atentamente con unos grandes ojos verdeamarillo, que producían la impresión más inquietante en su cara morena. Se notaba que, en el fondo, no decía toda la verdad.

—Bueno... — murmuró el hacendado. — Vamos... — Ya lejos, agregó: — Ese es un puntano que ha tenido ovejas por ahí... viven así, pastoreando en tierras ajenas, por eso es que no ven con buenos ojos al que viene con intenciones serias... Va a tener qu'ir nomás, si quiere saber algo de cierto...

Claudio no podía conciliar el sueño. Por un lado la cama poco blanda y llena de sorpresas desagradables. Por otro, un quejido extraño, como de bestia herida, que lo venía desvelando. Había llegado una tropa de carretas que acampó en el camino

cerca de las casas y de ellas partía la honda quejumbre, interrumpida a ratos por voces de hombres y resoplar de bueyes.

Pensó en su casa de Buenos Aires, donde quedaba su mujercita y la nena recién nacida. A esa hora, después de comer, traía ella la costura y él se ponía a leer algún libro que lo ilustrara en sus futuras tareas.

Después del largo viaje, sentíase un poco abatido. Exceptuando el dueño del campo, a quien fué recomendado y trataba de zanjarle las dificultades, encontraba una resistencia solapada en la gente con quien hablaba. O le negaban los datos o se los daban falsos. El abandono y la dejadez por todas partes.

Desde la última estación, antes de llegar allí, había hecho el viaje en un furgón que iba a la zaga de un convoy de carga. La empresa le dió a elegir entre aquel vehículo o quedarse allí dos días. Aceptó, aunque su boleto era de primera. Se halló en una compañía abigarrada, entre varios músicos italianos, vestidos con uniforme, que formaban una murga en la que iba también un suizo. El suizo, en cuanto salió del pueblo, sacó su revólver y empezó a hacer blanco en todo lo que veía, proceder que imitaron sus compañeros. Esto molestaba enormemente a un vasco leñador — otro de los viajeros, — el cual se hallaba temeroso de que, con la jarana, le pegaran un tiro.

— Van veinte leguas — decía, — vestidos de mojiganga para ganar unos centavos, y todo se lo gastan en cartuchos y porquerías!...

Su indignación era muy grande. La murga, en efecto, iba hasta una villa vecina a saludar a cierto caudillo prestigioso, contratada por el juez de paz.

En el furgón viajaba también un indio, dueño de una estancia. Se rió mucho al saber que Claudio pensaba instalarse y que tenía hasta la intención de arar su campo. Le miraba con mucha atención su poncho de vicuña y quiso tocarlo. Medio en chacota le propuso un cambio con el poncho tucumano que él llevaba y como no tuvo éxito, empezó a burlarse de Claudio llamándole *mosiú*.

Fué un día entero de viaje, con largas paradas, por un interminable bosque de caldenes. A veces, alguna pulpería perdida entre los obrajes. Compraron salchichón, pan, uvas. Como los italianos trajeron además varias botellas, después de almorzar se entusiasmaron, atacando con verdadero furor un aire de Verdi, mientras el convoy se arrastraba por entre el bosque, de una soledad impresionante.

Los músicos aullaban, el furgón daba tumbos y zarandeos, que amenazaban la estabilidad del salchichón. El suizo soltaba a veces el cornetín y tomando el revólver, partía en el aire una botella vacía que arrojaba hacia afuera por la puerta del furgón. Finalmente, al obscurecer habían llegado a su destino.

Todo esto le bailaba y zumbaba en la cabeza y se sentía tan nervioso que no podía dormir. Pensó por un momento en sus esperanzas de liberación. Quería salir fuera de Buenos Aires, romper aquellos lazos enervantes, irse lejos allí, a la llanura ubérrima, abierta a todos los vuelos de la voluntad.



Un largo quejido le hizo incorporarse lleno de ansiedad. A ese siguieron otros. Era a veces un ulular trémulo que se repetía varios segundos; luego aquel gemido que escuchaba hacía rato. Claudio deseaba saber qué era y se levantó. Por el patio silencioso y sumido en las tinieblas, anduvo unos pasos y los perros lo notaron. Uno se acercó a olfatearlo sacudiendo las orejas. Lo llamó despacio: ¡*Pichicho*!... ¡*Pichicho*!... El can resopló haciéndole zalemas. Un bulto se movía en el suelo y una voz que partió de la obscuridad preguntóle.

— ¿Buscaba algo?

Era uno de los peones del establecimiento. Con la noche calurosa, se había acostado en el suelo, sobre el recado. Claudio le preguntó:

— ¿Quién se está quejando?

— El herido... ¿qué, no sabía?

— ¿Hay un herido? — inquirió ansiosamente.

— El pión... ahí está en la carreta.

Ahora se explicaba todo. Recordaba perfectamente que el lamento había coincidido con la llegada de éstas. Le extrañó, sin embargo, que nada hubiera transcendido.

— Y el patrón... ¿sabe?

— Al principio no sabía, pero después, al oir los gritos, le contaron... ¡s'enojó!... es un pión del otro campo, estaba ordeñando y lo madrugaron por detrás... tiene dos puñaladas...

— ¿Y qué hace en la carreta? ¿A dónde lo llevan?

— Y, a curarlo, si aguanta... aquí no hay médico...tienen qu'ir hasta el pueblo, qu'está diez leguas...

— ¡Pero, ese pobre se va a morir!... — prorrumpió Claudio espantado.

— Y... el año pasado jué lo mismo. Se pelió Fausto con un biarnés. Estaban alambrando... En una discusión, Fausto, que tenía malas entrañas, le pegó con las tenazas. Al biarnés le saltaron los ojos p'ajuera como tero pichón... Fausto quiso juir, pero el patrón montó y lo trajo... ¡Vos te vas aura con la carreta y lo llevás a curar, y si te agarran pior pa vos!... Y se jué con la carreta y el biarnés, que se le había comenzado a hinchar la cabeza... Anduvo tres días sin encontrar médico... al último largó todo por ahí... él ganó la colonia Mitre, allá po'el Colorado, ande antes había muchos matreros.

— ¿Y el herido?... — preguntó Claudio, con un estremecimiento.

— ¡Y... se murió!

¡Qué iba a poder dormir! Al amanecer oyó que las carretas se ponían en marcha. El profundo traqueteo de las ruedas no le impidió escuchar dos o tres veces el lamento del herido... Durmióse, por último, como una piedra.

Cuando despertó ya era tarde, el sol penetraba por su ventana, rubio, alegre, juguetón. Se vistió para ir a respirar una bocanada de aire puro. Todo estaba tranquilo, todo reanudaba su lucha diaria, bajo el cielo azul. Las emociones de la noche se disipaban como una pesadilla, su corazón tonificado comenzó a latirle con un ritmo ágil, y encontró algunas caras alegres que le sonrieron. Empezó a hacer sus preparativos para el viaje, pues había resuelto ir a ver el campo.

La naturaleza parecía entrarle en el cuerpo como una gran salud.

— ¡Qué diablos! — pensaba.— ¡A pesar de todo, la vida es buena!...

ERNESTO
MARIO
BARREDA

De Bernal

La señora Regina Pacini de Alvear rodeada por distinguidas damas de esta localidad, que concurrieron al acto de la inauguración y bendición del oratorio Santa Coloma, constituído gracias a las eficaces gestiones de las ex alumnas del Colegio María Auxiliadora.



¡UN REGALO PARA Vd.!
N.º 516. — ANILLO de oro 18 Fix, pulido, liso, forma herradura, $ 11.00
N.º 503. — ANILLO de oro 18 kilates FIX, con monograma ... $ 10.50
N.º 506. — ORO 18 kilates sellado, macizo, cincelado, con monograma, a pesos 24.00
N.º 292. — GEMELOS de gran moda, cincelados, de oro 18 fix, el par, por sólo.. $ 7.90
N.º 522. — AROS etruscos, imitación plata u oro viejo, el par.. $ 4.00
A todo comprador le obsequiaremos con una preciosa alhaja del Pozo de la Suerte, en el que se han puesto miles y miles de regalos de gran valor, los que podrán sacar los mismos compradores. Para nuestros clientes del interior les mandaremos con su pedido el regalo extraído del pozo, el cual les causará una gran sorpresa.
N.º 524. — AROS etruscos imitación oro viejo o plata, el par .. $ 4.00
N.º 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte .... $ 5.00
N.º 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen, en esmalte, el par.... $ 5.00
N.º 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra química, a pesos 9.00
N.º 510. — PLATA 900, para señorita, con el nombre en esmalte, varios modelos.. $ 3.90
De oro 18 kilates; macizo.... $ 15.00
VENTAJOSA OFERTA PARA NOVIOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS
de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramosc/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.-
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates.............................. $ 45.-
GRAN MODA
PULSERA de moaré fino, placa de plata 900 con cualquier nombre en esmalte.... $ 5.00
La misma de oro 18 kilates, sellado, maciza................. $ 15.00
¡OCASION!
Esta pulsera con reloj enchapado en oro, máquina Suiza. Precio increíble....... $ 12.00
La misma, ench. en oro 18 k., con máquina de 15 rubíes.... $ 24.00
ESTE RELOJ
PRECIO INCREIBLE
$ 14
DE PLATA 800, 3 tapas, máquina Suiza, bien observada, y con cadena.
$ 14
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER
La Suiza Americana
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
N.º 520. — AROS de oro y químicas...... $ 12.00
N.º 492. — PLATA 900, gancho de oro 14 k. y aplicaciones de esmalte fino..... $ 7.50

De Lomas de Zamora



Alumnas del Colegio N.° 1 que concurrieron a la fiesta organizada por las autoridades escolares, celebrando la inauguración de las dependencias destinadas a ejercicios físicos.

"La hora del te" cuadro alegórico, que obtuvo calurosos aplausos, en el festival organizado por el Centro Cultural de esta localidad.


EL PERFUME DE MODA
CHELA
ULTIMA CREACION DE Griet
Los finos polvos de GRIET se preparan en los tonos Blanco, Rosa, Rachel y Ocre.
LOCION
CHELA
El frasco $ 3.90
En el "boudoir" de toda dama que se precie de elegante, la caja del exquisito
POLVO DE TOCADOR CHELA
se halla siempre en primer término entre los diversos productos de belleza.
Remitimos GRATIS, muestras de los Productos CHELA y de los ricos Polvos PEBA y GLADYS.
POUDRE DE RIZ
CHELA
GRIET & Cia
POUDRE DE RIZ CHELA
POLVO
CHELA
La caja $ 1.70
PERFUMERIA
Griet
PRODUCTOS EXCELSIOR
LAVALLE 717
BUENOS AIRES
COLONIA
CHELA
El frasco
$ 4.70
PERFUMES EXCELSIOR — GRIET y Cía

De Adrogué

Equipos de los clubs "Deportivo Argentino" y "Nacional" que disputaron en un caballeresco match una hermosa copa de plata.

El arquero del C. D. A. evitando en brillante forma la caída de su valla.

El presidente del "Club Nacional" haciendo entrega de la copa al capitán del "team" vencedor.

DOS MORALISTAS

VAUVENARGUES

Y

LA BRUYÈRE



Así como Montaigne ha hecho en sus «Ensayos» un registro de las humanas condiciones extrayéndolas del formidable legado clásico, Vauvenargues, con una modestia llena de sensibilidad, ausculta el alma de los hombres, descubre sus zonas obscuras, señala deformidades y se apresta a reprimir lo que es reprimible con suave ironía y sin otro auxilio que aquél que le presta su espíritu tan rico en conocimientos y su ardiente inclinación al bien.

La lectura de Vauvenargues es una recriminación en voz baja. No tiene alardes fogosos ni extemporáneas reglas.

Todo se reduce allí a desmontar la máquina, pieza por pieza, a examinar el mecanismo calculando de paso las posibilidades de un ajuste mejor que haga más segura la marcha. No se advierte en él aquél prurito cómico de La Bruyère.

Para La Bruyère el hombre es sobre todo un ente cómico. Lo da vuelta, lo azuza, lo pincha, lo hace ir y venir bajo un resplandor escandaloso que amplifica sus perspectivas y reafirma las aristas grotescas; y así, después de bien exprimido lo deja a un lado para renovar en otro el implacable registro.

La Bruyère, espectador del gran escenario del hotel Condé, vió de cerca las deformidades e insuficiencias del humano espíritu y las recogió sin otro propósito trascendente que el de producirse un recreo divertido, un placer triste...

A veces estiliza el cuadro, le otorga ciertas proporciones armoniosas, y en estos momentos se descubre al artista que observa.

Vauvenargues es menos elegante, más ingenuo, y por eso mismo aventaja en un punto a La Bruyère; tiene fe... Esta condición carece de un carácter preciso; la fe es un fenómeno optimista, una facultad de previsión. Adelanta los acontecimientos, los hace culminar, y en cierta medida prepara las jugadas sobre el tablero del mundo y anticipa los resultados.

La Bruyère apenas levanta con su mano tersa — mano de cortesano — el inmenso cortinón de boca, cuando ya comienza a reir de una tan grotesca y tan vieja combinación, siempre repetida, siempre uniforme a través de siglos y siglos...

Su risa no nos choca porque carece de estridencias. Es una risa resignada de hombre curado ya de sorpresas y atisbos. Sabe lo que puede dar cada muñeco suspenso de un hilo rígido que apenas le deja libertad para unos pocos movimientos, y como lo sabe, se divierte sin prisa, espera con calma y sabe después regocijarse sin ruido... Es una entretención perversa, pero de una perversidad simpática e inofensiva.

Vauvenargues es la otra cara. Vauvenargues ha conocido el sufrimiento, la ingratitud, el olvido y ha muerto en plena juventud. Cada enseñanza le ha costado un desgarramiento de corazón y cada máxima es un poco de su alma...

Vauvenargues no vió cumplirse en la tierra ninguno de sus deseos. Por el contrario, debió resignarse a ver fracasadas sus predilecciones, contrariados sus impulsos, incomprendidos sus anhelos. No tuvo el tono de su época. Vivió con fe en sí mismo, con fe en preceptos que no eran generales y que no podían incorporarse a la ideología corriente.

Estos preceptos le hicieron vivir en la posteridad, pero obligándolo a renunciar en vida a todos los halagos y satisfacciones del mundo. Renunció con valor, fuerza es confesarlo, y este renunciamiento es su gloria.

Mientras La Bruyère afilaba el dardo ingenioso, hacía una frase, sonreía agradecido a la aquiescencia cortesana, iba componiendo mentalmente las figuras de sus «Caracteres»...

Vauvenargues, en cambio, tímido, retraído, solitario por exceso de ideas y desgraciado a fuerza de sensibilidad, preparaba sus materiales del «Espíritu Humano» presa de una angustia que parecía anticiparle el trágico fin de su destino...

¡Qué puntos de miras tan opuestos!

El uno veía ante sí, en perspectiva, los telares; intervenía platónicamente y con reservas en la farsa. Cada actor contribuía con sus pasiones, con su vanidad, con su orgullo, con su ignorancia, con su credulidad, con su fe, con sus ímpetus...; y él, espléndido receptáculo, armonizaba, descomponía, sutilizaba el material y daba vida y forma a las figuras, aislándolas para hacerlas conocer mejor.

Vauvenargues no pudo hacer esto. Debió sacar, en esencia, lo que su espíritu tenía y comprendía, lo que su espíritu adivinaba sin el auxilio eficiente de un control y de una observación directa y constante.

Por eso ha hecho una obra más sugestiva, más impresionante, de más carácter moral que La Bruyère. Sin duda éste maneja una cultura, un estilo, una observación menos retardada y como en relieve, mientras Vauvenargues, carente de todo principio de gramática, desconociendo la técnica del lenguaje, lucha con los conceptos y atormenta sus ideas buscando condensarlas, reducirlas en procura de la expresión clara y escueta.

No siempre la intención se realiza. A esto se debe que Vauvenargues parezca a veces obscuro y la arquitectura ideológica se quiebre, se desmorone, en períodos de una grandeza y de un vuelo extraordinario.

Con sobrada razón uno de sus críticos invita a los espíritus generosos y libres a espigar en la obra de este joven moralista, que si no logró lo que aspiraba ni se sobrepasó a sí mismo en su obra ha dado a la moral tonos de delicada ternura, que obligan el respeto y la admiración de cuantos buscan un consuelo ingenuo y un reparador alivio.

HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ



Alegre y bello grupo de jóvenes comentando incidencias del animado baile que celebró el centro social "Los Unidos".

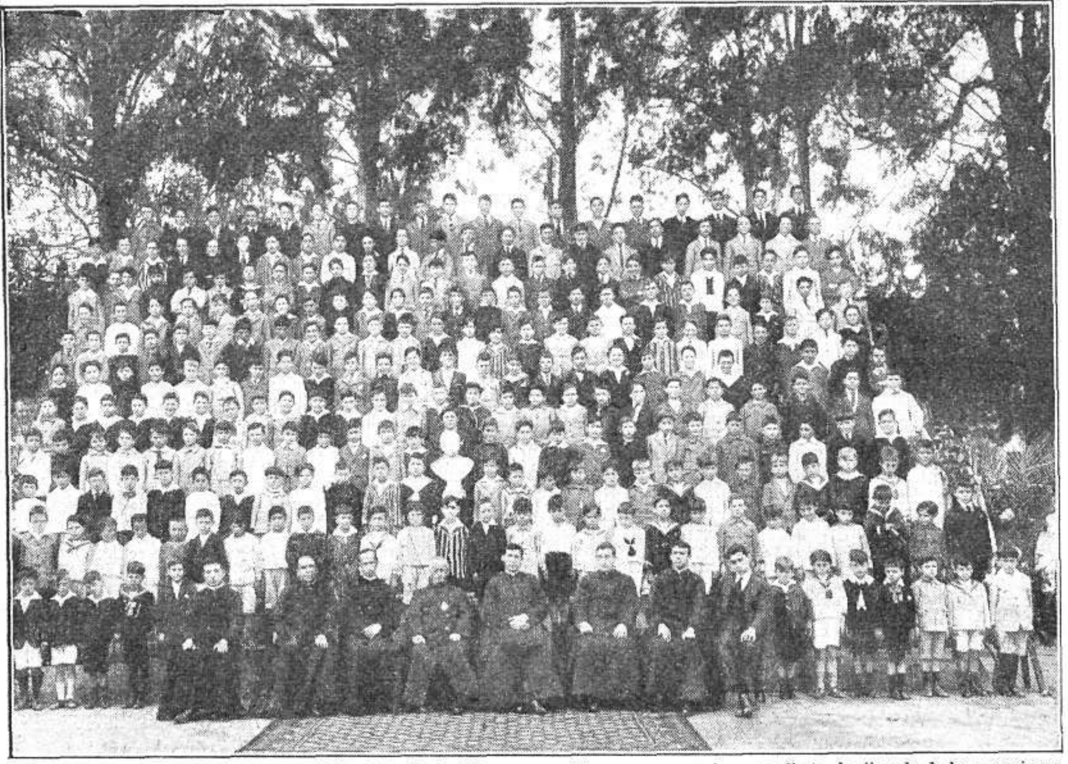
NO TODO ES POESÍA EN EL MATRIMONIO

Ha de entender la recién casada que no todo es poesía en el matrimonio. Por el contrario, hay mucha prosa. El ambiente del hogar propio no es el mismo que el paterno. Tiene en su casa la casada mayor libertad; y si cuando soltera no le acostumbró su madre al gobierno doméstico, enseñándole prácticamente, cara a cara de las realidades de la vida cotidiana, lo que en teoría o en artificiosa práctica le enseñaron los elogios, agravará con su ineptitud los inconvenientes de un estado en que a los mismos del noviazgo suceden los quebrantos de cabeza de la maternidad. Piense la recién casada que no ha de mantenerse siempre joven y hermosa, a pesar de los gabinetes de postiza belleza que estucan los rostros como si fueran paredes, ni tampoco su marido estrechará durante cuarenta años su blanca mano con la pasión que en el lejano día de la boda. El matrimonio no es una prolongada escena de amor y vale más comprenderlo así, antes por buen juicio que por amarga experiencia, para aprenderlo después.

ORINSON SWEET MARDEN.


En los campamentos de las explotaciones industriales, a donde las aguas no siempre son buenas, las cualidades higiénicas del
FERNET-BRANCA
son altamente apreciadas; una cucharada de este elixir estomacal agregada al agua, neutraliza los peligros que encierra el consumo de esta.
Aperitivo - Digestivo - Higiénico
Importadores: HOFER y Cía. - Bs. Aires
FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
Via Broletto N. 35. vicino alla Chiesa di S.
FERNET-BRANCA
Fll Branca, Milano.
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD
FRATELLI BRANCA
MILANO

De San Isidro



Alumnos del colegio Santa Isabel, que dirige el R. P. Castillo, y que celebraron con una hermosa fiesta la llegada de las vacaciones.

Toda Mujer puede parecer Joven!!...

y resultar verdaderamente atrayente, siempre que pueda contar con una

CABELLERA *perfecta.*



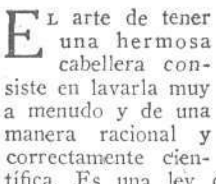
Déjese que el Stallax produzca bastante espuma, y luego frótese bien para que toda la caspa se separe.



Al enjuagarse se notará con qué intensidad habrá quedado el pelo sedoso, suave y delicadamente perfumado.

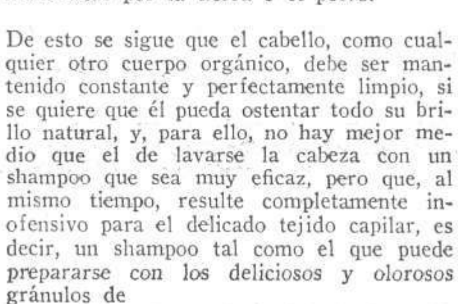


Una vez completamente limpio, el pelo al tocarlo producirá una agradable sensación de frescura verdaderamente deliciosa.



El arte de tener una hermosa cabellera consiste en lavarla muy a menudo y de una manera racional y correctamente científica. Es una ley de carácter general la de que cualquier substancia orgánica se echa a perder bien pronto si no es mantenida estricta y constantemente limpia: esto se comprueba de mil modos: hasta las plantas y las flores pierden de inmediato su frescura y sus encantos naturales, si son manchadas por la tierra o el polvo.

De esto se sigue que el cabello, como cualquier otro cuerpo orgánico, debe ser mantenido constante y perfectamente limpio, si se quiere que él pueda ostentar todo su brillo natural, y, para ello, no hay mejor medio que el de lavarse la cabeza con un shampoo que sea muy eficaz, pero que, al mismo tiempo, resulte completamente inofensivo para el delicado tejido capilar, es decir, un shampoo tal como el que puede prepararse con los deliciosos y olorosos gránulos de



Stallax

Indudablemente, el stallax constituye, a más del mejor shampoo, una verdadera loción que da al cabello un suave pero persistente, exquisito y aromático perfume. Al acrecentar el vigor del cabello, el stallax contribuye al mayor crecimiento y abundancia del mismo, lo que viene a hacer posible para toda mujer el poseer una de esas hermosísimas y mirificas cabelleras que estamos acostumbrados a admirar en las artistas del teatro y del cine, que no desconocen que en el uso del stallax está el secreto de la conservación de uno de los más preciados bienes naturales de la mujer.

OFERTA ESPECIAL

Por pocos días solamente.

Para que toda dama pueda comprobar por sí misma las maravillosas cualidades que el stallax posee como shampoo, la casa productora de esta especialidad ha resuelto que, por el término de 30 días solamente, sea remitido, a toda persona que lo solicite, y que no pueda conseguirlo de su proveedor habitual, un paquete de stallax, suficiente para dos lavados de cabeza, siempre que con el pedido se adjunte este cupón y la cantidad de 30 centavos en estampillas postales.

En cualquier farmacia, perfumería o peluquería de cierta reputación se vende el Stallax, sea en pequeños paquetes del valor de 25 centavos, cantidad suficiente como para hacer dos abundantes shampoos, o **en cajas del precio de $ 3.50** *que contienen tanto Stallax como* **para 35 o 40 lavados de cabeza o shampoos.**

Stallax

Para *el* Más Lujoso *pero* Económico
Lavado *de* Cabeza.

Cupón válido hasta el día 25 de Diciembre.

Dearborn Ltd.

STALLAX, Dep. 3 - C. C.
Pavón, 2100. Buenos Aires.

Adjunto remito 30 centavos en estampillas postales, para que se sirvan enviar un paquete de Stallax a la siguiente dirección:

Nombre ....

Calle .... *No*...........

Localidad ....

F. C. ....

SE RUEGA ESCRIBIR CLARO.

LEYENDAS DE ORIENTE

POR EL

EMIR EMIN ARSLAN

El Cristianismo y el Comunismo en Oriente

En la primera década del siglo IV, después de Jesús, San Simón Stylista, vivía retirado como un anacoreta sobre una montaña de la Siria. Por su austeridad atraíase a un gran número de los árabes del Irán (en la Mesopotamia). Unos, se dirigían a él para solicitar una opinión; otros, en busca de cura para sus males. De este modo, día a día, aumentaba la reputación de su santidad y muchísimos árabes acudían al piadoso anacoreta dispuestos a recibir su fe.

El rey Noman, temiendo que esas peregrinaciones pudieran perjudicar los intereses políticos de su reino, o los del Imperio Persa, del que dependía, quiso acabar con ellas, prohibiéndolas bajo amenaza de pena de muerte.

Una noche, mientras dormía, tuvo un sueño en el que se le apareció San Simón, escoltado por dos acólitos que le enrostraron violentos reproches. En seguida, le administraron una buena paliza y se fueron.

Noman se despertó enteramente molido y quebrantado. Persuadido de que tal sueño era una advertencia del cielo, revocó su prohibición permitiendo el ejercicio del culto cristiano en Irán. También dejó que se edificaran iglesias, recibiendo él mismo a obispos y a sacerdotes a quienes desde entonces hizo buena acogida.

El historiador Ahmed-el-Bayhaki lo afirma, que el rey Noman abrazó la religión cristiana. Sin embargo, otros autores, sin ser igualmente explícitos, dicen que el Noman a poco abjuró de la idolatría.

Hallábase el rey en la terraza de su castillo, el Jauranak, contemplando con satisfacción sus palacios, los jardines que los cercaban y el río que mansamente cerca de Irán se deslizaba. Complacíase pensando en la prosperidad de su reino y la potencia de su Estado. De repente, se le vino a la cabeza una reflexión acerca de la vanidad de las cosas humanas en esta tierra, diciéndose que todo lo que era de él, mañana pasaría a manos de otro...

Desde ese momento no tuvo otro deseo que el de renunciar a esta vida pasajera, viviendo sus últimos días en la soledad y la devoción.

Al llegar la noche, se quitó sus vestiduras reales, y poniéndose un sayal abandonó su palacio, prohibiendo a los servidores que le siguieran. Después, nadie supo jamás de él...

Permitidme aquí añadir que el Noman es el primer antepasado del que firma estas leyendas.

Desaparecido el Noman, su hijo Mundir I tomó las riendas del gobierno, continuando la educación del infante Behram, hijo del rey de Persia, tal como os lo expliqué en una leyenda anterior.

* * *

Según el célebre historiador árabe Abu-el-Fida, fué el rey Mundir III el primero que abrazó el cristianismo y que construyó iglesias en Irán. Otros autores cristianos confirman esa creencia, agregando a este respecto el punzante episodio que paso a referiros.

Por aquella época, la doctrina de Eutiques, sostenida por el emperador Anastasio, provocaba grandes revueltas en la Iglesia. Severo patriarca de Antioquía, el obstinado partidario de esa doctrina anhelaba ganar para la secta al rey Mundir. Le envió, hacia el año 513, dos obispos para inspirarle los errores de Eutiques. El más importante consistía en no reconocer en Jesucristo más que una naturaleza: la naturaleza divina, a la cual debía atribuirse el nacimiento, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo.

Mundir, luego de haberles escuchado, prometióles decidirse al día siguiente.

Al otro día, pues, los dos obispos no dejaron de visitar al rey. Apenas recibidos por él, se le acercó al rey un oficial diciéndole al oído algunas palabras. Mundir fingió caer en una profunda tristeza, al par que se lamentaba hondamente.

Los dos prelados, con todo respeto, inquirieron la causa.

—¡Ay!, — les contestó — se me ha dicho que el arcángel Gabriel acaba de morir...

Los obispos, a fin de demostrarle que se había abusado de su buena fe, le aseguraron que los ángeles son inmortales, que no pueden morir.

—¿Qué estáis diciendo? — respondióles el rey. —¿No intentáis persuadirme de que la naturaleza divina ha sufrido la muerte?

Esto bastó para que los dos prelados, comprendiendo la hábil refutación de Mundir, se retirasen desconcertados y confundidos, regresando a Antioquía muy pesarosos.

* * *

Pero hay algo más curioso. Y es que, allá por el siglo V de J. C., penetró en Oriente otra secta que, desde muchos puntos de vista, se asemeja al comunismo de nuestros días.

Cierto mago, llamado Mazdac, de la provincia de Jurassan (en Persia), se anunciaba como profeta encargado de predicar una nueva religión.

Los principios de esta religión eran los siguientes: indiferencia absoluta por el bien como por el mal, comunidad de las mujeres, abolición de toda jerarquía en la Sociedad. En el primer momento se intentó combatir esos postulados subversivos contra el orden y la moral, pero fué en vano. El populacho, lo mismo que los hombres de pasiones desorbitadas, los adoptaron con ardor.

Kabád, rey de Persia a la sazón, no tuvo reparos en adoptar esos intransigentes principios, dictando una ley por la que se disponía que, en adelante, las mujeres fuesen comunes en todos sus Estados.

Esta locura produjo un levantamiento de los grandes y los notables: el Kabád fué destronado y reducido a prisión.

Desgraciadamente pudo evadirse, yendo a refugiarse entre los Hunos, casando con la hija del rey de esas hordas. De este matrimonio tuvo un hijo: Cosroes, que más tarde le sucedió.

Gracias al apoyo de los Hunos y al populacho, celosos partidarios de la doctrina de Mazdac, Kabád fué repuesto en el trono de Persia, al comienzo del año 502 antes de J. C. Rey nuevamente, continuó sosteniendo a Mazdac, en contra de los otros magos y señores del país. El empecinamiento de este estúpido rey por el pretendido profeta fué tal, que dió motivo para que éste tuviera un día la audacia de pedirle la reina... El Kabád no vaciló en cedérsela. Su joven hijo, que estaba presente, se arrojó a los pies del mago rogándole que no tocara a su madre. Mazdac, accediendo a las súplicas del príncipe, renunció a la reina. No obstante, el hijo guardó en su corazón el recuerdo de esa afrenta, que más después fué causante del suplicio del mago.

Cuando Kabád llegó a la anciandad, su hijo Kesra pudo al fin hacerle comprender cuán nefastos y peligrosos eran para el Estado Mazdac y su secta, causa de todas las revueltas. Kabád, convencido de esa verdad, entregó a su hijo la suerte de Mazdac y sus partidarios, encargándole que restableciese el orden para el cual tendría amplios poderes.

El joven príncipe, entonces, para satisfacer su propósito, recurrió a una estratagema. Atrajo a Mazdac y sus principales secuaces al palacio real, con el pretexto de honrar su secta. Los recibió rodeado por sus oficiales y en compañía de Mundir, que había venido a solicitar apoyo.

Estando todos reunidos y una vez que Mazdac estuvo en presencia de Kesra, éste dijo:

—Desde hace mucho tiempo yo deseo del cielo dos cosas, y espero que hoy mismo me las concederá.

—¿Cuáles son? — interrogó Mazdac.

—La primera de ellas es la de poseer en mis manos la autoridad suprema para otorgar la realeza de los árabes a este noble hombre — dijo indicando a Mundir. — Y la segunda es... la de exterminar el comunismo comenzando por su infame jefe.

—¿Y cómo podréis someter a muerte a todo el mundo? — exclamó Mazdac.

—Es lo que vais a ver ahora.

Y, al instante, ordenó que se matara a Mazdac exponiendo su cadáver sobre una cruz. Luego, se hizo lo mismo con todos sus partidarios.

Refiérese que en una sola tarde cien mil sectarios fueron muertos y expuestos en cruces. Esta jornada ha sido la que dió a Kesra el mote de Anucheruán, que significa alma buena.

De General Madariaga

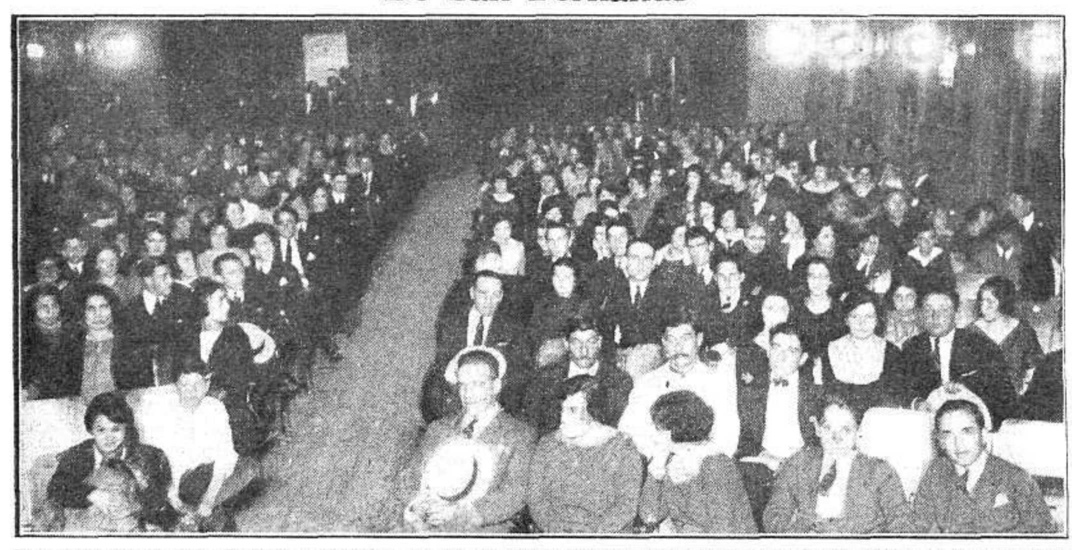


El gobernador de la provincia señor José L. Cantilo, su esposa la señora Josefina Achával, señora Adela Casa de Pearson, señora Ana Rosa Schlieper de Martínez Guerrero y demás concurrentes a los diversos actos realizados en esta localidad con motivo de la colocación de la piedra fundamental en el sitio donde se erigirá el hospital local.

Cabecera del banquete ofrecido al señor Cantilo por un núcleo de caracterizados vecinos, durante su última visita.


Señora:
La Casa Izquierdo
490, CARLOS PELLEGRINI, 490
ofrece a Ud. en su departamento de MODAS, el surtido más grande y novedoso en sombreros de alta calidad y distinguida elegancia.
Estos cuatro modelos en finas pajas, y timbó ramallé, adornados con finísimas cintas de seda, los ofrecemos por esta semana a. . . . . . $ 13.50
Tenemos 25 diferentes modelos, y surtido completo en colores.
Los pedidos del interior los despachamos en el día, y debe agregarse $ 1.— para embalaje y flete.
CASA IZQUIERDO
LA MÁS IMPORTANTE DE SUD AMÉRICA
CARLOS PELLEGRINI, 490
BUENOS AIRES
UNIÓN TELEFÓNICA 38 MAYO, 0313

De San Fernando



Aspecto del salón de actos de la Sociedad Italiana durante el festival organizado por una comisión de distinguidas damas y señoritas, con el propósito de allegar fondos para la continuación de las obras iniciadas en el campo de deportes del Club San Fernando.

EL ARTE POPULAR

LA GUITARRA, LA CÍTARA Y LOS ROMANCES DE CIEGO

ALABANZA A LA IMPROVISACIÓN

Lo popular es la guitarra, la cítara, lo que deja libre la boca y sobre todo lo que permite improvisar. Y este arte permite el recitado, más épico que lírico. El de nuestro teatro, en esos recitados que lo hemos oído en eso que es el germen o el acabamiento de nuestro teatro, en sus recitados de romances de ciegos, por los pueblos! El ciego toca el violín, su cítara la moza que le sirve de lazarillo, canta el romance y enseña el cartelón — las decoraciones — en que van pintados los pasos del drama. No improvisan, pero si es el ciego mismo el que toca y recita — como suele suceder — puede y aun suele improvisar y meter lo que los cómicos llaman morcillas.—MIGUEL DE UNAMUNO.

¡Escúchame, hombre! Dentro de ti está todo. En lo más íntimo de tu alma reside el poder que te ha regalado la naturaleza para que te desarrolles. — PESTALOZZI.

DE PALPITANTE ACTUALIDAD

POR

ANGEL S. PONFERRADA

Este vicio de las carreras de caballos, o, para ser más elegante, esta denodada afición por el mejoramiento de la raza equina, data de muchos años antes de la fundación de los «jockey-clubs» en nuestro país, y por ende, de los hipódromos con su cortejo de catedráticos, redobloneros, etc., etc.

Ya en la época azarosa de la tiranía, la gente supo percatarse, por instinto ancestral, de la indiscutible importancia de problema tan grave y de tan refinado nacionalismo... De ahí que en las fiestas oficiales o no oficiales de aquella época, fuera número indispensable, para mayor lucimiento del acto, las carreras de caballos.

Más de un hábil escritor de costumbres ha estudiado, en todas sus pintorescas incidencias, lo que es en nuestra campaña esta clase de juego — ¿juego?; he querido decir «prueba» o «experiencia», — por lo que no he de caer en la vulgaridad de una repetición, quizá — y es lo más probable y peligroso — con mucho menos talento.

Eso sí; he de recordar que por aquellos pagos las cosas se hacen «derecho viejo». Nada de matufias ni de «tongos», aunque, dicho sea en honor a la verdad, suelen abundar los «tungos»...

El «jockey» de los parejeros criollos es siempre un jinete de buena ley, «churo pa la variada» y domador a toda prueba.

Por allá no se conocen esas caprichosas cotizaciones de tanto a ganador y tanto a placé; y que «Torterolo al freno» y que «Leguizamón solo» y que «largó parado» y que «apuró en la recta»... (Debo confesar que soy profano en términos turfísticos, lo apuntado lo he leído en los diarios.)

Quiero decir, en síntesis, que la carrera criolla es una carrera de ley. Gana allí el mejor caballo. Lo que en la fraseología boxística equivale — sin alusión, naturalmente — a «gana el mejor hombre».

Y bien. Séame permitido este breve exordio a la anécdota que paso a referir y que exhumo por tratarse de dos temas de «palpitante actualidad»: las carreras de caballos y la debilidad del más inquieto de los ministros que componen el elenco presidencialista.

El lector habrá adivinado sin mayor esfuerzo, que me refiero al señor Le Breton, y habrá deducido, a la vez, que la debilidad a que se alude no es la de tener secretarías en lugar de secretarios, sino al más blondo, suave y blanco de los textiles: el algodón.

Fué así la cosa:

Visitaba Buenos Aires, durante la tiranía, un caballero chileno, de apellido Arcos, joven distinguido, de gran fortuna y con facilidad para gastarla. Habíase educado en Europa y viajado mucho. Manuelita Rosas lo distinguía particularmente, siendo Arcos uno de los acompañantes de la bondadosa y simpática hija del tirano, en sus acostumbrados paseos a caballo por los bosques de Palermo.

Arcos, espíritu inquieto y andariego, quiso conocer nuestras provincias, y, ya dispuesto a emprender la jira, obtuvo de Manuelita algunas cartas de recomendación, gentil y espontáneamente ofrecidas.

Tras penoso viaje en desvencijada diligencia, llega el viajero a Catamarca, la lejana ciudad del norte.

De inmediato presenta al general Navarro, a la sazón gobernador de la provincia, la carta de Manuelita, y no tardan en iniciarse los agasajos de todo género, declarándose feriados los ocho días que tan ilustre huésped iba a permanecer en la pintoresca capital ambateña.

Como era de esperar, figuraban entre los números culminantes del programa grandes carreras de caballos.

Arcos, muy aficionado al juego, recibió con no disimulado entusiasmo esta parte del programa.

El día señalado para la fiesta hípica, el huésped llega a la cancha, en la que se hallaba congregado un enorme gentío. Se informa cuál de los parejeros tenía más «chance» y le dicen que el «Malacara».

Pero oye, con estupor, que las «paradas» son de 50, 100 y hasta 800 onzas. El capital de Arcos no pasaba en esos momentos de unas 60 onzas de oro. Tras un rápido cavilar, y no obstanre el peligro de dar por terminada allí su jira, se resuelve y apuesta:

— 50 onzas al «Malacara»...

Una mujer le toma la «parada», ante el asombro de Arcos por la liberalidad con que juegan los catamarqueños.

Se larga la carrera, que es muy reñida, pero que gana el «Malacara», por «media cabeza», según la decisión del juez de raya.

El chileno va a reclamar lo apostado. Inmediatamente se le acerca la mujer entregándole un enorme pañuelo de color, con algo que Arcos no se explica. Viendo su extrañeza, la catamarqueña le dice:

— Están bien pesáitas y limpiecitas...

Sin comprender lo que ocurría, el huésped inquiere al ayudante del Gobernador que le acompañaba sobre el significado de aquello, y el oficial, tomando el paquete y pesándolo en las manos, interroga:

— ¿Cuánto apostó, señor?

— Cincuenta onzas — contesta Arcos.

— Eso debe ser — agrega el oficial, devolviéndole el paquete.

— Pero si esto es algodón en rama — exclama con asombro el viajero.

— Nay, esas son las onzas que se juegan aquí, señor, — remató el ayudante, en tanto Arcos estallaba en una sonora carcajada, ante la estupefacción del improvisado auditorio, que por cierto nunca supo la causa de tan inusitada manifestación de regocijo...



Esos males generalizados entre los niños

que les provocan las diversas erupciones del cutis que mortifican sus cuerpecitos: granos, forúnculos, sarpullidos, eczemas, etc., los previenen muchas mamás y otras muchas se los curan, dando de beber a sus niños todas las mañanas al levantarse una pequeña dosis de

Levadura de Frutas Gibson.

Un laxante curativo, a base de frutas frescas, de riquísimo sabor que los niños toman con especial agrado como si palparan en su inconsciencia la bondad de lo que ingieren.

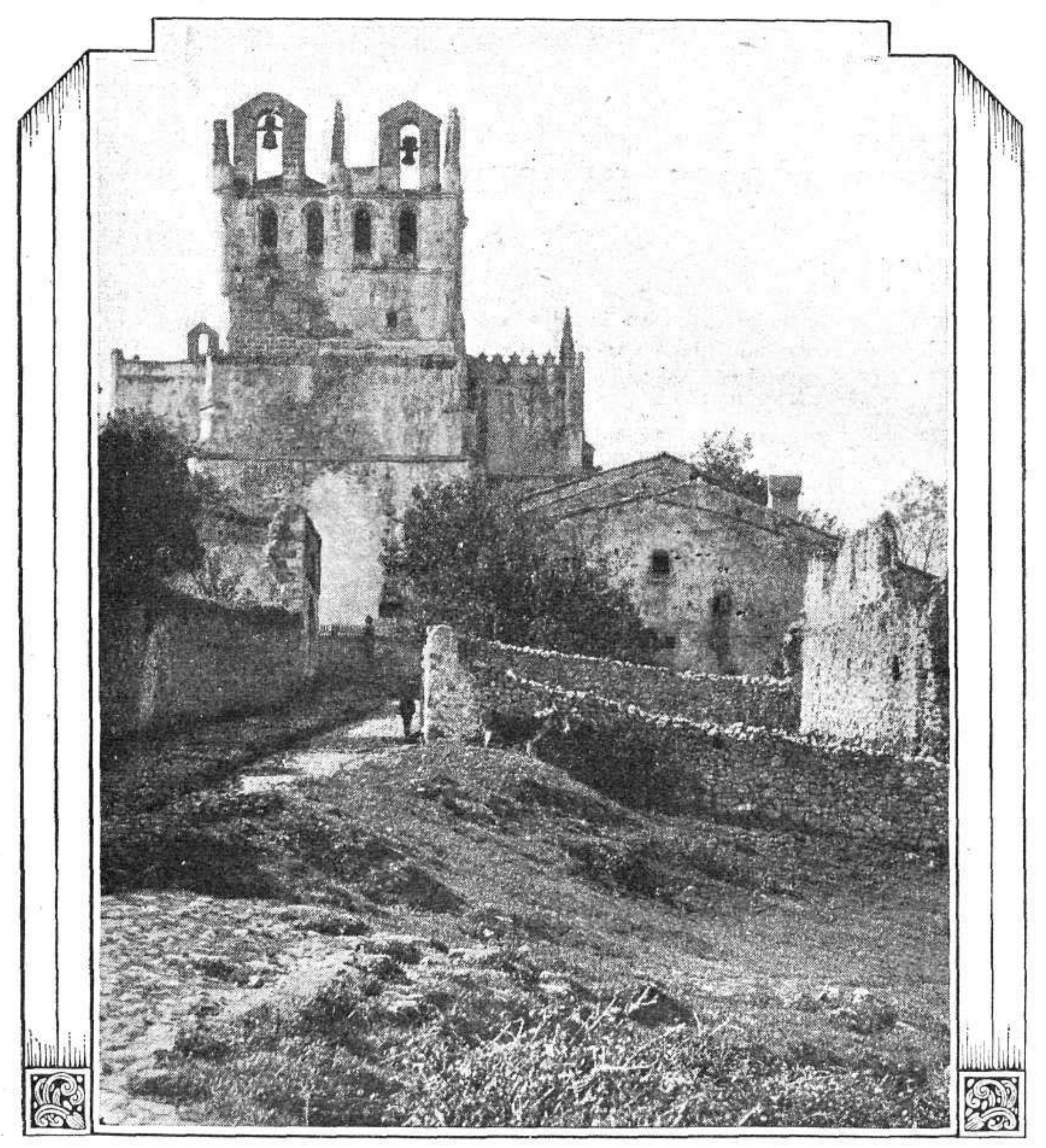
Remitimos franco de porte un interesante folleto explicativo a quienes lo soliciten.

FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:
FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)
U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida





Antigua iglesia de San Vicente de la Barquera.

Tierras de Castilla
Santander
Por J. Muñoz San Román

Levantada esta hermosa capital castellana frente a una ancha bahía de aguas tranquilas y luminosas, como un gran trozo de cielo, muéstrase a los ojos del visitante con el encanto de una población rica y atrayente.

Sobre la cima de una larga loma, elevada al borde de la ría, y muy cerca del castillo de San Felipe, se destaca la Catedral. «Yérguese — dice el señor de los Ríos — la masa de piedra de la basílica ostentando en primer término un cuadrado torreón, macizo y de militar contextura, que salvando con los dos cuerpos de que consta la altura general del edificio pudiera estimarse avanzada de alguna fortaleza a no ser por la ventana peraltada donde voltea la campana y por la redonda y descentrada esfera del reloj que aparece junto al alero de la cubierta.

«Este edificio, con las agregaciones que han ido acumulando la piedad y la devoción de los siglos, resulta de planta y distribución tan irregulares que difícilmente se hallará en España otro semejante.»

Bajo la Catedral está la cripta o parroquia del Cristo, precioso e interesante monumento de transición que fué labrado a fines del siglo XII o a principios del XIII. Se hermanan en esta original obra arquitectónica las *tradiciones románicas* y *las influencias de los estilos ojivales*, habiendo sido reformada durante los siglos XIV, XV y XVI. La Catedral fué construída en los días del rey conquistador de Sevilla y el coro por los años 1660 a expensas del abad don Pedro Luis Mauro Zúñiga.

Hay en la población de Santander una parte de construcción antigua, muy semejante a las de

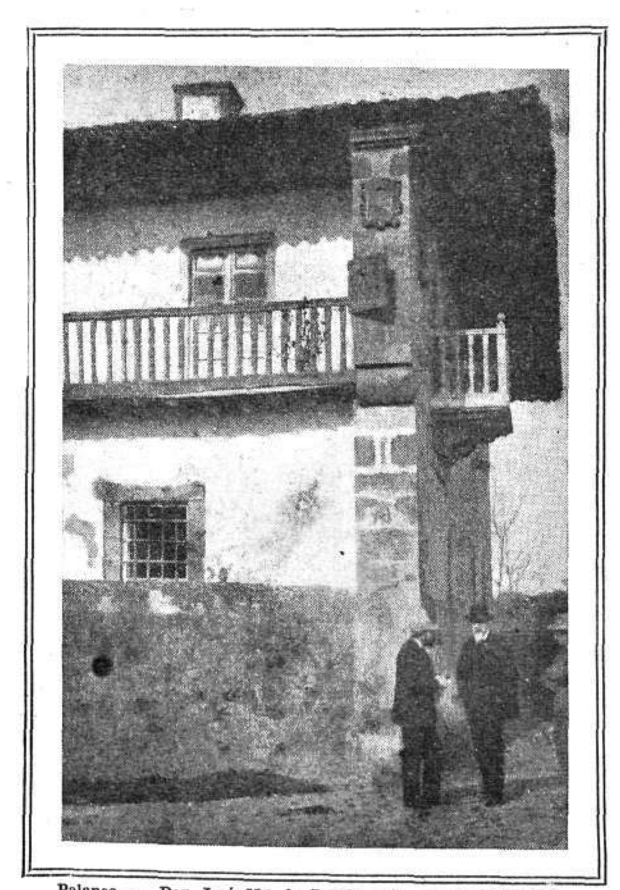
las demás capitales castellanas, y otra moderna en forma de *chalets* de artística ornamentación, con espléndidos jardines y bellas fuentes.

Cruzan la espaciosa urbe varias alamedas decoradas por altos olmos y álamos de la India, siendo la principal la que sigue a la bahía con los magníficos jardines de Pereda.

Todos los servicios urbanos se prestan con el mayor esmero y diligencia, así como están muy abastecidos los mercados, principalmente el del pescado, tesoro del mar turbulento. Y es de ver a las mujeres humildes de la ciudad con su amplio y extendido cesto a la cabeza, rebosante de pescado que parece de plata, luciente al sol como si despidiese destellos, correr afanosas por calles y plazas ofreciendo el apetitoso fruto de su carga, con cuyo producto han de atender a sus necesidades y a las de sus hijos.

Santander en el siglo XIV.

Da gusto el verlas, luchando bravamente contra la miseria de sus vidas, resueltas y pujantes, en peregrinación por las dilatadas vías de la ciudad, seguras de que el pan del día ha de ganarse, aun con hartos esfuerzos y sudores.



Palanco. — Don José M.ª de Pereda y la casa donde nació.

Tan esmerados como sus servicios urbanos, son en Santander los de la cultura.

De ello pueden dar vivos testimonios su Ateneo, donde se cultivan todas las manifestaciones de la ciencia y del arte, se organizan exposiciones, se promueven concursos, se dan conferencias; y sus escuelas muy numerosas y provistas. Y aparte de las escuelas y del Ateneo, tiene el saber suntuosos templos en la biblioteca de aquel sabio santanderino que llenó de gloria las letras patrias y que se llamó Menéndez y Pelayo, y en la quinta de la de San Quintín, donde soñó y trazó con pluma de oro muchos de sus libros inmortales aquel don Benito Pérez Galdós, Cervantes de la literatura española contemporánea.

Como envidiables joyas de su tesoro muestra, por último, la hermosa ciudad, la península que nombran de la Magdalena y su luminosa playa del Sardinero.

Sobre aquella península empinada y rocosa, cuyos acantilados azotan las bravas olas del mar y acarician las suaves aguas de la bahía, ha levantado el pueblo santanderino, para estancia y comodidad de sus reyes, el magnífico Palacio de la Magdalena, donde no se sabe qué admirar más si el lujo de su ornamentación o sus cualidades de ingente mirador frente al mar infinito y las montañas que tocan las nubes.

Y sobre las doradas playas del Sardinero, cómo vuelca el sol toda la riqueza de sus esplendores deslumbrantes, y las aguas purísimas las cándidas espumas de sus juegos, y el Amor la dulzura de sus miradas y los dardos de sus picardías.

¡Oh, playas de oro, lujosas y divertidas, del Sardinero! Para la salud y la alegría cómo sois confortadoras y regocijantes, cual asilo de las gracias y paraíso de las musas reidoras...

Parte de los concurrentes al gran mitin político organizado por el comité de la U. C. R. Justo Moll.


PRODUCTOS
SUPREMA
Son los deliciosos productos de tocador que realmente responden al gusto de las damas modernas.
POLVO GRASOSO
SUPREMA
Es finísimo y muy adherente.
La caja, $ 1.10.
AGUA COLONIA
SUPREMA
Su perfume deleita.
El frasco, $ 2.20.
DE VENTA EN TODAS PARTES
Soc. Gral. de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía.
BOLIVAR, 1725
BUENOS AIRES
Remitimos muestras
GRATIS
del rico Polvo Grasoso
SUPREMA
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE
SUPREMA
2.20

DESDE MI PUPITRE

DIARIO DE UNA MAESTRA

EL CHICO QUE NO SE CORTA EL PELO

Hace ya varios días que ordené a tres de mis chicos que se cortasen el cabello. Dos de ellos cumplieron con lo ordenado presentándose a clase con el cabello bien recortadito.

— ¿Y usted, Fulano, por qué se presenta con esa melena? — le dije al que no había cumplido con lo ordenado. El chico se acercó a mi pupitre y me dijo en voz baja, rojo de vergüenza.:

— Señorita, dice mi mamá que me disculpe si no me he cortado el pelo, pues ella todavía no ha cobrado...

Sin esfuerzo alguno me coloqué en la situación de aquella mujer, viuda, con varios hijos, luchando como una leona para poder dar a sus hijitos instrucción y poder mandarlos decentemente a la escuela.

Quise dar al chico el dinero para que pudiera cortarse el pelo, pero me contuvo la idea de herir el amor propio de aquel niño y de aquella madre, que posiblemente hubiera apreciado mi acción como humillante.

No insistí al respecto. Una circunstancia imprevista me retuvo en casa por varios días. Durante mi ausencia, la directora del colegio se hizo cargo del grado. Ella, desconociendo el drama de aquel niño, llamándole le dijo:

— Si usted, mañana, no trae el cabello cortado, no entra a clase.

Cuando volví noté que el chico tenía el pelo cortado, y que éste era objeto de la curiosidad risueña de sus compañeros.

Me di cuenta de lo que había pasado. El chico, ante la amenaza de la directora había tomado unas tijeras y su inexperiencia quedaba señalada en su cabeza, con cortes inarmónicos, que eran los que provocaban las risitas de sus compañeros. Pero el chico no faltó a clase.

EL TRAJE DE FIESTA

Para repartir entre cerca de cien chicos con matrícula gratis, el Consejo Nacional de Educación suele mandar mensualmente unos cuantos trajecitos de brin y pares de botines. Me empeño en lo posible por que mis chicos pobres puedan gozar de estos beneficios. Como mi grado es mixto, pido para las chicas indigentes delantales blancos y vestidos.

Para una rubiecita de diez años, que es el crédito entre el elemento femenino de mi grado, solicité un par de botines y un vestidito. La pobre venía a clase en alpargatas y con un vestido en el cual ya no cabía un remiendo más. No bien conseguí el vestido y los botines se los di, recomendándole a la chica que los cuidase. Al día siguiente se me presentó con el vestido viejo y las alpargatas deshilachadas. No le dije nada. Mas volvió dos días seguidos en la misma forma. Entonces creí oportuno llamarle la atención.

La llamé aparte y le dije:

— ¿Qué has hecho del vestido y los botines que te hice dar?

La chica no respondía.

— ...Eran para que vinieses a clase decentemente...

La chica, haciendo un esfuerzo, me respondió:

—No lo traje, señorita, porque me lo guardo para los domingos...

— Bueno, hija, con tal que vengas a clase, ven como puedas...

EL AMOR PROPIO



La escuela en donde yo actúo está situada en un barrio eminentemente obrero. En consecuencia, mis alumnos son en su mayoría hijos de humildes trabajadores. Teniéndolo en cuenta, procuro, dentro de lo posible, no cargar con gastos inútiles a esa pobre gente. Mis pedidos de útiles gratis para los chicos pobres llaman la atención del portero encargado de suministrarlos. En más de una ocasión he notado que sospechaba del fin que yo pudiera dar a los lápices y cuadernos que me daba... Bueno: no me puedo meter dentro de la mente obscura de ese portero, para hacerle comprender algunas cosas muy humanas. Lo cierto es que el Consejo Nacional de Educación ordenó que se debía adoptar determinado libro de lectura. Como previamente se solicita de la maestra su opinión con respecto del libro que conviene por sus cualidades educativas, yo opiné que se debía adoptar el más barato. No tuvo éxito mi opinión, y así fué cómo se adoptó un libro de lectura que costaba dos pesos cincuenta. No tuve más remedio que decirle a los chicos que lo compraran.

Ello dió motivo a comprobaciones desagradables. Los más pudientes se apresuraron a comprarlo, pero había muchos remisos. El hecho no tenía mayor importancia, a los efectos de la enseñanza, puesto que hago de manera de que un libro pueda ser utilizado por varios. Pero hay en clase un alumno que tiene mucho amor propio y, cuando le ordené que leyera en el libro que le ofrecía un compañero, lo rechazó:

— Yo no leo en ese libro, porque no es mío — me respondió el chico.

— Usted tiene que leer en ese libro, aunque no sea suyo, porque sino no podrá aprender a leer — le dije.

A regañadientes, aceptó la imposicion, pero al día siguiente recibí del padre del chico un papel en que me decía poco menos, así: «Señorita, mi hijo me dice que usted le obligó a utilizar los libros de sus compañeros, porque él no puede comprarlos. El estima esa acción como humillante, y aun cuando no aplaudo su proceder para con usted, veo en la

actitud de mi hijo una virtud que pocos niños poseen. Señorita, soy únicamente el responsable de que mi hijo no tenga aún su correspondiente libro de lectura y le explicaré porqué. Trabajo desde las cinco de la mañana hasta bien entrada la noche y ello no me reporta más de cinco pesos diarios de jornal. No quiero entrar en detalles de lo que significa la manutención de mis cuatro hijos, a lo cual dedico preferente atención. Así, pues, difícil es para mí distraer la mitad del jornal de un día para emplearlo en la adquisición de un libro de lectura. Procure, Señorita, que mi hijo pueda obtener provecho de la enseñanza que el Estado paga, sin que su natural amor propio se resienta.»

Ante casos como éste, quedo, francamente, desconcertada.

LA MAESTRA QUE CASTIGA A LOS CHICOS



Por razones administrativas, una maestra que tenía a su cargo un grado inferior pasó a prestar servicio en otra escuela. Hoy tuve oportunidad de cambiar breves palabras con la reemplazante. Se trata de una maestra joven, de breve actuación en el magisterio. La pobre está alarmadísima. Figúrese — me decía hoy — que los chicos no me hacen caso. ¡Estoy desesperada! No he visto nunca chicos tan indisciplinados. He podido averiguar que mi antecesora tenía el método del rigor. Me han dicho los mismos chicos que les pegaba y que tenía para con ellos frases poco edificantes. No es extraño que no me respeten, pues dentro del concepto en que tengo la enseñanza de los niños, entiendo que no deben intervenir para nada las prácticas violentas. Sé muy bien que castigando a mis alumnos podría introducir la disciplina en el grado, pero eso me indigna, más bien, está en contradicción con mi manera de ser.

....

He aconsejado a la maestra que cambie de grado, pues una clase en la cual la profesora no alcanza a hacerse respetar por la influencia moral, no lo consigue sino como la antecesora de esta maestrita desesperada: con el rigor.

EL CHICO QUE HUYÓ



La maestra del grado contiguo está enferma y yo he tomado la tarea de agregar a mi clase media docena de sus chicos. Mis alumnos más aventajados han auxiliado en lo posible en su trabajo a los chicos nuevos.

Sin embargo, esa media docena de criaturas ha conseguido revolucionar a mis chicos, pues son traviesos, conversadores, y como saben que yo no soy la maestra oficial de ellos, no les interesa mayormente quedar bien conmigo. Anteayer me ocurrió con uno de estos chicos un caso curioso, no exento de comicidad. Las campanadas que anuncian la hora de salida habían sonado ya y todos mis chicos estaban dispuestos en fila para después cantar la canción conque diariamente se despiden del colegio, para retirarse a sus casas. En un instante en que perdí la vigilancia de mi grado, por atender una consulta de la directora, uno de los chicos del grado contiguo que estaba bajo mi custodia salió de la fila, y corriendo, se dirigió hacia la calle. Pude arme cuenta de la maniobra cuando ya no había nada qué hacer y el chico había desaparecido.

— ¿Quién fué el que salió de la fila? — pregunté a mis chicos.

Casi todos, a coro, pronunciaron:

— Fulano.

— Bien: Fulano mañana tendrá su correctivo — dije, y di orden para que los chicos se retirasen.

Mi primer impulso fué enviar con el portero una nota al padre del chico, para que le diese el consiguiente correctivo al alumno impaciente, mas luego primó el buen sentido y esperé al día siguiente, para dar a Fulano un sermón eficaz. Mas el chico no vino. Entonces, por una pintoresca asociación de ideas, me acordé del legendario Juan Moreira que, dícese, debió su vida de matón y bandolero alzado contra la policía a una circunstancia en que con él se cometiera una arbitrariedad. Dije a mis chicos: — Si ven por ahí a Fulano, díganle que venga a la escuela, que no le voy a castigar.

Al día siguiente, el chico se presentó, todo compungido y atemorizado.

— ¿Por qué te fuiste antes de que yo lo ordenara? — le dije.

— Porque tenía mucha hambre, señorita...

LA MADRE IRASCIBLE



A las maestras nos obligan a que tengamos un porcentaje de alumnos en condiciones de que, mediante el resultado de sus clasificaciones, pueda a fin de año pasar a un grado superior. Afortunadamente, en mi grado tengo buen número de chicos inteligentes y estudiosos, que me compensa en parte de los esfuerzos y desvelos que me cuestan los romos de entendimiento y desaplicados..

Tengo una alumna que es inteligente, como la mayoría de los chicos de los pobres, mas su despreocupación por el estudio es tal, que me he visto precisada a emplear con ella enérgicas medidas. Agotados todos los recursos persuasivos y disciplinarios, envié a la madre de la chica una nota, rogándole pasase por la escuela para ponerla en antecedentes de que su hija no sólo perdería el año, sino que sería para ella de más utilidad reteniéndola en su casa.

La madre de la chica no se hizo esperar a mi llamado.

Escuchó atenta las reconvenciones y los consejos que yo le formulaba. Cuando hube terminado, la mujer me expuso toda la tragedia de su heroísmo doméstico, haciéndome ver las causas por las cuales no podía dedicar mucho tiempo a la tarea de vigilar los estudios de su hija.

A medida que hablaba, yo advertí que la ira iba haciendo presa en ella. La chica, presente ahí, temblaba como una hoja. Entonces, la mujer, perdido el control de sus actos, enceguecida, tomó a su hija por los cabellos con tal violencia que casi la derriba. En el colmo de la exasperación, daba a la chica fuertes golpes con los puños cerrados, utilizando también los pies.

Intervine enérgicamente.

— Señora — le dije, — tiene usted derechos sobre su hija muy respetables, pero no le permito que haga usted eso. Además, está usted en una escuela y esto la obliga a tener respeto por la escuela y por mí...

Se excusó la mujer, retirándose. Yo me llevé a

la chica al grado. Desde entonces, procuro poner a la pobrecita clasificaciones que den a la madre un poco de optimismo con respecto a los progresos de su hija, no porque ella lo merezca, sino para evitarle los golpes que de seguro le aplicará si lleva malas clasificaciones.

EL CHICO QUE NO TIENE MADRE

— Fulano: Explique la primera fundación de Buenos Aires.

El chico que es de los de más edad del grado, frunce el ceño y evidentemente disgustado, responde.

— No sé.

Cree con ello vengarse de un correctivo que le impuse durante el recreo, a raíz de hallarlo molestando a sus compañeros. Insisto, y me responde bruscamente lo mismo.

— Bien — le digo, — mañana no entrará a clase si no viene acompañado de un miembro de su familia.

Al día siguiente, el chico se presentó ante mí y me dijo que su padre no podía venir porque se hallaba en el trabajo.

— Bueno: entonces venga con su mamá.

— No tengo, señorita.

— Bueno: vaya a sentarse y cuidado para otra vez...

¿Qué iba a hacer?

FIRMA DEL PADRE O TUTOR



Un chico, que se apellida *X*, todos los meses me trae firmada la libreta de clasificaciones en el lugar que dice: *Firma del padre o tutor*, por un tal *N*. El hecho me extrañó por saber que el referido chico tenía madre y otros hermanitos, que concurren al mismo colegio. Aun cuando presentía algo desagradable, me vi forzada a preguntarle a mi alumno porqué causas firmaba la libreta una persona de apellido distinto al suyo.

— Es un hombre que vive con nosotros... — me respondió.

Comprendí todo lo que el chico, avergonzado, no me quiso decir.

Aquel hombre había ido a reemplazar al padre... que un día se fuera para no volver más.

BERTA R. DE EQUIS

Abra su apetito tomando



HESPERIDINA

BAGLEY


FRANCESCO CINZANO e C.ia
SPUMANTE
MARGHERITA
Complemento
exquisito de
una buena mesa.
Pídalo a su proveedor.

BUENOS AIRES, 1.° DE DICIEMBRE DE 1923

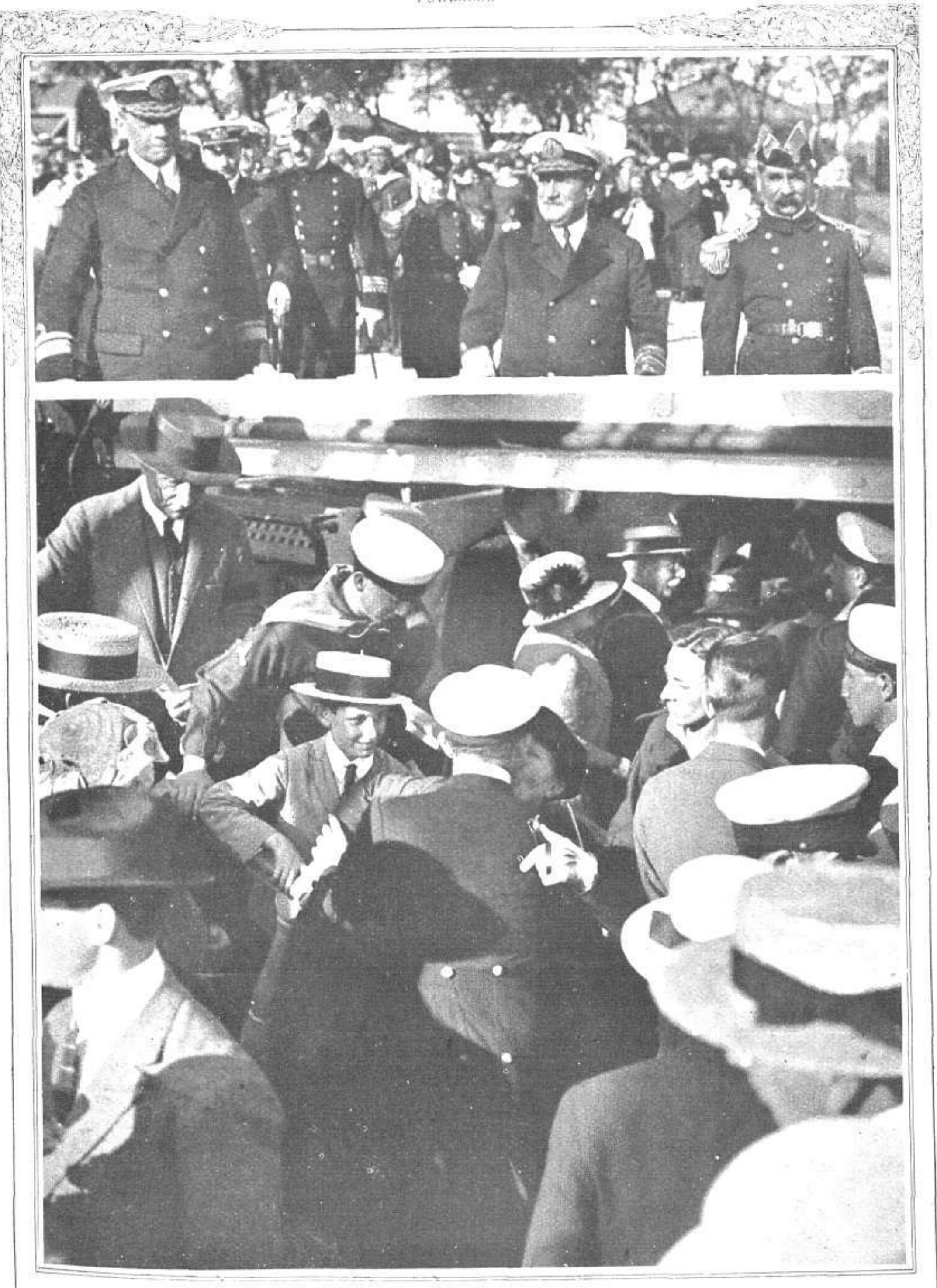
AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.° 1313

JOSÉ S. ÁLVAREZ

FUNDADOR

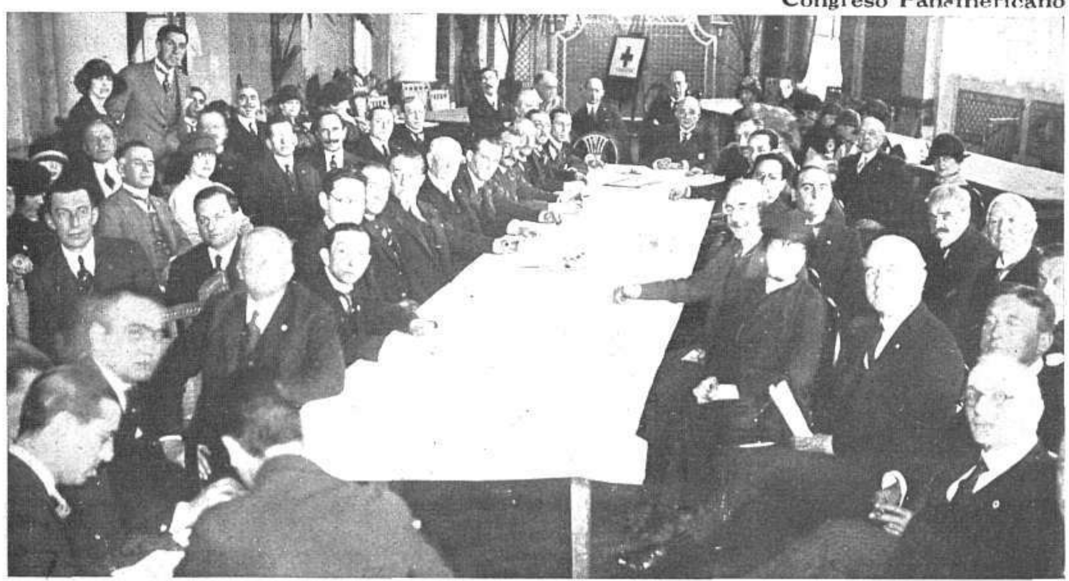


REGRESO DE LA FRAGATA SARMIENTO

LOS PRIMEROS SALUDOS

El ministro de Marina, almirante Domecq García, y jefes del Estado Mayor dirigiéndose hacia la nave-escuela que atracó en el fondeadero del arsenal Buenos Aires, arribando de su 23°. viaje de instrucción, realizado felizmente. — En la parte inferior: Una de las emocionantes escenas, que todos los años se repite al regreso de la fragata, en que una madre besa y abraza efusivamente a su hijo, guardia-marina, dándole la bienvenida después de una ausencia durante la que, formando parte de la entusiasta y juvenil tripulación, escuchara y correspondiera a los saludos tributados a la bandera patria en los viejos puertos europeos.

Congreso Panamericano



Delegaciones americanas y europeas reunidas en la sesión preparatoria de la Conferencia al Congreso Panamericano de la Cruz Roja, que tuvo lugar en el jardín de invierno del Plaza Hotel y en la que, a moción del delegado argentino don Alejandro Olivero, se dió comienzo a la discusión del reglamento y a la designación de las autoridades que presidirán la conferencia.

Visita del Dr. Alvear al Asilo de Huérfanos Militares



El Primer Magistrado con el ministro de la Guerra, militares de alta graduación y el director del establecimiento, señor Ferrari, visitando las instalaciones.



La presidenta de la caritativa institución, doña Mercedes Montero de Canavery, rodeada de las señoras de la comisión que la secundan en sus altruistas obras, durante la visita presidencial.

Demostración al Sr. Carlos F. Soares



Grupo de amigos y correligionarios que ofrecieron un banquete al ex subsecretario del Ministerio de Hacienda, don Carlos F. Soares, quien se ha jubilado después de 30 años de servicios en el

Bodas de oro de Fray Enrique D. Sisson



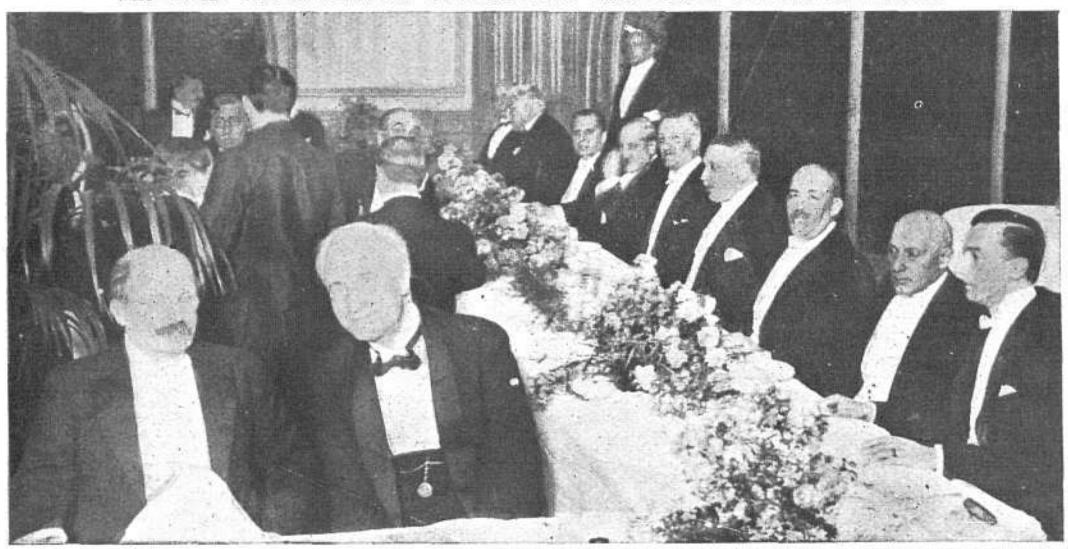
Caracterizadas damas y caballeros que se adhirieron a los actos conmemorativos con que se llevó a efecto, en el colegio Lacordaire, el jubileo del cincuentenario de la profesión religiosa del M. R.

de la Cruz Roja



El doctor Alejandro Olivero leyendo su discurso en presencia de algunos delegados extranjeros y de facultativos argentinos, durante el acto inaugural de la Exposición de Higiene Social. El notable certamen, cuya importancia ha podido apreciar la enorme concurrencia que lo visita, evidencia en forma concluyente el progreso alcanzado en todo lo concerniente a los servicios de higiene social.

En honor del ex-ministro de Justicia e Instrucción Pública Sr. Marcó



Cabecera de la mesa ocupada por los ministros de Guerra, Marina, Agricultura e Instrucción Pública, por el presidente del Consejo Nacional de Educación, el Intendente Municipal, el senador doctor Melo y el Jefe de Policía, en la comida dada en honor del ex-ministro doctor Celestino J. Marcó como testimonio de simpatía por su inteligente y cívica gestión durante el desempeño de su cartera.

Festivales de beneficencia



Parte de la concurrencia al te y baile organizado por la comisión de la Sociedad Patricias Argentinas Cooperadora de la Escuela N°. 8 del Consejo Escolar XIII.



Señoritas y jóvenes que fueron invitadas al te-danzante que se efectuó en los salones de la Sociedad Rural Argentina bajo los auspicios de la benemérita Sociedad Euskal Echea.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Las autoridades locales y los miembros de las colectividades italiana y española reunidos en la escalinata de Club Español, al terminar el banquete con que se celebró la visita de los reyes de España a Italia.



Distinguidas familias que hicieron acto de presencia en la interesante fiesta efectuada en el Jockey Club en honor de las niñas que tomaron parte en el festival del teatro Colón.



Grupo de señoritas y jóvenes de la sociedad rosarina, a cuyo cargo estuvo el desempeño de los números del programa desarrollado en el teatro Colón, durante el festival a beneficio de la brigada de la juventud de la Liga Patriótica Argentina.



Señoritas Lola Cabrera, Elenita Mackey, Tota Moglia, Julieta López del Cerro y María Luisa Coll Casas, que interpretaron "El piano mágico".



Socios de los clubs Plaza Jewell y Regatas Rosario, que disputaron un interesante campeonato en la cancha de estos últimos, venciendo el primer club citado.



Celebración del 32.º aniversario de la fundación del Rowing Club. Asociados y familias que participaron en la agradable fiesta al aire libre.

ATENTADO CONTRA EL DR. MANUEL CARLES

El Presidente de la Liga Patriótica Argentina resultó ileso de la cobarde agresión



Doctor Manuel Carlés, el activo y enérgico dirigente de la prestigiosa agrupación.



DEMOSTRACIONES GRAFICAS DE COMO EL BATALLADOR POLITICO FUE AGREDIDO.— Momentos en que el criminal, acto seguido de gritarle: "¡Doctor Carlés, doctor Carlés!", le hace el primer disparo al mismo tiempo que el llamado daba media vuelta, sin que afortunadamente lograra alcanzarle el proyectil.

PROFUNDA y general indignación despertó, en todos los círculos sociales, la brusca y alevosa agresión cometida por un exaltado anarquista *contra la persona del doctor Carlés*, en los momentos en que éste iba a penetrar en un bar de la calle Sarmiento El hecho se realizó cuando, al escuchar el agredido que lo llamaban repetidamente en voz alta, dióse vuelta para atender al que lo buscaba, y entonces Funes disparóle su primer tiro, que fué a herir a un transeunte, avanzando en seguida sobre el primero para sin duda asegurar su puntería; y en el preciso instante en que, con su pistola automática, la descargaba por segunda vez sobre el presidente de la Liga Patriótica, Argentina, un vigoroso bastonazo del amenazado hizo que la bala no diera en el blanco apetecido Corrió el asesino a esconderse detrás de un automóvil para, así protegido, volver a disparar, fallándole dos nuevos tiros; y al verse perseguido por el Dr. Carlés y otras personas, emprendió la fuga, deteniéndole un agente en la calle Reconquista.



El anarquista Desiderio Funes, autor de la incalificable agresión.



Señor Isidro Aslan, herido por el primer disparo hecho por Funes.



Agente José Etchabe, que después de perseguir al criminal lo detuvo, secuestrándole la pistola automática y una cuchilla que llevaba



El doctor Carlés, asestando un rápido y fuerte golpe de bastón en el brazo del criminal, que se había acercado a él para de nuevo dispararle, lo desvia en el preciso momento en que sonaba el segundo tiro.

BOX

Las dos primeras jornadas del campeonato sudamericano




PESO MOSCA
Osvaldo Morel, argentino, y Carlos Uzabeaga, chileno. Declarado empate.




PESO PLUMA
Julio Mocoroa, argentino, y Juan Duffau, uruguayo. Ganó el argentino en el 5.º round.



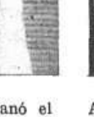


PESO MEDIO MEDIANO
Héctor Méndez, argentino, y Rafael García, chileno. Ganó el argentino en el 5.º round.




PESO MEDIO PESADO
Luis Correa, chileno, y Guillermo Da Silva, uruguayo. Declarado empate.



PESO GALLO
José Drago, argentino, y Aurelio Casella, uruguayo. Ganó el uruguayo en el 5.º round.




PESO LIVIANO
Alfredo Copello, argentino, y Arturo Calderón, chileno. Ganó el argentino en el 5.º round.




PESO MEDIANO
Emilio Godoy, chileno, y Alfredo Santoro, argentino. Ganó el




PESO PESADO
Alfredo Porzio, argentino, y Salvador Roller, uruguayo. Ganó el

TENNIS
Campeonatos en el Adrogué Lawn Tennis Club


Señorita M. Etchart.


L. E. Frías.


S. Palacios.


Señora A. N. Bonorino.


F. Ghiraldo.


U. Padilla.


A. Cichero.


P. Mattos.

ESGRIMA


Núcleo de distinguidas personalidades presenciando uno de los asaltos organizados por el Cercle de L'Epée en honor del Presidente de la República con motivo de la inauguración de la Sala de Armas del Círculo Militar.

FOTOS DE BELL Y VARGAS

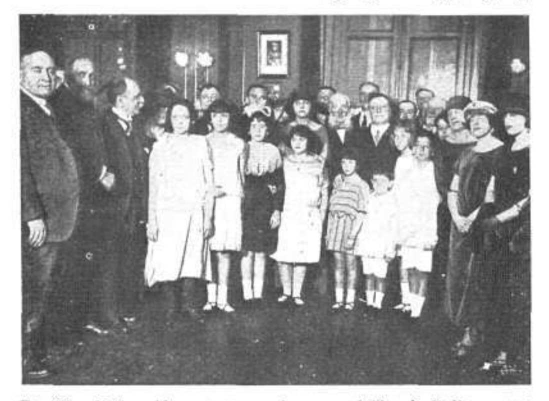
Y VAN DOS



Me retiro sin amargura y con toda tranquilidad a mi casa.

DIBUJO DE MACAYA

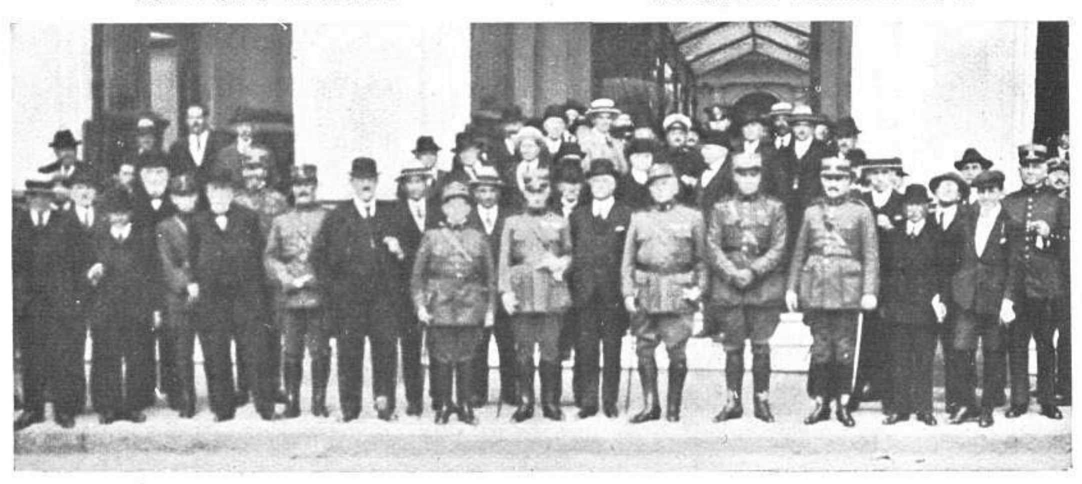
DE MONTEVIDEO



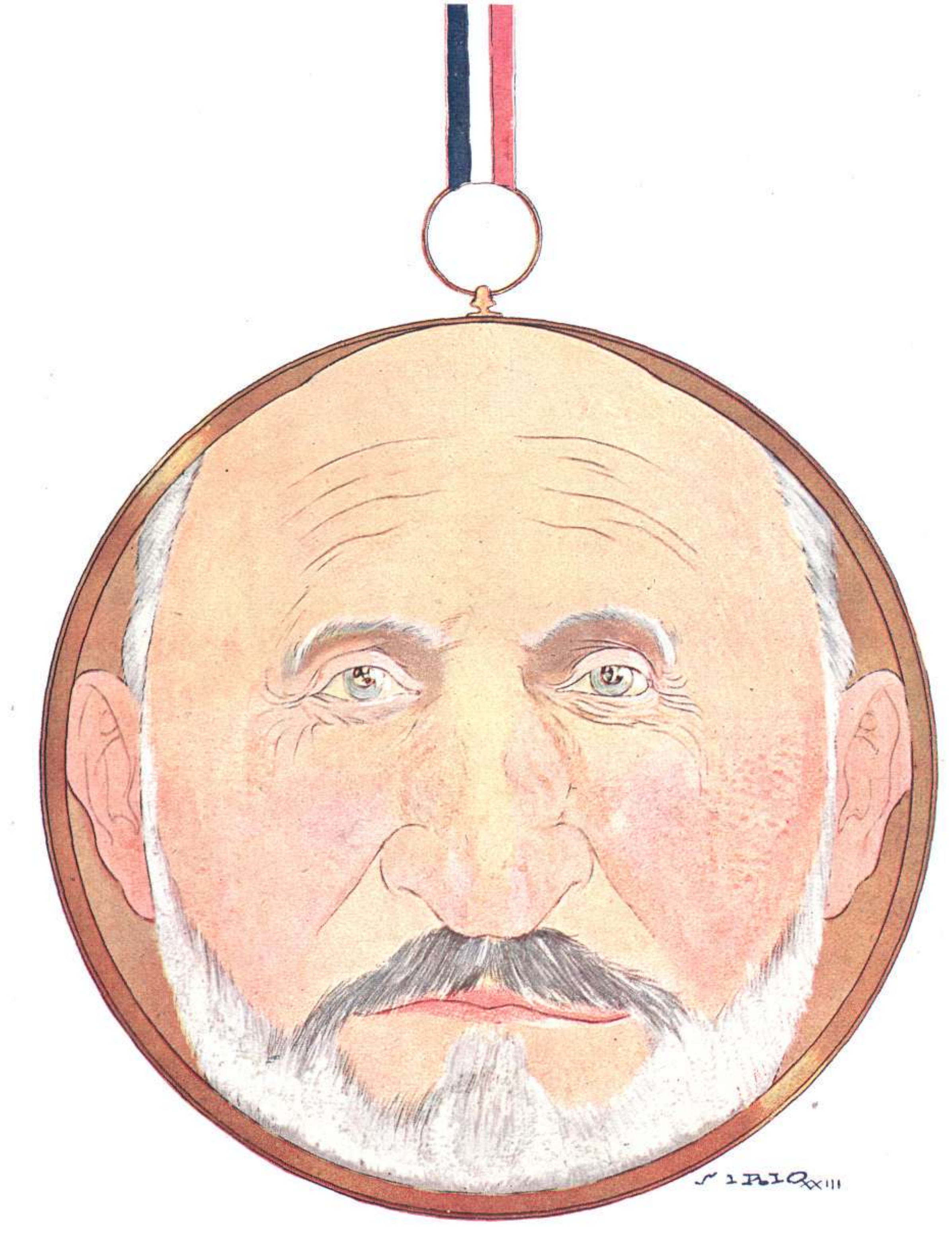
Familias distinguidas que se reunieron en el Círculo Italiano para rendir un homenaje al doctor Zaconi por su destacada actuación social en pro de la colectividad.



El señor Gillo, director de parques y jardines, recibiendo una ofrenda floral de manos de dos niñas en la demostración que le ofrecieron los empleados municipales.



Altos jefes del Ejército y caracterizadas personas que tributaron, en el Cementerio Central, un solemne acto patriótico a la memoria del esclarecido militar general Tajes, ceremonia que fué presenciada por una crecida multitud.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

M. FORESTIER

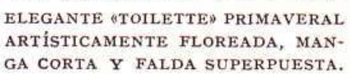
Por SIRIO

PAISAJISTA de suma competencia, acreditan al técnico francés su obra en pro del embellecimiento y conservación del Bois de Boulogne y muchas otras ejecutadas bajo su dirección en París. Contratado por la Intendencia Municipal, con el fin de que formulara un amplio plan sobre mejoras a introducir en los parques y jardines existentes y creación de otros, el distinguido huésped ha trabajado incansablemente, durante su corta estada entre nosotros, y es de esperar que de esa labor, luego de un estudio detenido y sapiente, surjan positivos resultados para la belleza de nuestra capital.

La Página de la Moda

Últimos Modelos





ELEGANTE «TOILETTE» PRIMAVERAL ARTÍSTICAMENTE FLOREADA, MANGA CORTA Y FALDA SUPERPUESTA.



SAQUITO DE «MATELASSÉ» CON CUELLO DE ORGANDÍ, CON LOS VOLADOS DE LA POLLERA RIBETEADOS.



ATRACTIVO MODELO DE ESPUMILLA «BRODÉ» CON CINTAS DE TERCIOPELO NEGRAS, ÚLTIMA CREACIÓN.



ORIGINAL VESTIDO BORDADO PRIMOROSAMENTE EN LA PARTE DE ARRIBA, FALDA LISA OBSCURA, EXHIBIDO EN DEAUVILLE.

HOMBRES CÉLEBRES



A ti te gusta, lectorcito, dibujar monigotes en todos los papeles, en todos los libros y en todas las paredes que encuentras a mano. De vez en cuando nos mandas dibujos para la sección infantil y tus papás están muy contentos de verte hecho un pintorazo. A don Francisco Goya y Lucientes le sucedía lo mismo cuando era un pibe. Pero como en Fuente de Todos, aldea aragonesa, donde nació el 30 ó 31 de marzo de 1746, no había revistas ilustradas ni dibujantes a quienes imitar, Goya tuvo más mérito que tú desde chiquilín.

Sus padres eran un simpático labrador y una honrada labradora, tan aragoneses como su hijo. Los naturales de esa región española se distinguen por su carácter rudo, francote y testarudo. Cuando se les mete una cosa en la cabeza no hay quien los vuelva atrás. Les gusta decir las verdades y ser libres. Cuando en Europa no se sabía aún lo que significaba la palabra democracia, los aragoneses tenían un régimen en el que el pueblo era, no sólo



respetado, sino que tomaba parte en el gobierno. El justicia mayor de Aragón, magistrado supremo, tenía un decisivo poder. Cuando las cortes aragonesas otorgaban el título de rey, el elegido, de rodillas ante el justicia mayor prestaba juramento obligándose a defender las leyes. El magistrado le decía unas palabritas que yo te repetiré en castellano moderno: «Nosotros, que valemos tanto como usted, y que juntos valemos más que usted, le elegimos rey, si jura respetar y defender nuestras leyes aragonesas. Y si no, no». De modo que aquellos monarcas aragoneses no fueron reyes absolutos, en una época en que el absolutismo imperaba por todas partes. Todo esto te lo digo para que comprendas el carácter de don Francisco Goya.

A los pocos años de edad había hecho unas pinturas para la capilla de su aldea natal. Poco después se marchó a Zaragoza, donde estudió mucho durante seis años, y luego a Madrid. En 1765, es decir, cuando tenía diez y nueve años, entró en Roma más pobre que las ratas. Dícese que con el fin de llegar al puerto de Andalucía donde se embarcó, juntóse a unos toreros y así anduvo de pueblo en pueblo hasta conseguir su propósito. Al llegar a Roma enfermo y hambriento, tropezó con una viejecita tan buena, que sin conocerlo le recogió en su casa cuidándole como a un hijo. No sé si la historia habrá conservado el nombre de esta bendita romañola gracias a quien los españoles tienen un hombre célebre más. Yo no lo conozco; pero admiro, como tú lo harás, a la viejecita anónima.

Libre del hambre y de la enfermedad, Goya encantó a sus compatriotas los pintores Antonio Ribera y Antonio González Velázquez (no confundas a estos con los pintores antiguos Ribera el Spagnoleto y Velázquez el grande). Presentado al pintor Bayeu, pudo Goya estudiar y perfeccionar su arte. La pensión que poco después comenzaron a mandarle sus parientes, mejoró su situación. Pintaba cuadritos de costumbres españolas que vendía a buen precio.

Como era hombre decidido, se atrevió a pedirle audiencia al Papa Benedicto XIV, haciéndole un hermoso retrato que se conserva en el Vaticano. Esto le dió mucha fama. Después de rechazar las proposiciones del embajador ruso que se lo quería llevar contratado, Goya en 1769 volvió a Madrid.

En la capital española distinguióse en seguida. En 1775 contrajo matrimonio con una hija de su protector el pintor Bayeu. Cinco años más tarde entraba en la Academia de San Fernando, de la cual fué uno de los directores. Sus pinturas al fresco para la iglesia del Pilar, de Zaragoza, y un cuadro, que en competencia con los mejores artistas, hizo para el templo de San Francisco el Grande, de Madrid, le valieron calurosos elogios y platita.

Pintaba al óleo y al fresco; grababa admirablemente al agua fuerte y se distinguía componiendo modelos para los tapices célebres que se tejían en la fábrica real.

Era caritativo y generoso. Su franqueza aragonesa y su espíritu caprichoso y terco, le hicieron célebre. Muy orgulloso no toleraba que nadie juzgara mal sus obras.

Durante largo tiempo fué popular entre la gente madrileña y en la corte de Carlos IV. Cuando la invasión napoleónica, Goya se plegó al gobierno de José I, hermano de Bonaparte, y tuvo que huir con los franceses en la primera retirada que siguió a la batalla de Vitoria. Muchos dicen que el gran pintor no era un patriota; otros lo defienden afirmando que si él hubiese sido joven habría tomado parte en la lucha por la independencia.

Para que te formes idea de cómo las gastaba el genial aragonés, bastan dos detalles. La cornisa del templo de San Andrés de Llavalle, en Roma, servía a los atrevidos para realizar peligrosas excursiones. Estos avanzaban hasta donde se lo permitía el vértigo y el miedo. Pues bien: Goya batió todos los records poniendo su nombre en un sitio hasta el que nadie llegara.

Cuéntase también que un día lord Wéllington, a quien estaba retratando, se permitió decir que el parecido de la obra era poco exacto. Goya echó mano a una pistola, y si no es por un general que intervino, el héroe de Waterloo no cuenta la aventura.

Se le reconoce como uno de los pintores más grandes del mundo. En cuestión de retratos no adulaba a nadie; en el lienzo aparecían reyes, reinas y nobles con todos sus defectos físicos.

Después de muchas aventuras, en 1822 trasladóse Goya a Burdeos. A consecuencia de una caída por la escalera de su casa, murió el 16 de abril de 1828.



EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

UN PEREGRINO DE ROMANCE

El Saverin es el elegante hotelito donde se alojan los verdaderos parisienses que van a Nueva York. En el Saverin no se necesita conocer el inglés. Aun Gustave, el portero, es francés. Estaba en el Saverin antes de la guerra, y cuando ésta terminó regresó, cojeando y con la Croix de Guérre.

Cierto día vió aparecer a un joven de ojos negros, dientes muy blancos y el aspecto de George Carpentier de diez años antes, y se apresuró a meterse por la puerta de vidrios giratoria para salirle al encuentro.

— *¡Mon lieutenant!* — exclamó Gustave.

— *¡Mon brave caporal!* ¡Ah, aquellos eran los días! Raro encontrarlo aquí. No soy teniente ahora, ¿sabe?

— *¡Alors, monsieur le comte!*

— ¡Bah! ¿Qué significa un conde en Nueva York? Soy tu amigo viejo y paisano. Un taxi, ¿no? Dile al chauffeur que me lleve a Division Street...y despacio al pasar por Hester.

Gustave pareció sorprenderse. — Pero, monsieur... perdone; eso no sería ver a Nueva York. Hester o División no valen la pena...

— Hay algo allí para mí — dijo el joven, cuyo nombre era Brián de Vallonet. — Un americano me dijo en París que en una de esas dos calles hay lo que se llama un cambalache.

— Ah; hay muchos cambalaches allí, si monsieur le comte está interesado en esto.

—Tengo interés en ver uno, pues puede ser que allí sepa algo sobre... algo que se ha perdido. La tienda pertenece, si aun existe, a un hombre que en un tiempo era un ilustrador de magazines y diarios. Especializa en portadas de magazines con cabezas de hermosas mujeres. Algunas son de valor... difíciles de conseguir. Las tiene puestas en marcos y si alguno entra para comprarlas, le explica historias de famosos artistas y de sus modelos.

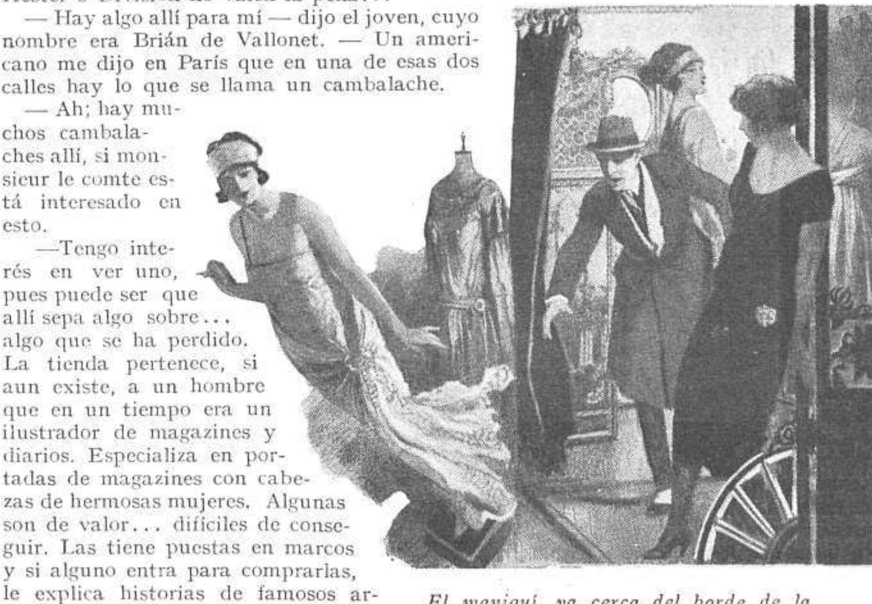
— Ah, monsieur. Siento no poderle dar informes — se disculpó Gustave al abrirle la portezuela del auto.

Desde el 1917, cuando Brián vió en una trinchera la cubierta de un magazine y un oficial americano le dijo que generalmente eran verdaderas muchachas que posaban de modelo, había estado buscando incesantemente aquel modelo. Resolvió que, si existía un original en carne y hueso, tenía que conocerlo. Valía la pena atravesar el mundo para verla. Brián era apenas un muchacho en aquellos días; veinte años tal vez, y habían pasado desde entonces cinco años entre una cosa y otra. Pero nunca había olvidado el efecto que le causó la delicada cara, reproducción de un pastel, en la cubierta del magazine.

El oficial norteamericano, divertido por la persistencia del muchacho, había escrito al editor del magazine preguntándole quién era la muchacha que sirvió de modelo para la portada del número de julio de 1917. Pero las noticias que recibió no fueron muy alentadoras. El artista autor del original era un principiante que prometía, pero había muerto en Francia, y en cuanto al modelo, su cara era desconocida en los corrillos de artistas.

¡Hester Street! Sí; allí estaban los viejos edificios de ladrillo y madera descritos por el oficial americano. En algunos escaparates las sucias vidrieras cegaban la amarillenta luz que mostraba las pieles de segunda mano y metros de brillante gasa con lentejuelas. En otros, comestibles expuestos al aire y a los microbios. Largas ristras de hongos secos. Había pescados de muchas clases y todo bicho de mar y tierra que fuera posible secar.

Pequeños restaurantes despedían la fragancia de los guisos que en la calle se mezclaba con el humo del carbón y el olor de castañas tostadas.



El maniquí, ya cerca del borde de la plataforma, cayó de cara contra el suelo.

Brián necesitó un buen rato para llegar al fin de la calle, pues se detenía en cada cambalache, y a veces entraba para hacer alguna averiguación. Por fin se detuvo el auto frente a una obscura y ancha bocacalle, en una de cuyas esquinas vió el letrero que le indicó encontrarse ya frente a la Division Street.

Brián descendió del auto y tomó tranquilamente una de las aceras. No se veían cambalaches allí. Algunas casas de negocio parecían nuevas, como si en los últimos pocos años hubiera habido un gran cambio. Otras tenían un aire de importancia y se veían automóviles detenidos a las puertas. Luminosos escaparates lucían elegantes vestidos y hermosas pieles. Ricos géneros formaban ríos de luz... azul, dorado, escarlata, esmeralda. Era una nota excéntrica. Saltaba a la vista, dando una rara personalidad a la calle. Debería haberse descorazonado por otro fracaso, pero por cierta causa no fué así. Su corazón dió un vuelco. Fué como si una mano le tocara el hombro y una voz le murmurara al oído: «Has venido al sitio apropiado». Inesperadamente se sintió



excitado. ¿Debería detenerse? ¿Debería seguir? ¿Debería cruzar la calle? La respuesta vino por sí misma al instante. Brián se detuvo como si le hubiera herido un rayo, y exclamó en voz alta: «¡Mon Dieu!». Estaba frente a un milagro.

Otros se detuvieron también, así como la gente se detiene en la calle si lo ven a uno mirando al cielo o cosa por el estilo.

El aspecto de la vidriera era atractivo. Aunque pequeña la tienda, era indudablemente lujosa. Especializábase en trajes de baile, tres de los cuales vestían maniquíes de cera del tamaño natural. Los tres trajes eran muy vistosos, tal vez los mejores de toda la calle. ¿Pero qué podía ser lo que había dejado al joven como hipnotizado?

Nadie se sorprendió más que Rebecca Nathan. Rebecca era la guardiana de la tienda mientras el tío Hymy y la tía Rache comían. La sobrina era inteligente, aunque inexperta, y podían confiarle el recibir a cualquier cliente que pudiera presentarse en esos momentos.

Su mirada desde atrás de los vestidos que colgaban como las esposas de Barba Azul, no era tranquilizadora. El joven no sólo se había introducido en la tienda sino también en el escaparate.

Llena de valor corrió para salvar la propiedad de su tío, pues el individuo se había ya apoderado de ella. Saltó sobre la plataforma y escurrió su rollizo cuerpo entre los brazos del salteador y el maniquí. Las enguantadas manos de Brián cayeron justamente a tiempo para evitar el contacto del cuerpo de Rebecca. Pero sus ojos despedían llamas. No era sólo ante la imaginación de Rebecca que él aparentaba ser un tipo peligroso. Nada podría impedirle apoderarse de aquel tesoro, imagen de ella como si fuera en cuerpo y alma. No, él no había buscado en vano por tantos años hasta este sublime momento, para ceder cuando el triunfo estaba casi al alcance de su mano.

Pero Brián no podía valerse de la violencia. No sólo quería apoderarse del maniquí sino que necesitaba también cierta información. Con un gesto de resolución se llevó las manos a los bolsillos. ¿Cómo podría imaginarse Rebecca que trataba de sacar dinero y no una pistola? Con un grito, involuntariamente dió un paso atrás, tropezando con el maniquí.

Este, ya cerca del bordo de la plataforma, cayó de cara contra el suelo.

———

Brián subió unos cuantos tramos de escalera tambaleándose con el maniquí en sus brazos, deteniéndose por fin frente a una puerta. Nadie contestaba a sus repetidos llamados, así que empujó la puerta y entró.

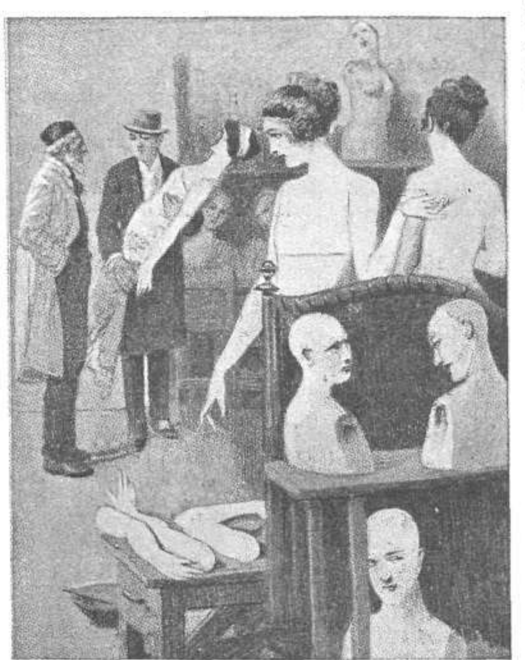
Mientras subía la escalera le acometió el temor de que Rebecca lo hubiera engañado para deshacerse de él, pero al abrir la puerta comprendió que, a no ser que estuviera soñando, había dado con el sitio que buscaba.

Era éste un taller donde se fabricaban las más hermosas mujeres... una especie de Olimpo moderno donde los dioses se paseaban con túnicas de escultores. Había allí mujeres, pero mujeres tan maravillosamente modeladas en cera, que las de carne y hueso envidiarían su gracia.

Algunas de las cabezas que se veían en las estanterías lucían un atractivo peinado de dorada y abundante cabellera. Sus labios parecían sonrisas de cerezos; de mejillas ligeramente rosadas, y largas pestañas sombreando sobre el *couler de rose*. Otras ostentaban el cráneo pulido como las bolas de billar, sin pestañas y tan pálidas como Niobe. Algunos de los miembros que se veían desparramados estaban cubiertos con una espesa capa de blanco, como si los hubieran revuelto en harina.

Brián no había tenido tiempo de notar la presencia del escultor, un hombre con la cabeza de un genio.

Irving Silver, el fabricante de los modelos de cera, sonrió al ver la destrozada cara de cera del maniquí que Brián tenía en sus brazos, pero fué una sonrisa mortificante. Conocía sus propias creaciones; pero la presencia de aquel joven le sorprendió. ¿Por qué se introducía en su taller de tal forma aquel joven tan elegante y de atractiva apariencia cargando con el desfigurado muñeco y con aquella cara de dolor?



El fabricante de modelos de cera sonrió al ver la destrozada cara del maniquí.

—¿En qué puedo servirle? — le preguntó el sorprendido escultor.

Brián le contestó en francés... un torrente de palabras. Afortunadamente Irving Silver había estudiado en París en su juventud, y comprendió vagamente que lo que el otro quería era que le pusiera al maniquí una cara nueva; pero no cualquier cara, sino un duplicado de la que había sido destruída. Comprendió también que había otra pregunta más importante aún: si había habido un modelo viviente, o si aquel hermoso rostro destrozado había sido una creación de la fantasía del escultor. Por la nueva cabeza, y más aún por la información, monsieur Brián de Vallonet pagaría mucho dinero. En cuanto a la segunda pregunta Silver podía dar la información en el acto. Había habido un

modelo viviente, pero hacía mucho tiempo que no tenía noticias de ella.

— No necesita tentarme con ofertas fantásticas, monsieur — sonrió el escultor. — Yo hice este modelo. Sí, recuerdo también el número... 10731. No tenemos duplicado de este maniquí, pero...

— *¡Pero!* — gritó Brián. — Siempre esa odiosa palabra «pero»...

— Espere. No se desilusione hasta que sea necesario — le recomendó el escultor. — Lo que le iba a decir es esto: con el mayor gusto le venderé la cabeza, y se la colocaré al cuerpo, si...

— *¡Mon Dieu!* Ese «si» es tan horrible como el «pero».

— ... si el modelo existe aún. De ese modelo se sacaron tantas cabezas que no sé si estará en condiciones de servir. Pero, en fin, si no ha sido destruído...



Como si fuera un brujo, el creador de mujeres de cera parecía haber dotado de vida a aquella figura.

— ¿Destruído?—La mirada de Brián le hizo sentir a Silver lo que al médico que acaba de destruir la esperanza de un enfermo.

— Desgraciadamente algunos de nuestros moldes fueron destruídos hace unas semanas por un pequeño incendio que tuvimos.

Las llamas de ese incendio parecían haber achicharrado la cara de Brián. Silver se hacía cada vez más intrigante. Al principio, aunque hubiera sabido el paradero de la muchacha que había posado, no pensaba decírselo a este joven extranjero tan excéntrico. Pero después de todo...

— Hemos estado tan ocupados esta temporada — continuó el escultor — que no hemos tenido tiempo de hacer un inventario de las pérdidas. Quiero decir, de los modelos que se han quemado. Pero para evitar errores haré personalmente una revición. ¿Le gustaría esperar, monsieur, o quiere dejar el modelo y volver en otro momento?

— ¿Dejar el modelo? ¡No! — fué la rápida respuesta. — En cuanto a esperar, lo he hecho por años, así que puedo esperar unos momentos más, horas... o aunque sean días. ¡Pero por el amor de todos los santos, *¡encuéntrela!*

Silver empezó a sentir una fuerte simpatía hacia él, pues no sólo era comerciante, sino también un artista.

— Vea, monsieur de Vallonet — dijo el escultor, — estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por usted, si es necesario. ¿Está usted dispuesto en recompensa a...

— Estoy dispuesto a cualquier cosa. Ya le he dicho, señor, que...

— Y yo le he dicho que no es cuestión de dinero. ¿Está dispuesto a explicarme por qué diablos está tan ansioso de conseguir esta cabeza, en particular, para colocársela a un muñeco de cera con el que sin duda usted es ya demasiado viejo para jugar?

Brián se explicó. Pero no le tomó mucho tiempo, porque se explicó con toda rapidez. Le ilustró con palabra y gestos lo que haría si conseguía que la cabeza fuera reemplazada. La haría retratar. Haría postales en colores. Anunciaría en todas partes... en los diarios, en las paredes, en cada pueblo por grande o chico que fuera. Ofrecería por la información una recompensa de diez mil dólares. ¡O más, si monsieur Silver no creía que diez mil dólares fuera suficiente!

— Yo no creo, según lo que recuerdo de la muchacha, que un millón sería bastante para atraerla — dijo el escultor. — Pero me gusta su sinceridad. Si el modelo existe, puede ser que usted tenga otra inspiración mejor después, y yo le ayudaré en todo lo que pueda. Quisiera poder hacer más, ahora que veo la clase de individuo que es usted, pero nunca llegué a saber ni el verdadero nombre de la muchacha. Me la trajo aquí el mismo artista de quien usted habla, antes de irse a la guerra. Lo encontré por casualidad y se me ocurrió mencionarle que necesitaba una joven cuyos hombros, brazos y manos fueran tan perfectos como la cara. Generalmente tengo que usar varios modelos... uno para la cara, otro para los brazos, etc. Ese artista conocía a la muchacha, quien necesitaba dinero; pero no era una profesional y no podía asegurarme si posaría para mí. Pues bien, posó para mí. ¡Santo Dios! Era una encantadora y angelical criatura. Yo la conocí como «Mary Smith», pero no había más que verla para comprender que Smith no era su nombre. Cuando terminó con sus sesiones le pedí la dirección para el caso de que la necesitase otra vez, pero me dijo que estaba segura de no volver a posar. ¡Así fué la cosa! Puede ser que quisiera casarse...

— No, monsieur; hay algunas cosas que son demasiado malas para ser ciertas — exclamó Brián defendiendo su causa.

Silver salió del taller y pasó algún tiempo antes de que volviera. A Brián le pareció la espera larguísima. Pero mientras esperaba se entretuvo en recrear la



vista en aquellos hermosos hombros, aquellos brazos, aquellas manos. ¡Habían sido copiados de *Ella!*

Cuando vió regresar al escultor se puso en pie de un salto.

— *Alors* — dijo Silver con gravedad, — las noticias que tengo ni son buenas ni malas. Pero puede ser que consigamos algo con lo que ha quedado. Prometo hacer todo lo posible. ¿Quiere confiar en mí y no hacerme más preguntas? Si usted me pregunta algo y yo le contesto, tal vez se alarmaría más de lo que debe.

Se miraron uno al otro en los ojos. — Monsieur, confío en usted — respondió Brián.

— Muy bien — dijo Silver. — Ya me ha dado su dirección: Hotel Saverin. En el momento que tenga alguna noticia para usted, buena o mala, le telefonearé. La cabeza de una muchacha no puede ser fabricada en un día... ni en siete, aun en cera. Tenga toda la paciencia que sea posible, y déjeme el modelo.

— ¿Debo dejarlo?

— Temo que sí.

Raro. Silver ni siquiera sintió ganas de reir al ver la apasionada mirada de adiós con que el francés se despidió de su carga.

Enseguida que Brián salió, el escultor se sentó frente al escritorio que tenía en uno de los rincones del taller y empezó a abrir uno y otro cajón, rebuscando en cada uno de ellos. Su plan dependía de lo que pudiera, o no pudiera, encontrar allí.

Buscaba una vieja fotografía que había conseguido de «Mary Smith» para el caso de que algún día necesitara renovar algún modelo. Era la única oportunidad para Brián de Vallonet, pues, en realidad, el modelo número 10731 había sido devorado por el incendio.

Los días pasaban sin que Brián recibiera noticias. Tentado estuvo varias veces de recurrir al teléfono para ver si había alguna novedad, pero eso no sería confiar en él en la forma que le había prometido hacerlo.

«Roma no fué construída en un día, ni en siete», le había recordado el escultor. ¿Pero y ocho días... y nueve... diez... once?

Varias veces lo habían llamado al teléfono, pero sólo para anunciarle una visita o mandándole una invitación. Pero la fuerte e insistente llamada de la tarde del doceavo día parecía significar algo especial. Estaba excitado por el presentimiento.

¡Sí... por fin! Era Silver el que llamaba.— Tengo ya algo preparado para mostrarle — dijo la amigable y consoladora voz. — ¿Cuándo podría venir?

— En seguida — gritó Brián.— Tan pronto como un auto me pueda llevar. ¿Ha hecho la cabeza?

— Bueno; he hecho lo que podía, como le prometí. Espero que no le desagradará lo que he hecho. Venga en seguida.

Brián tomó el sombrero y salió corriendo. Cuando llegó a la casa del escultor subió la escalera de dos y tres escalones a la vez. Llamó y la puerta se abrió al instante. Allí estaba Irving Silver con su delantal blanco de escultor.— Entre, joven — lo invitó cordialmente, mientras en el fondo sonreían grupos de graciosas figuras de cera.

— Estamos solos — continuó el escultor; — todos los operarios han salido. Entre.

Brián lo siguió sin poder articular palabra alguna. Silver apagó la gran luz central, y entonces Brián notó que sólo quedaba en uno de los rincones una luz de pantalla verde. Después de avanzar unos pasos Silver lo detuvo. — Tome su primera impresión desde aquí — le recomendó. — La distancia puede prestarse al encanto.

— ¡Encanto! — Sí, esa era la palabra.

Como si fuera un brujo, el creador de mujeres de cera parecía que verdaderamente había dotado de vida a aquella figura.

Brián no se movió. Parecía estar hechizado.

— Monsieur — dijo, con voz poco firme. — Nunca podré agradecérselo bastante. Usted no puede comprender cuánto ha hecho por mí. Es una maravilla, es casi como si usted hubiera convertido mi sueño en una realidad, produciendo en cuerpo y alma a la mujer por quien he venido desde tres mil millas de distancia con la esperanza de encontrarla.

— Quería que usted estuviera satisfecho — confesó Silver, — y me alegro de que así sea.

— En mi casa, en Francia, reservaré una de las habitaciones para ella, así, con esta misma luz. Aunque si, a pesar de este parecido, no la llegara a encontrar, o si, por desgracia, se ha casado con otro, me sentiré más satisfecho con esta imagen que la mayoría de los mortales con sus esposas. Monsieur, ¿podré llevármela conmigo?

— Eso depende — respondió Silver con cierta frialdad — del mismo modelo.

— ¿Quiere decir que como la cabeza está fresca aún no podrá ser movida? ¡Oh! pero si debe quedar aquí por esta noche, permítame que yo también me quede para hacerle compañía. A propósito, *cher monsieur*, ¿qué le debo por su trabajo?

— En dinero, ni un centavo — dijo Silver.— En realidad no he incurrido en gasto alguno, y lo que he hecho me ha dado un gran placer.

Brián tomó las manos del escultor y las sacudió, pero esto no era bastante en un francés para expresar su gratitud. Tomándolo de los hombros, le besó primero una mejilla y después la otra.

El maniquí dejó escapar una sonora carcajada.

Así que ya sabemos lo que pasó. Silver había escrito al fotógrafo que hizo el retrato de ella, y que tuvo la suerte de encontrar, y de esta forma se puso en comunicación con «Mary Smith». Le escribió con toda la elocuencia que un corazón romántico podía guardar, contándole la historia de Brián de Vallonet. Ella le contestó contándole su propia historia: una tía rica la había adoptado, llevándola a Wáshington. No, no se había casado. Prometió ir a Nueva York para posar por unos pocos minutos, tal como Silver le había pedido. Y al firmar no lo hizo como Mary Smith, sino Mary Sanderson. Irving Silver cabeceó cuando le pidieron que fuera padrino; no le parecía apropiado. Pero después de todo era la cosa más natural en el mundo.

C. N. WILLIAMSON



I

No querrás creerlo—me dijo mi amigo Marcelo, que no es desconocido para ti, lector, que yo soy amigo suyo; — no querrás creer hasta qué punto soplaba el viento, metiéndose por las chimeneas, levantando por la parte baja los vestidos de las mujeres, descornando maridos por la alta; ese viento malo de Africa, más duro que el mistral, porque se obstina en soplar más tiempo, y que algunas veces se empeña en obsequiar con sus bufidos a los habitantes de este pobre país. Ese viento que pone blasfemias en los labios, hace que los paralíticos griten en sus lechos, y hasta a los calvos se les erice el pelado cráneo, que hace pasar una racha de locura por todos los cerebros. Y aun hay que agradecerle no haga llover piedras sobre nuestro semblante, o traiga cuestiones enojosas entre gentes pacíficas, como el duelo del mayor Canteloup, que ya te he contado.

— ¡Nunca, te lo aseguro!

— Pues bien, lo haré ahora.

Y mi amigo Marcelo, a la vez que liaba un cigarrillo, continuó de la siguiente manera:

— Los dos actores principales de este drama están al alcance de tus ojos. Fíjate bien en aquél rincón del café, detrás de la copa de absenta, en aquel viejo pequeñito, muy encorvado, con bigotes de gato y gafas verdes; aquél es el mayor. Y en ese grueso panzón, afeitado como un cura, con aspecto bonachón, que endulza su aperitivo con una lágrima de jarabe; aquél es el otro. Míralos; se dan fuego y se sonríen con infinita amistad. Se prestan uno a otro pequeñas atenciones. Son Orestes y Pílades. Nadie podría imaginarse una unión más completa. Pues bien; hace tres meses querían matarse, por culpa de un viento como el de hoy. Un viento que puso furiosa a toda la población.

— Cuéntame eso.

— Creo es lo que estoy haciendo.

II

ESTABAN en aquella mesa, ¡míralos!, a dos pasos del mostrador. Aun los veo. Jugaban al *jaquet* con encarnizamiento. Tú ya conoces a Canteloup. Su amigo se llama Lapège, y es un antiguo contrabajo del teatro. Estaban incomodados sin decirse nada. ¿Incomodados contra quién? Contra nadie. Rabiaban por culpa del viento. En el mostrador hacía media esa señora gruesa que tú mirabas porque te llamaba la atención su corpulencia, y que fué la mecha que prendió la pólvora. Parece que en ella también produjo efecto aquel maldito viento, porque, sin duda nerviosa, tiró con el brazo un pequeño objeto metálico de su escritorio que sonó seco y agudo como signo musical de una orquesta.

Una nota de bastante sonoridad interrumpió la partida de Lapège y Canteloup, que, como te he dicho, para no perder nada, estaban colocados junto al mostrador.

Abonado, desde hacía diez años, al teatro del Capitolio, el mayor se preciaba de poseer ciencia musical.

— Es un «sol» sostenido — se contentó con decir con gravedad.

El contrabajo reflexionó y se puso a cantar: *hou hou hou hou*, sobre las cuatro notas del acorde completo, y repuso:

— Es un «mi» bemol.

— ¡Un «sol» sostenido, ignorante! — insistió Canteloup.

— Un «mi» bemol, borrico viejo — respondió Lapège.

¡Pan!

Y una bofetada terrible cayó sobre la mejilla del viejo rascador de armonías y acordes.

Lapège se levantó súbitamente como si le empujase un resorte.

— ¡Me dará usted una satisfacción! — gritó con fuerza.

— ¡En seguida, si así lo quiere usted!

— ¡A buscar dos testigos inmediatamente!

— ¡Uno para cada uno basta!

A dos pasos, en la otra mesa, el abogado Monistrol y el doctor Tamerlenc acababan una tempestuosa partida de *bezigne*. ¡Había tanta electricidad en el aire! El primero era amigo del mayor, y el otro, primo segundo del contrabajo. ¡Estaban encontrados los testigos! Monistrol y Tamerlenc aceptaron con placer. Era un medio de aplacar su propia irritación, una manera de no arrancarse los pelos. ¡Ah! Por nada del mundo hubiesen querido que se arreglase aquel negocio. Estaban casi tan interesados como los combatientes, temiendo que cualquier arreglo pusiese fin a la querella. Lo veían todo rojo. Sólo un duelo a muerte podía lavar el insulto.

No encontrando más que un solo coche, montaron los cuatro en él, emprendiendo la marcha hacia Blagnac, que es el sitio de los duelos en Tolosa.

III

CANTELOUP y Lapège, que ocupaban el fondo del coche, no se dirigieron la palabra durante el trayecto; pero Monistrol y Tamerlenc discutían calurosamente los motivos del duelo.

Los dos también alardeaban de conocer el solfeo.

— ¿Lo ha oído usted? — dijo Monistrol.

— Perfectamente. Era un «sol» sostenido — respondió Tamerlenc.

— ¡No, señor! Un «mi» bemol.

— En este caso está usted de acuerdo con Lapège. No puede ser testigo de Canteloup.

— Es verdad; ni yo de Lapège. Cambiemos.

— ¿Ustedes no tendrán ningún inconveniente en que yo sea testigo del contrabajo y Tamerlenc del mayor? — preguntó Monistrol con cortesía.

Lapège y Canteloup, siempre graves, hicieron un ademán de cabeza que significaba serles completamente igual.

Bajaron en una plazoleta, en donde ya estaba marchita la hierba, pues era en otoño, en una plazoleta en donde revoloteaban las últimas mariposas. Se oía murmurar el agua entre los canales. Serían las cinco de la tarde y el sol ya declinaba, dando su rosada luz sobre las ramas amarillentas. Tibios perfumes subían del musgo y detrás de las hayas pasaban hermosas jóvenes riéndose.

— ¡Hermoso lugar para batirse! — dijo Monistrol.

— Uno no debe salir vivo de aquí — agregó Tamerlenc, sacando con ferocidad las espadas de la vaina.

El viento seguía, en tanto, sacudiendo la espesura con estrépito. La rugosa cara de Canteloup reflejaba sed de sangre; pero en el semblante bonachón de Lapège veíase vaga inquietud. En el fondo, el contrabajo era en extremo pusilánime y la cólera le pasaba en seguida; hubiese querido encontrarse a cien leguas de allí, en la Opera, por ejemplo, en donde siempre soñó con tener ocupación.

IV

NO sé si he dicho que un casco de granada había deformado las espaldas del mayor, causándole una jiba dorsal; cuando se quitaron los gabanes para ponerse en línea, aquella deformidad, que el viejo militar ocultaba cuidadosamente bajo un corsé, apareció en toda su plenitud.

— Es jorobado — pensó Lapège.

Y a la vez que se desabrochaba los botones de su camisa, se volvió disimuladamente, tocando con suavidad, con la palma de la mano, la protuberancia de su enemigo.

— ¡Se dice que esto trae buena suerte! — pensó.

Desgraciadamente para él, Tamerlenc, transformado en testigo de Canteloup, vió la operación.

— ¡Esto no es cosa de juego! — dijo furiosamente. — Y además, es muy indigno e infame.



— ¿Qué pasa? — preguntó Monistrol, quien nada había visto y en aquel momento hallábase midiendo las hojas.

— Vuestro patrocinado acaba de tocar la joroba del mío, buscándole bromas.

— ¡Perdón, caballero! ¡Yo no soy jorobado! — exclamó el mayor con viveza.

— Además — dijo Monistrol — eso no trae suerte más que cuando la jiba es de nacimiento.

— Y yo repito que esa maniobra es una indignidad. De nacimiento o no, no hay porqué tocarle la joroba.

— Usted es un imbécil, señor Tamerlenc.

— ¡Y usted un puro idiota, señor Monistrol!

Después de esto, el médico y el jurisconsulto se lanzaron uno sobre otro con los puños cerrados.

Mientras esto sucedía, Canteloup y el mayor se habían acercado.

— ¿Es verdad que me ha tocado usted la espalda? — preguntó el mayor.

— Es verdad — repuso el contrabajo.

— Entonces no podemos batirnos. Pues aunque no soy jorobado, creo en lo que se dice y creo que ya no estamos en iguales condiciones.

— Bueno; pues si usted quiere, dejaremos la cuestión; estoy pronto a darle explicaciones.

Se tendieron las manos.

— Volveremos tranquilamente al café. Precisamente es la hora de la absenta — dijo Canteloup.

Y sin ocuparse de Monistrol y Tamerlenc, que rodaban por tierra dándose terribles golpes, subieron al coche para desandar el camino.

V

CUANDO entraron en el café, la señora del mostrador volvió a ocupar su asiento de terciopelo.

— Vengo de ordenar que afinen el piano — dijo, sonriéndose graciosamente.

— ¡Haría usted muy bien en mandar al mismo tiempo que asimismo la afinasen a usted — le respondió Lapège con amable sonrisa.

Y, acercándose a Canteloup, agregó para concluir de desagraviarle:

— Creo efectivamente que aquello fué un «sol» sostenido.

Pero Canteloup había tenido la misma idea generosa de dar la razón a su adversario, y replicó:

— Perdón, era un «mi» bemol, como usted había dicho.

— Un «sol» sostenido.

— Un «mi» bemol.

Y volvieron a empezar; pero en aquel instante, y felizmente para la cuestión, se abrió la puerta, entrando el abogado Monistrol y el doctor Tamerlenc; los dos traían los ojos hinchados de una manera lamentable, pero se apoyaban uno sobre otro dándose la mano con extraordinaria afectuosidad. En medio de su lucha, había calmado el viento, y esto bastó para que los antiguos compañeros sólo se acordasen de su amistad, y se alzaron para caer uno en brazos del otro.

— ¡Calla! Míralos: vuelven a proseguir su partida de *bezigue*. ¿Se diría que su amistad nunca había sufrido la menor interrupción?

Marcelo dió fin a su cuento, y yo le di las gracias. Pues esta clase de aventuras no tienen maldita gracia, y no me agrada tener amigos que se diviertan a mi costa.

Página Infantil

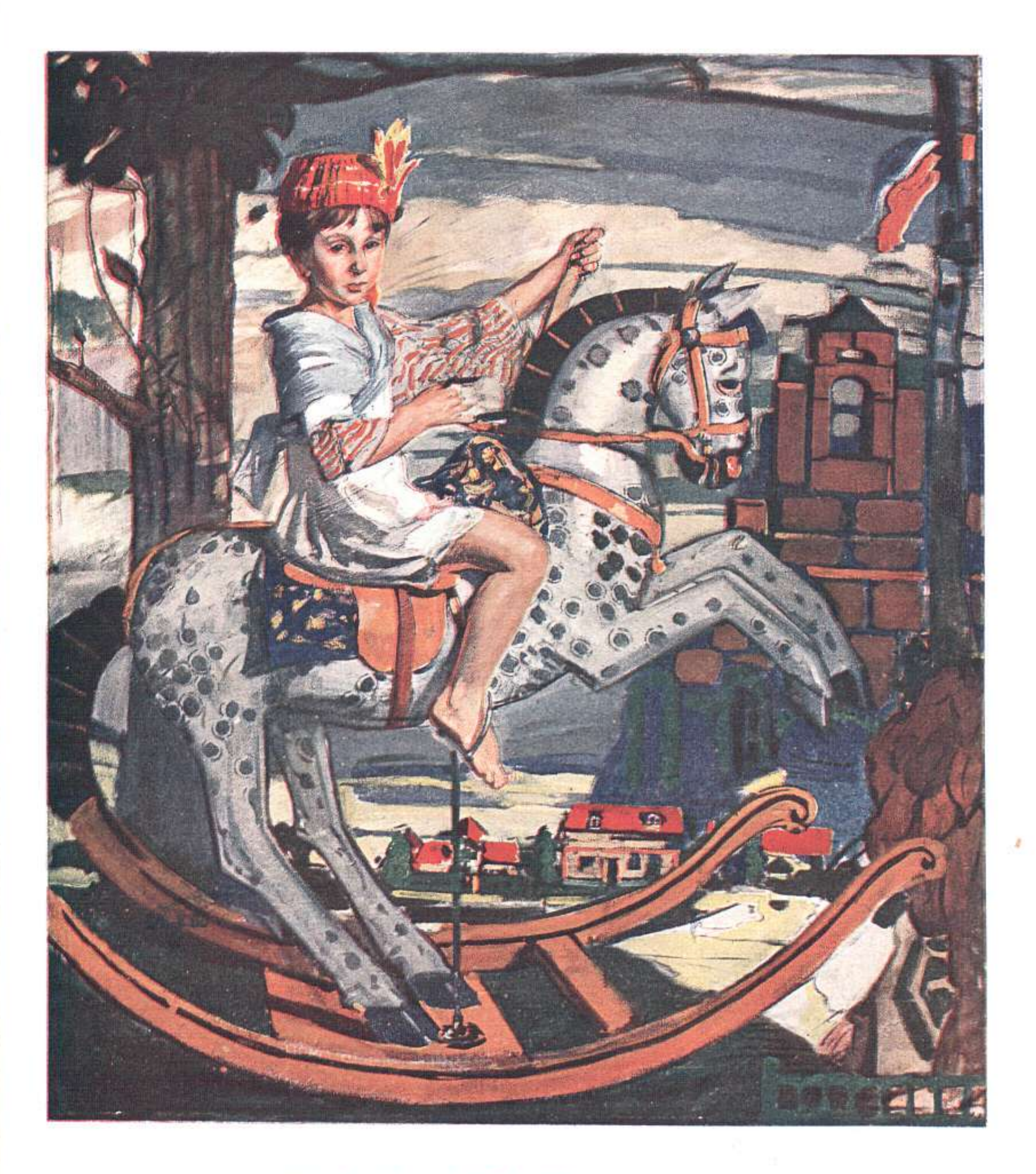
Emma

Haydée Scarzella





Gisela Lola Toja Bonilla



EL CABALLITO DE MADERA

ÓLEO DE ORTIZ ECHAGÜE

HERMOSO ACTO DE CONFRATERNIDAD HISPANOITALIANA

Animado y brillante aspecto que presentaba el amplio y lujoso salón de recepciones del Club Español, donde de un modo cordial y en extremo grato, se pusieron de relieve los sentimientos fraternales entre las colectividades española e italiana, ambas tan numerosas como prósperas y tan propensas a estrechar vínculos por razones de raza e historia.

Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido por la prestigiosa institución española a la colonia italiana, al que asistieron más de doscientas personas y lo más representativo de las dos entidades, pronunciándose a los postres entusiastas discursos que fueron acogidos con grandes ovaciones por la cálida y recíproca simpatía de sus párrafos.

Liga de Profilaxis Social

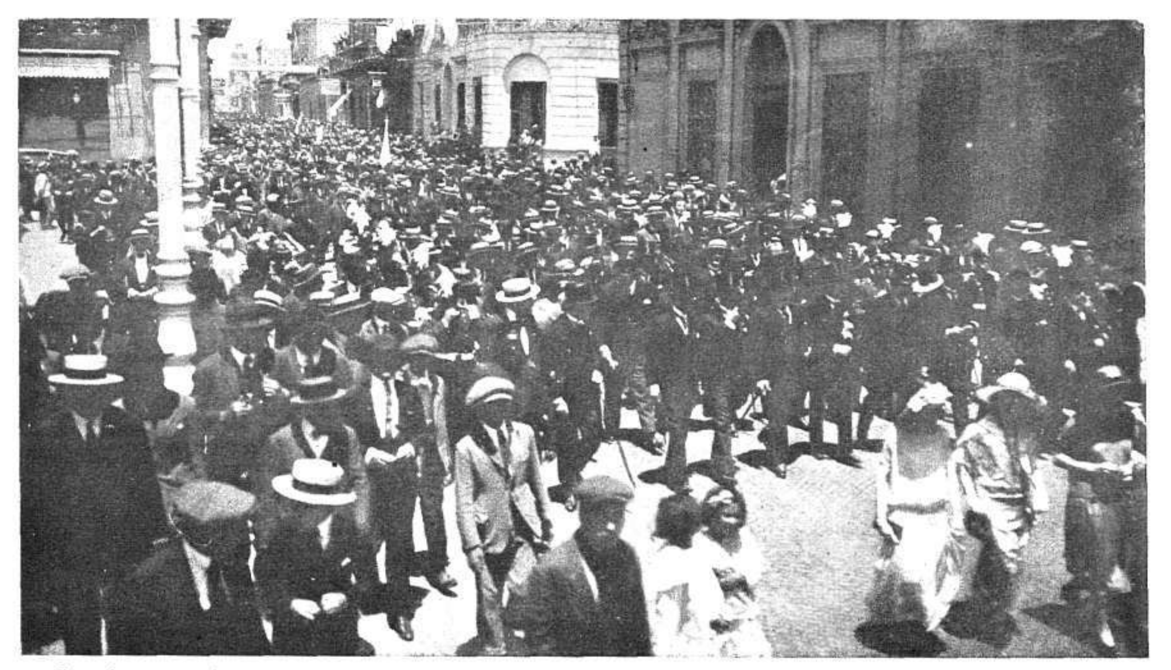


Los ministros de Instrucción Pública y de Marina y el Presidente de la institución, doctor Fernández Verano, al terminar este último su interesante disertación en el teatro Avenida.

En honor del Dr. Samuel Dónovan



El obsequiado rodeado por un grupo de profesores del Colegio Nacional de Buenos Aires, quienes le ofrecieron un banquete con motivo de su jubilación como profesor de este establecimiento.



Las primeras autoridades de la provincia en la procesión cívica formada por una enorme multitud, frente al teatro Municipal, resultando el desfile uno de los números más significativos del programa de festejos con que la ciudad celebró las tres centurias y media de su fundación.

350.° ANIVERSARIO DE LA

Brillantes festejos

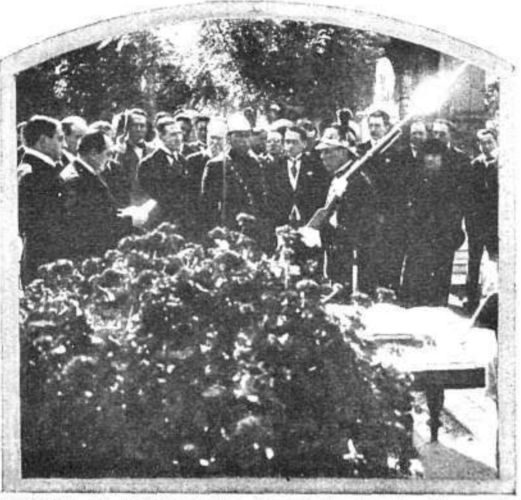


El doctor Carlés pronunciando su discurso en el atrio del templo ante crecida y entusiasta concurrencia.

El Gobernador de la provincia, el vice y los ministros, saliendo del Tedéum oficiado en la iglesia de San Francisco.



El Gobernador en el acto de la colocación de la piedra fundamental para el nuevo pabellón del Hospital de Caridad.



Miembros del gobierno y altos funcionarios durante el homenaje tributado en el cementerio municipal a la memoria del ex gober-



El doctor Mosca, el señor Mendieta y conocidas personalidades con distinguidas damas en la escalinata del Palacio de Gobierno, donde se efectuó una lucida recepción social celebrando el histórico acontecimiento.

FUNDACION DE SANTA FE

conmemorativos





Interesantes grupos de destacadas familias de la sociedad santafecina que asistieron a la hermosa fiesta, de imborrable recordación por las vastas proporciones adquiridas.



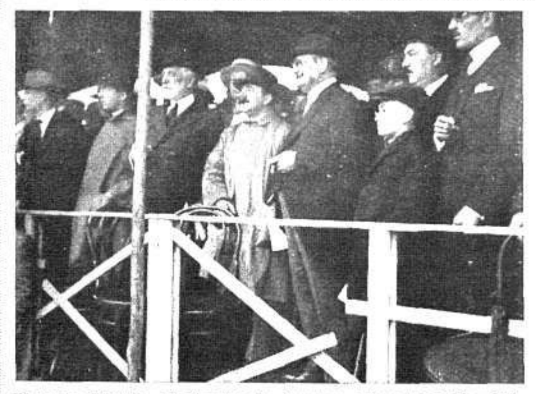


Aspectos parciales del elemento joven, en los salones de la casa de Gobierno, donde puso, con su entusiasmo y culta alegría la nota amena y grata.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.



El Gobernador de Buenos Aires, señor Cantilo, ministros de su Gobierno, otras autoridades y el crecido público a la salida de la iglesia de San Ponciano, donde se celebró un solemne Tedéum para conmemorar la fundación de la capital de la provincia, acto que fué seguido de otras demostraciones cívicas en que tomaron parte todos los elementos de la ciudad.



El señor Cantilo, el director de nuestro colega "La Nación", señor Jorge A. Mitre, y conocidos personajes presenciando en el aerodromo de La Plata los preparativos para la gran carrera aérea, suspendida debido al mal tiempo.



El primer magistrado provincial y miembros del Gobierno en la plaza San Martín, observando con interés el vuelo de las palomas mensajeras soltadas como uno de los números más llamativos del programa.



El Gobernador rodeado de los caballeros que componen la comisión del Museo de Bellas Artes, de su comitiva y de otras destacadas personas durante la apertura del 2.° Salón Provincial de Pintura y Escultura, al que se presentaron 176 obras, que fueron examinadas por los distinguidos visitantes durante su prolongada permanencia en el local.

ENLACES





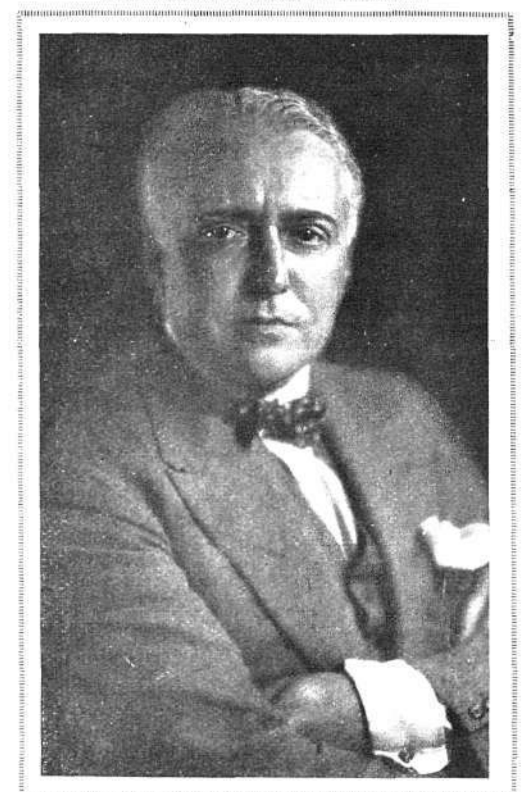
SEÑORITA HAYDÉE MONTES CON EL SEÑOR EDUARDO TORRES ASTIGUETA, EN LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS.

SEÑORITA MARY HELGUERA CON EL SEÑOR JOSÉ ALBERTO CAEIRO, EN LA BASÍLICA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.



SEÑORITA ANGELA HELENA CORONATO CON EL SEÑOR EUSEBIO OSCAR CANDELA, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

El eminente cirujano doctor Putti operando un caso de "artroplástica" de la rodilla ante un grupo de facultativos en el Congreso italiano de Ortopedia, en Bolonia.



Doctor Vittorio Putti, celebridad mundial, cuyas operaciones están atrayendo la curiosidad de todos los médicos.

CARAS Y CARETAS

Con el príncipe de la Orto

BOLONIA fué siempre el centro intelectual de Italia, y desde su Universidad, ocho veces centenaria, irradiaron, como faros poderosísimos, mentes privilegiadas que despertaron la admiración del mundo entero.

Vittorio Putti, que físicamente tiene las características de los hijos de la América del Norte, ha nacido en Bolonia y cuenta apenas 44 años.

Casi demasiado joven, pues no se llega a concebir cómo en tan breve período de tiempo haya podido alcanzar una suma tan notable de conocimientos.

Habla y escribe los principales idiomas europeos, es un apasionado cultor del arte en sus diferentes manifestaciones, un investigador infatigable de los conocimientos antiguos en lo que se refieren a su ciencia y, sobre todo, está dotado de una actividad pasmosa.

Llegan a más de cien sus publicaciones científicas, que inició el año 1904 con un estudio sobre la acción de la formalina sobre el riñón, que presentó como tesis al recibirse en la Facultad.

Para poder conseguir una entrevista, tuve que dirigirme al propietario de la librería Cappelli, pues no es hombre que se preste tan fácilmente a preguntas periodísticas.

Según él, no hay uno que consiga escribir una entrevista sin hacerle decir cosas inexactas, y a más rehuye todo reclamo alrededor de su persona, mientras por lo contrario se prestaría gustoso a toda iniciativa que tuviera por objeto poner de relieve la importancia del Instituto Rizzoli.

Fenómeno bastante raro, habla siempre de su maestro Alejandro Codivilla con ternura casi filial y una admiración sin límites. Es imposible leer, sin

El profesor Putti procediendo a una de sus intervenciones quirúrgicas en el Instituto Rizzoli y en presencia de ilustres colegas internacionales.

EN ITALIA

pedia, doctor Vittorio Putti

emocionarse hondamente, lo que dijo en memoria de su maestro, cuando el 3 de septiembre de 1917 se inauguraba un busto en bronce destinado a perpetuar la memoria del ilustre ortopédico.

El profesor Putti todas las noches de 19 a 20 llega a la librería Cappelli y puede decirse que es esa la única hora del día en que se permite una diversión.

Conversa con los colegas mientras va ojeando las obras que acaban de aparecer, eligiendo las que están destinadas a enriquecer su biblioteca particular, en la que figuran libros rarísimos adquiridos a peso de oro.

Está al corriente de las ediciones raras, de los libros antiguos, y los hace llegar, cueste lo que cueste, un poco para satisfacer su sed de conocimientos, un poco por espíritu patriótico, pues muchos libros italianos preciosos pasaron al extranjero y él quiere que vuelvan a Italia.

Cuando le comunicaron mi deseo de entrevistarlo en nombre de la más importante revista de Sud América, me hizo preguntar si se trataba de escribir sobre su persona o sobre el Instituto Rizzoli.

— Díganle — contesté — que mi intención sería hablar del Instituto Rizzoli, pero que considero muy difícil prescindir de su persona, desde el momento que la fama del Instituto está estrechamente vinculada con la del Prof. Putti.

El señor Cappelli iba y venía del teléfono, transmitiéndome las palabras del ilustre ortopédico, y por fin me anunció que al día siguiente a las primeras horas de la tarde me recibiría en su despacho del famoso Instituto.

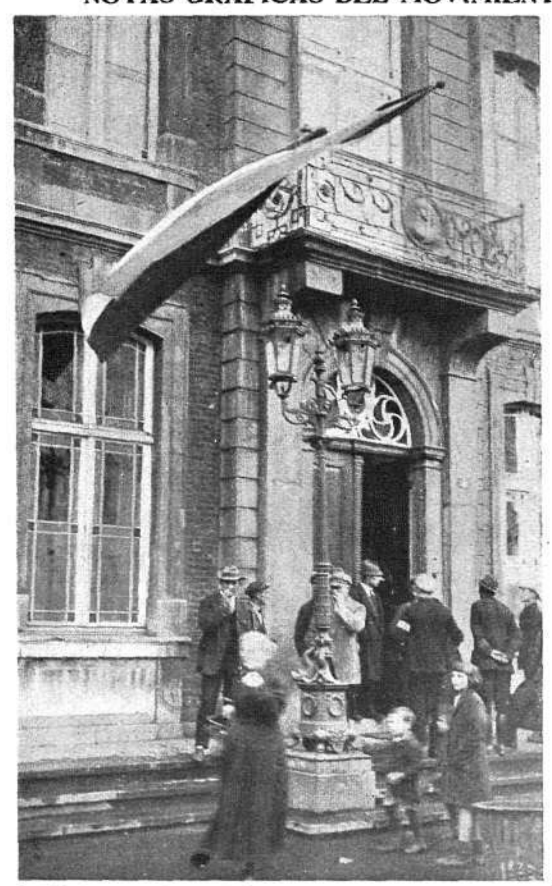
La notable entrevista tenida por nuestro colaborador con el sabio italiano aparece en otras páginas de este mismo número.



Uno de los magníficos salones del Instituto Rizzoli, en Bolonia, el centro intelectual de Italia, dirigido por el sabio profesor.

"CARAS Y CARETAS" EN ALEMANIA

NOTAS GRAFICAS DEL MOVIMIENTO SEPARARISTA EN LA RENANIA



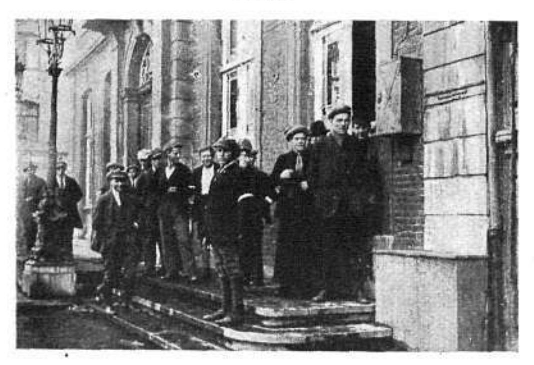
La bandera republicana de los separatistas renanos es colocada por un grupo de los mismos en la Municipalidad del pueblo de Düren.



Patrulla de separatistas recorriendo las calles de la población de Crefeld, después de iniciado el movimiento.



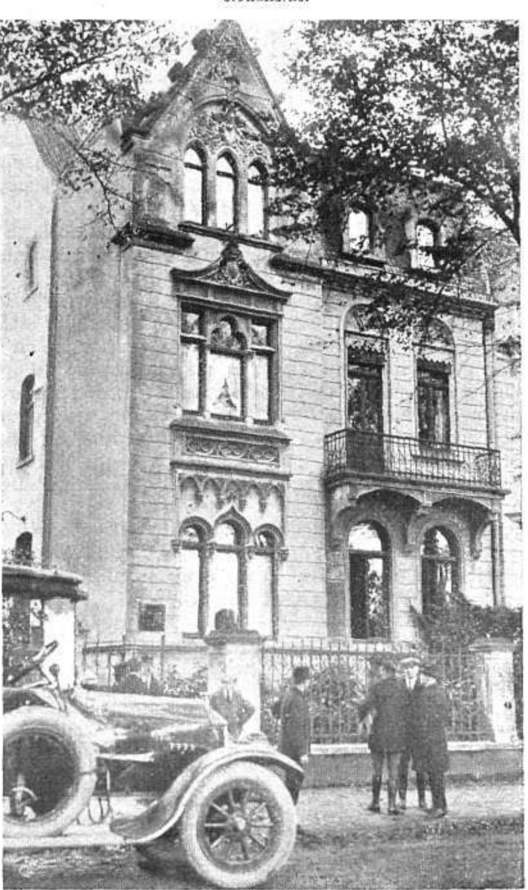
Una de las barricadas callejeras de Crefeld guardada por un separatista ante el temor de cualquier agresión por parte de los nacionalistas.



Grupo de voluntarios republicanos apostados delante de la Municipalidad de Düren.



Patrulla de tropas francesas recorriendo las avenidas de la po-



Una "villa" convertida provisionalmente en Gobierno republi-


FREIXAS Y Cía. SECCION ACEITE DE OLIVA
JUJUY
SALTA
TUCUMAN
CATAMARCA
LA RIOJA
SAN JUAN
MENDOZA
SAN LUIS
CORDOBA
ASUNCION
FORMOSA
RESISTENCIA
CORRIENTES
POSADAS
PARANA
BUENOS AIRES
TOAY
NEUQUEN
RAWSON
COMODORO RIVADAVIA
BAU
A los Señores consumidores de aceite calidad BAU que nos escriben preguntando reiteradamente por la marca, nos es grato comunicarles:
Que la producción de aceite calidad BAU alcanza actualmente para dar abasto a todos los pedidos.
Que siempre se ha subordinado la cantidad a la calidad.
FREIXAS & Cía.

LOS LIBROS

EL DILEMA

POR CUPERTINO DEL CAMPO.

Se ha dicho que la mejor prueba para una obra teatral es la lectura; si triunfa en ésta, es señal de que es buena, aunque no triunfe en la escena. No nos parece que esa doctrina sea aceptable sin beneficio de inventario, como se dice; pero en el caso de esta comedia dramática en tres actos, cabe dejar constancia de que triunfa en la lectura, pues se lee hasta el fin con creciente interés. El señor del Campo ha querido hacer ver en su comedia ciertos aspectos nada halagüeños de la vida política, que es más o menos la misma en todas partes, y ha trazado con vigor, bien que a veces algo sumariamente, en especial en los casos de los personajes femeninos, unos cuantos retratos de personas que se suelen encontrar así en las oficinas públicas como en los salones. Hay quizás un poco de inexperiencia de lo que se llama la técnica teatral en *El Dilema*, pero eso de la técnica teatral es cosa tan abstrusa que apenas formulado el reparo entran ganas de quitarlo. El señor del Campo, que es un pintor distinguido, es también escritor no menos distinguido, y sus dotes literarias quedan plenamente de manifiesto en su comedia dramática, que tal vez se lee con mayor satisfacción que la que causaría su representación, bien que en ésta habría que tener en cuenta a los cómicos. Es la ventaja más positiva que ofrece la lectura sobre la representación de ciertas obras teatrales.

PERFILES EN LA NIEBLA

POR MARGARITA ABELLA CAPRILE.

Cuando la señorita Abella Caprile publicó su primer libro de versos, *Nieve*, la crítica fué unánime en la alabanza y lo mismo está ocurriendo con *Perfiles en la niebla*. Puede pensarse todo lo malo que se quiera de la crítica, y en mucho de ello habrá buena dosis de verdad; pero es innegable que esa unanimidad no puede ser sino el reconocimiento inevitable de que la joven autora de que se trata es una poetisa llena de merecimientos. Con las poetisas pasa, naturalmente, lo mismo que con los poetas; las hay de diversas categorías y de diversos caracteres; pero esas diversidades son lo de menos: lo esencial es la inspiración poética y el arte para traducirla en versos. La señorita Abella Caprile ama la naturaleza y encuentra en ella abundantes motivos de inspiración; pero aún no ha llegado (y ello fácilmente se explica cuando se recuerda su juventud) a la comunión con los grandes misterios de la vida de la naturaleza, que, en suma, no son sino los misterios de la propia vida humana en otro plano; hasta ahora, son más bien los aspectos de la naturaleza los que la inspiran, sin que ello quiera decir que no perciba ya que más allá de esos aspectos está lo propiamente fundamental. La señorita Abella Caprile encuentra también en la vida fuente de inspiración; pero la vida que la impresiona, sea que contemple la propia o la de los demás, no es todavía (y la explicación no es menester repetirla), la vida en todo su florecimiento de bondad y de maldad, de placer y de dolor. Su alma, según ella misma lo dice, es como una campana de cristal: «Si algo la hiere, mi alma — suena como el cristal; — Cuanto más recio el golpe — Es más alta la nota que da. — Yo no sé si arrancándole — El supremo vibrar — De su eco más intenso, — Algún choque terrible — La quebrará..» En estos versos de la señorita Abella Caprile está, quizás, la mejor caracterización, por decirlo así, de su obra poética. Es una obra ingenua, pura, bella, pero la vida no ha puesto todavía en ella la marca de fuego que señala a los grandes inspirados. Y aquí surge la cuestión: ¿vale esa marca la pena del sacrificio, voluntario o no, de las dulzuras inefables que el lector menos preparado encuentra en los versos de la señorita Abella Caprile? Conteste quien pueda. Entretanto, no debe creerse que la exquisita poetisa de quien hablamos, no ve en la vida sino lo bello, lo bueno, lo feliz; también ve lo malo, lo feo, lo doloroso, pero así como la niebla: «Con su nota de ensueño — La niebla es un artista — A todo lo cercano — le pone lejanía», así también, la señorita Abella Caprile en todo lo malo, lo feo, lo doloroso que el mundo le presenta, pone una como dorada niebla de poesía que permite, sin aminorar la sinceridad de la sensación, no ver tales espectáculos en toda su crudeza. En suma, si sería profundamente injusto y falso decir que la señorita Abella Caprile no es sino una esperanza, sería igualmente injusto y falso desconocer que los dos libros de versos que ya ha publicado, dan derecho para esperar siempre de ella algo más.

LA MANGA

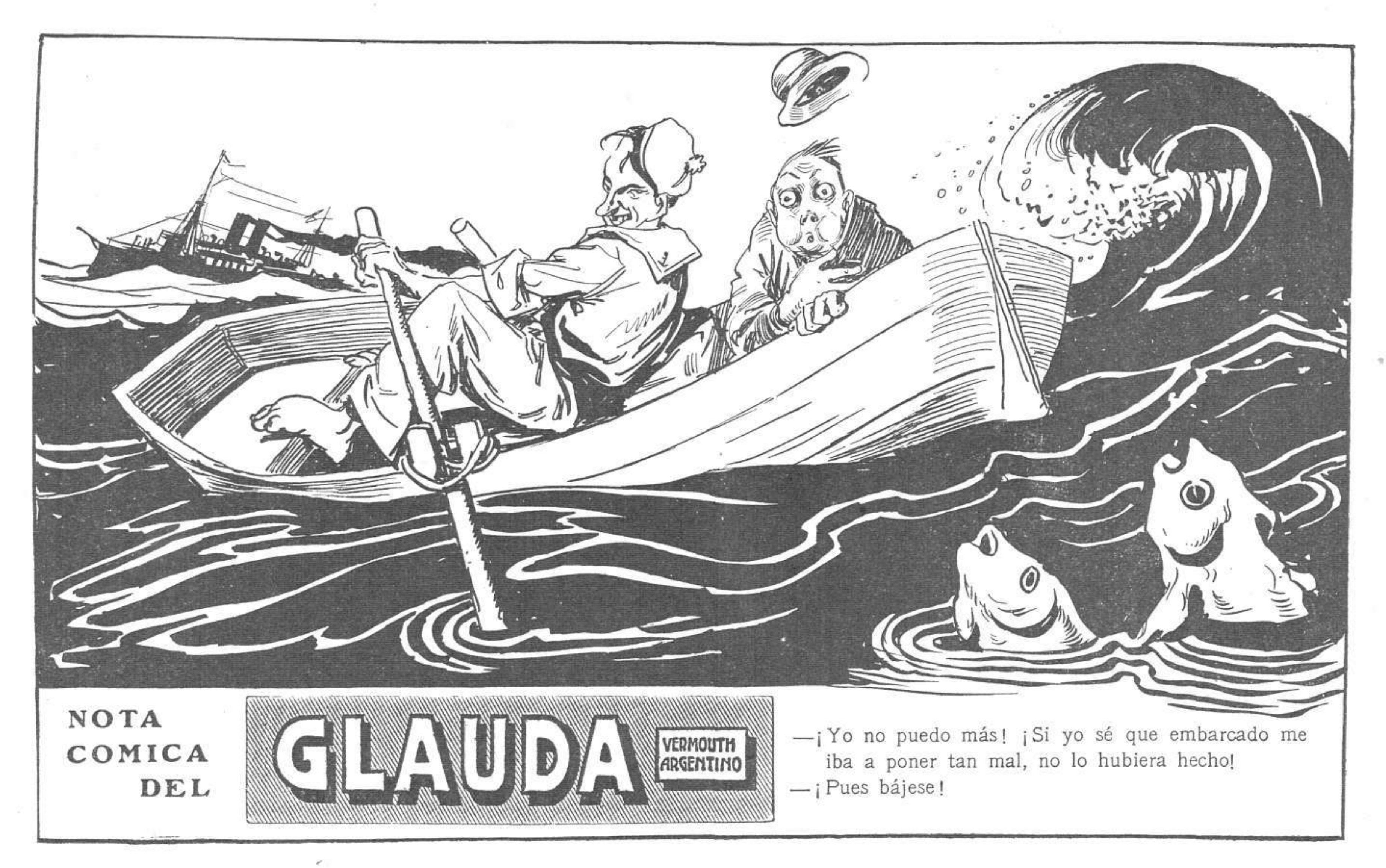
POR RAÚL SCALABRINI ORTIZ.

El hombre, indudablemente, nace filósofo; lo malo está en que muchos no se contentan con serlo, sino que quieren demostrar que lo son, que es como querer demostrar que piensan. Todo lo que pasa por sus sentidos es, para todo hombre normal, motivo de filosofía, y de ahí que la inmensa mayoría de los hombres, por desgracia no todos, se callan sus opiniones o apreciaciones filosóficas, de igual modo que, salvo raras excepciones, todo el mundo calla el desarrollo de los procesos fisiológicos de su organismo. Estas reflexiones — caso de que sean tales — se nos han ocurrido leyendo este libro de cuentos, al cual no le encontramos otro defecto sino que el autor filosofa demasiado, o dicho en otros términos, insiste demasiado en llamar la atención del lector hacia la transcendencia de las cosas que tan agradablemente nos cuenta. Todo, absolutamente todo, en la vida, tiene alguna transcendencia, de manera que no hay necesidad de repetirlo con tanta insistencia, y aun a manera de estribillo, como cuando el autor repite, en su primer artículo, aquello de «La muchedumbre va por la mañana y vuelve por la tarde». Es claro que en esa muchedumbre que va por la mañana y vuelve por la tarde hay transcendencia, y que el hecho se presta a muchas filosofías; pero no es menester repetirlo tanto para que el lector se dé cuenta de ello. Naturalmente, no siempre es ese el caso en los cuentos del autor; pero tiene la tendencia a filosofar demasiado, cuando el verdadero arte del cuento no está en que el autor nos diga la filosofía que él saca de lo que cuenta, sino en que nosotros, esto es, los lectores, saquemos espontáneamente la filosofía de lo que se nos cuenta. Por lo demás, el señor Scalabrini Ortiz es un escritor lleno de cualidades, que cuando deje la filosofía y la transcendencia en paz, ha de escribir cuentos admirables, pues tiene imaginación, sensibilidad y estilo, que es lo que hay que tener para el empeño.

JOSÉ MARÍA BUSTAMANTE

POR DIONISIO R. NAFAL.

He aquí un libro de aquellos que no caen sino rara vez a nuestra mesa de trabajo. Se trata de la vida de un santo español, bien que no canonizado todavía; el padre José María Bustamante, fundador del Instituto de las Religiosas Adoratrices del Santísimo Sacramento. La lectura de libros como éste es siempre conveniente, porque nos reconcilia un poco con la humanidad, de la cual no vemos frecuentemente sino lo malo, cuando no lo peor. Es posible que haya quienes crean que una vida humana debe tener, para darse por bien empleada, fines más prácticos que la fundación de aquel Instituto; más, ¿no estamos ya hartos de vidas nada más que prácticas? Demos, pues, algún lugar a lo no práctico, tomemos alguna vez el papel de María, no siempre el de Marta, y saldremos ganando espiritualmente, que es tal vez, después de todo, lo más práctico. El autor ha hecho bien, por lo tanto, en contarnos, y muy bien contada, la vida del fundador del Instituto de Religiosas Adoratrices del Santísimo Sacramento, cuya historia también nos es contada en este libro, y no es, por cierto, del todo carente de interés.


NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
—¡Yo no puedo más! ¡Si yo sé que embarcado me iba a poner tan mal, no lo hubiera hecho!
—¡Pues bájese!

Contadores egresados de la E. S. de Comercio Carlos Pellegrini



Señor Mauricio Grimberg. — Señor Armando L. Siffredi. — Señor Alberto A. Lerati. — Señor Salvador Barletta. — Señor Marcelo C. Garayzabal. — Señor Juan B. Pitrelli. — Señor Horacio Linari.








Señor Francisco Mengoni. — Señor Alfredo Pusagno. — Señor Alfredo E. Furelos. — Señor José S. Bisman. — Señor Pedro Tortrino. — Señor José Rattaro. — Señor Juan Gueth









Señor Graciano Viergue. — Señor Egio O. Siffredi. — Señor Alfredo A. Morasso. — Señor Ignacio M. Iturbe. — Señor Manuel J. González. — Señor Juan E. Shilton. — Señor P. Donzelli Morandi.



Un rostro que refleja salud siempre es atrayente.

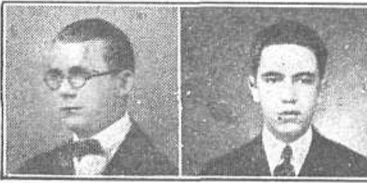
HAY muchas niñas y mujeres jóvenes que padecen de anemia en un grado más o menos pronunciado. A estas personas los médicos a menudo les recomiendan la Malta Palermo como un tónico nutritivo muy beneficioso para el organismo. Efectivamente; ésta sin ser un remedio, por los elementos tónicos que la componen tiene la virtud de influír favorablemente sobre el sistema nervioso, mientras que sus propiedades alimenticias vigorizan todo el organismo y enriquecen la sangre. Además estimula el apetito favoreciendo la digestión. Adóptela como bebida de mesa y pronto verá nacer en su semblante aquella expresión atrayente, reflejo de un perfecto estado de salud.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



Contadores egresados de la E. S. de Comercio Carlos Pellegrini.





Señor Bruno A. Lehmann. — Señor M. D. Lago. — Señor Norberto Mayor.





Señor Antonio Zorico. — Señor Oscar A. Castro. — Señor Armando Mastrángelo.





Señor José Ctreno. — Señor Benjamín Spink. — Señor Elías Graciano.

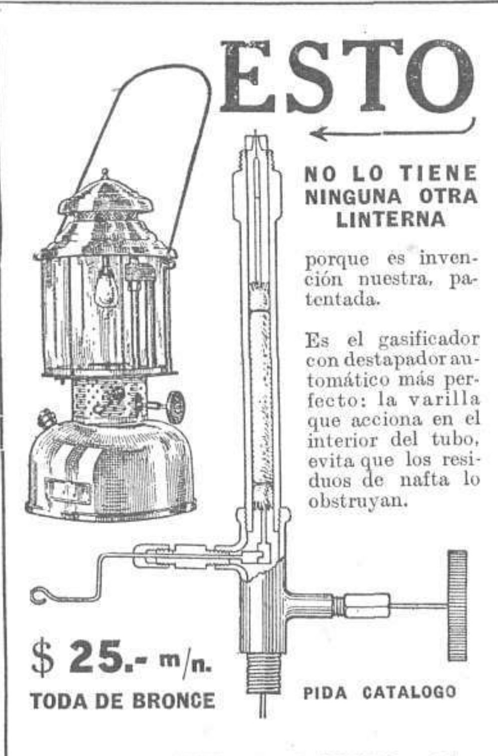
¿ESTAMOS LOCOS?

La humanidad apenas ha sacudido los terrores y quebrantos en que la sumió la última gran guerra. Sin embargo, hoy se vuelve a hablar de guerras y rumores de guerra. Hoy vemos a las dos naciones más poderosas de Europa tratando de disputar la supremacía en el aire. A pesar de saber que una semana de guerra espantosa puede consumir centenares de millones de dólares, las naciones disputan pequeños mendrugos de pan representados por pequeñas zonas de territorio, minas, o materias primas.

Sabemos hoy que después de todo, la nación más poderosa no es la que vive bajo tributos enormes para mantener la armada y ejército, sino la que tiene vida pletórica, industrial, bancaria, agrícola, minera. No hay experto que no proclame hoy que estos hechos económicos fueron los que a la larga determinaron la victoria en favor de los aliados; y no obstante, en vez de gastar millones en caminos, puentes, en canales, en explotaciones agrícolas, estamos todavía gastando muchísimo más en armadas, en ejércitos, preparándonos para un cataclismo que puede ser el fin de la presente civilización.

PARA LIBRARSE DE LOS MOSQUITOS

Los lugares infectados por tan molestos huéspedes se tornan prácticamente inhabitables, uno de los medios defensivos más práctico y sencillo consiste en disponer recipientes con petróleo al cual acuden en enjambre los mosquitos hallando rápida muerte. El olor del kerosene les atrae en extremo, acudiendo a él desde largas distancias.

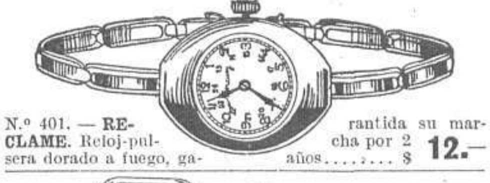


S. A. VICENTE PELUFFO y Cía.

Sec. Luz Kitson - RIVADAVIA, 2149 - Bs. Aires.



CASA MARTIRADONNA



N.º 401. — **RECLAME.** Reloj-pulsera dorado a fuego, garantida su marcha por 2 años........ $ **12.—**



N.º 437. — **RELOJ EXTRA - CHATO,** enchapado en oro 18 kilates garantido, máquina suiza 15 rubíes, garantida su marcha diez años, a $ **40.**

SOLICITEN CATALOGOS

RECIBIMOS cartoncitos del 43

VENTAS por mayor y menor

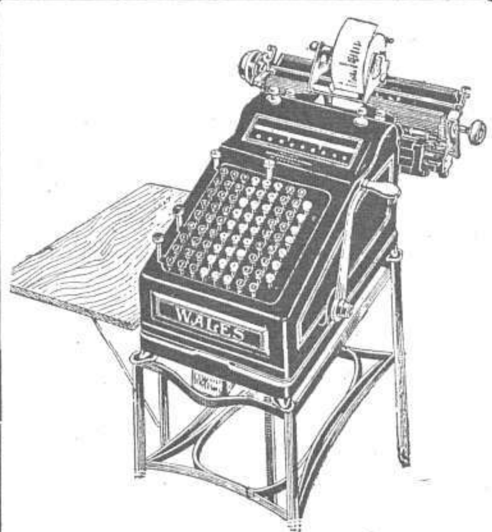


N.º 278. — **Juego de dos alianzas,** forma ½ caña, de puro oro 18 kilates garantido macizo, con grabado, estuche y un cintillo fantasía de regalo. Precio excepcional...... $ **30.—**
N.º 279. — Más pesadas, a.................... $ **42.—**

CASA MARTIRADONNA

BRASIL, 1182 Casa Central — BUENOS AIRES — **BRASIL, 1054** Sucursal

A media cuadra de la estación Constitución.



En ocasión de su Próximo Balance

PRESTAREMOS a Vd.

una

WALES

MAQUINA DE SUMAR

para que pueda usted convencerse del ahorro de tiempo que ella significa y de la exactitud y rapidez con que ella realiza todas las sumas. La WALES **imprime a la vista** todas las cifras, dando los totales exactos, parciales y generales, en cualquier momento de la operación.

Con el empleo de la WALES queda descartada en absoluto la posibilidad de tener que pasar largas horas revisando interminables columnas de números, por los inevitables errores que se producen al sumar mentalmente y que, a más de constituír una lamentable pérdida de tiempo, tienen el poder de echar a perder el más equilibrado de los sistemas nerviosos.

A todo comerciante de responsabilidad que nos lo solicite, PRESTAREMOS GUSTOSAMENTE una de estas máquinas. Aproveche esta excepcional oportunidad, escribiendo hoy mismo a la

Cía. LA CAMONA

Especialistas en Sistemas Modernos.

39 - MAIPU - 43
BUENOS AIRES

ROSARIO — CORDOBA





LA ORIGINALIDAD DE LA NIÑEZ



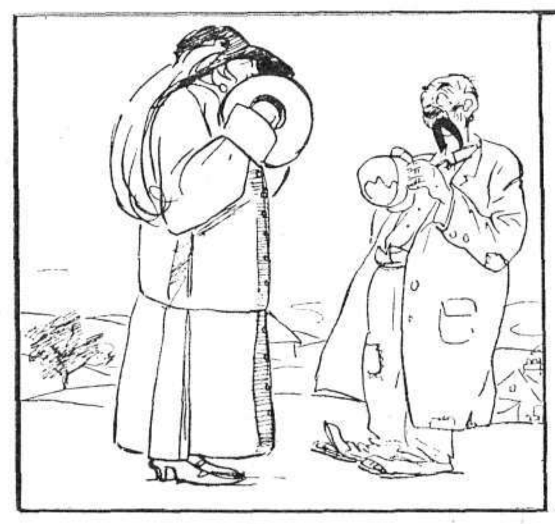


SE oye con frecuencia decir cuan difícil es que un gran escritor sepa presentarnos niños y cuan difícil el que un pintor sepa retratarlos bien. «No hay nada más dificultoso — me decía un gran pintor retratista — que retratar a un niño dándole individualidad... ¡claro! como no la tiene...!» Y le repliqué: «El que no la tiene es el que no sabe retratarle».

Dificilísimo, en efecto, representar niños, salvajes y... tontos. Mucho más fácil para un hombre representar una mujer. Y es que el hombre lleva a la mujer dentro y el adulto suele haber perdido el niño que fué — si es que lo fué, — el civilizado no logra descubrir su propio salvaje y para un hombre inteligente nada más hay más difícil que hacer el tonto. Un tonto hace mejor el listo que no un listo el tonto. Se simula mejor el talento que no la tontería. Y es que el ser tonto no es tan fácil como se figuran los listos.

Cuéntase que como dijera una vez Plinio que el elefante ve crecer la yerba uno de los que le oían exclamó: «O Plinio ha sido elefante o algún elefante se lo ha contado a Plinio». El dilema no es correcto y se reduce, bien examinado, a un monolema. Porque para que Plinio pudiese entender al elefante que le contase tal cosa era menester que Plinio hubiese sido elefante. No entiende la lengua elefantina sino el que ha sido alguna vez, y por breve rato que fuese, elefante. El entendimiento se hace uno con lo entendido, decían los antiguos. Y no entienden la lengua de los niños los que no han sido de veras niños y llevan todavía la niñez a flor de alma. Aquella niñez de que dijo el Cristo: «De cierto os digo que si no os volviereis y fuereis como niños no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo, XVIII, 3).

Cuando un adulto para hablar con los niños balbucea y trata de imitar su lenguaje infantil los



BUEN CONSEJO

—¡Ah, buena señora, si usted supiese que hambre tengo!...
—¡No me extraña!... También, ¿por qué toma usted aperitivos?



— Le prevengo que en este cuarto hay un espíritu. Pero si usted le da cinco pesos, le dejará dormir tranquilo.

niños se ríen de él y le tienen, y con razón, por un mentecato. Como se ríen de todos los libros pedagógicos de lectura para los niños, de todos los cuentos infantiles de texto. Los niños adivinan que la pedagogía se ha inventado para arrebatarles la niñez. Y debe bastar el tiempo y su tragedia. Porque no hay tragedia como la del tiempo, la de «como se pasa la vida...»

De todos los personajes trágicos que en la historia — que es ficción — y en la ficción artística — que es historia — hemos conocido, sin excluir los del teatro shakespeariano, ninguno más hondamente trágico que aquel pobre niño que lloraba amargamente porque se había de hacer mayor. Era la primera y más trágica revelación de la muerte. Sentía en el tiempo a Herodes. Herodes que buscó primero al Niño para matarlo (Mat. II, 13) y después menospreció y escarneció al Hombre y le entregó al que había de hacer que le crucificaran (Luc. XXIII; 11). La tragedia de aquel pobre niño era la revelación de lo más hondo de la muerte.

Se me dirá que atribuyo al llanto de ese niño histórico — el hecho es rigurosamente tal — una significación demasiado trascendente, pero es que en los niños habla, mucho más que en los mayores, el espíritu genial del linaje humano, el genio de la humanidad. En cuanto el niño aprende la lección y sabe recitarla ha perdido su genialidad. Que la recobra cuando olvida la lección aprendida.

Hace poco uno de los hijos de un amigo mío, niño de ocho años, iba a hacer su confesión y comunión primeras, y como en la mañana del día en que se iba a confesar y comulgar le encontraran sus hermanitos llorando amargamente y le preguntaran por el motivo de su lloro, exclamó entre sollozos y todo compungido: «es que no me acuerdo de ningún pecado...» Esto podía parecer a los adultos igual que si uno que va a entrar en examen se angustiara por no saberse las lecciones a que le ha de tocar en suerte contestar, pero yo que he sido niño — os lo aseguro — le doy un sentido mucho más vasto. El pobre niño sentía, acaso, con genuina genialidad, que hay pecados inconcientes — y eso que no había leído a San Pablo — y que el olvidarse de los pecados es otro pecado y de los más grandes.

¡Genialidad! Se ha dicho que la genialidad es el sentido común elevado al cubo. Mejor estaría decir que la genialidad es el sentido común hecho propio, o sea el lugar común hecho paradoja, la paradojización de los lugares comunes, el descubrir por primera vez lo que todos vemos, pero en rigor la genialidad no es más que la infantilidad, la niñez del espíritu. La cual, a su vez, no es más que la originalidad.

«Carlos, cuando era niño — me decía un amigo, — era tonto, pero un tonto graciosísimo; se le ocurrían las más divertidas tonterías; ahora no se le puede oir porque no hace sino repetir las tonterías de los demás». Y le respondí: «Es que ha pasado por el pedagogo, y el pedagogo no sabe apreciar el mérito y el valor de la tontería original y en cambio siente respeto por las tonterías de repetición».

Los que desde luego no son niños son los niños prodigios. La prodigiosidad del niño es prueba de que carece de niñez. Remeda a los mayores y esto es una monstruosidad.

Y luego hay lo más pavoroso, lo más trágico y es la soledad del niño — que no es lo mismo que la soledad de la niñez — o sea que el niño se críe entre mayores, sin trato ni convivencia con otros niños sus iguales. Porque el niño que se cría así, aislado, solitario, separado de los otros niños, ni llega a descubrir que va a hacerse mayor y que dejará de ser niño y no puede llorarlo. Y no sentir la tragedia del tiempo y no poder llorarla es mucho más trágico que llorar esa tragedia. El niño que se cría aislado, entre mayores, no puede descubrir que nació para morirse porque está muerto.

Decía Juvenal, en su Sátira XIII, verso 47, que al niño se le debe el más grande respeto — *maxima debetur puero reverentia*. La más moble ocupación de un espíritu es la de escudriñar en sí mismo su propia niñez y compadecerse por haber salido de ella. Y llorar los pecados de que uno se ha olvidado.

M I G U E L   D E   U N A M U N O



EL ESPOSO. — **No comprendo por qué tanta ropa para luego estar casi desnuda...**



— **¿Qué te pasa, María?**
— **¡Ay! señora Petra: que se me ha vuelto gangoso el loro...**

Contadores egresados de la E. S. de Comercio Carlos Pellegrini


Señor Julio Palpeiro.

Señor Armando Casati.


Señor Adelchi Rossi.


Señor Ricardo E. Franco.


Señor Angel Roses.


Señor Enrique Oller.


Señor Rodolfo Vázquez.


Señor Domingo Canzioneri.


Señor Alfredo Greco.


Señor Héctor D'Angelo.


Señor F. C. Galdumbide.


Señor E. Cerfoglio Flores.


Señor F. E. Pascual Altamira.


Señor Rafael Rinaldis.


Señor Rafael Menéndez.


Señor Enrique Aubert.


Señor Atilio R. Cerruti.


Señor Marcelino Almaluez.


Señor Santiago Bossero.


Señor R. Rodriguez Etcheto.


Señor Isaac Vinocur.

Pies frescos: Niños Contentos!

PARA que los pies de los niños puedan desarrollarse normalmente y sin menoscabo de su natural belleza, se hace necesario el uso de un zapato confortable, especialmente apto para la práctica de los ejercicios de gimnasia escolar y de los juegos y deportes infantiles.

Los zapatos marca "Rueda-Sport" llenan cumplidamente esa función. Estos zapatos son de lona blanca de calidad extrafuerte y cosida a una suela de cáñamo. Son higiénicos, flexibles, cómodos, no calientan los pies. Con este calzado es muy difícil que el pie pueda resbalar, lo que permite a los niños poder correr, saltar, en fin, hacer las mil diabluras propias de la edad, sin estar expuestos al peligro de las caídas y de los resbalones.



Los zapatos "Rueda-Sport", para Hombres, Señoras y Niños se venden en todas las buenas zapaterías. Pídalos por su nombre.

ZAPATOS "RUEDA SPORT"

Enlaces



Señorita Teresa Zecca con el señor Pedro Marino.—Trenque Lauquen.



Señorita Carmen Iglesias con el señor Angel Aquisti.—Trenque Lauquen.



Señorita Aurelia Degui con el señor Cándido Rigoli.—Villaguay.



Señorita Vicenta Lañu con el señor Pedro Olse.—Villaguay.



Señorita Farailda Lanó con el señor Héctor Talamazzi.—Ayacucho.

La suprema elegancia

de los modelos de **Corsés** o **Fajas** de la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.



NUESTRO REGALO

«Pictorial Review»
del mes de
Diciembre de 1923

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido de gran moda en la medida que nos indique, y **como Regalo un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Diciembre de 1923.**

FAJA
Modelo 110.
Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Su elegante estilo dibuja una distinguida silueta y porte soberbio. La confeccionamos sobre medida con ricos elásticos de seda, toda la parte delantera y coutil de seda floreado en la espalda, con 4 ligas también de seda.

$ 40.00

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490 — BUENOS AIRES
Unión Telefónica 38, Mayo 0313.

SOLICITEN CATALOGOS

LAS SEDAS

POR

LUZ Y SOMBRA



En los tribunales de la Moda no existe la pena capital. Una nueva moda triunfa, cien géneros nuevos o viejos se dividen la misma, pero los otros, los que vieron su hora de celebridad, no están condenados a desaparecer repentinamente. Siguen viviendo, en un olvido que no es desprecio, tienen todavía algún admirador, y al año siguiente una vuelta de la rueda los vuelve a arrojar en la vida febril, o si no, el olvido los sumerge poco a poco, sin violencias, en la noche de lás cosas pasadas. En medio de las «ruidosas» sedas de esta temporada, la charmeuse parece haber quedado cohibida, ofuscada por el arco de fuego de tantos colores y novedades, y vive su vida en un rinconcito apartado. Vemos todavía vestidos de charmeuse. Esta reina madre de las sedas tiene súbditas fieles, que no saben renunciar a ella. En las colecciones de las grandes casas se encuentra más de un modelo bonito de charmeuse, que por la hechura y los detalles acusa su creación recientísima. Hay vestidos de novia en charmeuse Merveilleux, tan suples y de «grano» tan lindo, que no temen rivales. He visto uno de ellos con manga corta de encaje formando capita y falda con caracol delantero.

Vestido de fular azul marino estampado ecrú, sobre forro de twill marino. Tuyautés de organdina en las mangas y al cuello.



Vestido de tussor natural plissé, con cinturoncito del mismo, y tira de satín rojo fuerte que rodea el escote cuadrado y desciende a un costado.

Más numerosos que los de charmeuse son los nuevos vestidos en espumilla de seda. Entre los muchos que he visto en las pasadas reuniones, había algunos de hechura exquisitamente sencilla. Uno de cuerpo ablusado y «coquillé» en la pollera, del lado izquierdo. Un bolsillito superior y otro más grande en la pollera estaban realzados por un bordado de estilo egipcio. He visto un vestido de espumilla cuyo cuerpo estaba guarnecido de galones, la pollera de tablas plegadas y lizas alternadas, y cuello de organdí. En nuestros paseos se han lucido bonitos vestidos de espumilla de luto. Generalmente llevaban adornos de vainillas y cocardas, o de bieses del mismo género y cinturón de cordeliére muy elegante.



Vestido de charmeuse negro, bordado en color oro, verde y colorado.

Las pecheras y las blusas de espumilla son muy apreciadas, y nada es comparable, por la elegancia, a la espumilla en la confección de batones con incrustaciones de filet.

Quizás más modestos, pero más prácticos y, por lo tanto, más resistentes a los caprichos de la Moda, son el fular, el shantung y el tussor.

El fular nos ha dado ocasión de admirar, este año, bonitos vestidos estivales, propios para el veraneo. Es casi exclusivamente fular estampado, que tiende a hacer competencia a las nuevas y costosas sedas. El fular estampado, para jovencita, compone generalmente vestidos derechos y no angostos, con cinturón del mismo y todos ribeteados por anchos bieses de fular liso de tono más obscuro. Otras veces es guarnecido de voilé blanco, liso o plissé. Los colores más vistos son el blanco con azul marino, y el «pain brulé» con blanco. Digna de mención también es la fulardina, que se presta para vestidos de cuerpo liso y pollera plissé. El shantung, natural o estampado, nos ha dado vestidos elegantes para entrecasa, y otros para paseo. He visto un modelo en gris perla, con volados formando cuello-fichú y terminación de las manguitas, y en el talle. Grandes cabuchones de galalita eran el único adorno. Y al cerrar esta crónica, otro género, la muselina de seda, nos vuelve a llevar hacia las sedas de última creación, de las que hablaremos en el tercer capítulo.

Sobre un vestido a volados de muselina de seda mauve, una "dalmatique" de encaje plateado es sujetada al talle por dos cocardas de rosas pequeñitas color rubí.

La muselina de seda goza de particular predilección para los vestidos de salón de tarde, y los para carreras.

De estos últimos he visto una creación parisiense en muselina estampada de ramos de flores de campo. No llevaba otro adorno que tres volados en el talle formando bosque.



Vestido de muselina de seda negra y bordados azules en escala de matices.

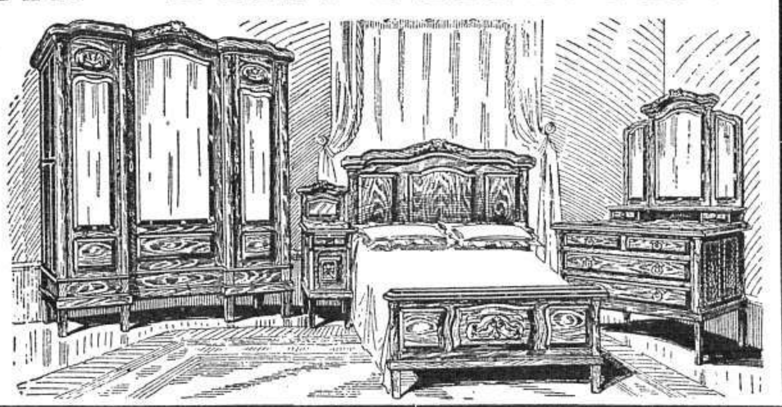
Mueblería "SAN MARTIN"

1359-CORRIENTES-1359

Pedro Pasquariello

La fábrica más GRANDE y ANTIGUA de Sudamérica

Fundada el año 1870



SOLIDO DORMITORIO de roble N. A., macizo, de 3 cuerpos, amplio formato, con ropero de 1.65 mts. de ancho, lunas biseladas francesas y mármoles finos, 7 piezas..... $ **485.-**

El mismo juego, con ropero de 1.35 mts. de ancho....... $ **315.-**



Soliciten el Nuevo Catálogo **1923**

MODELO EXCLUSIVO DE LA CASA. — *Fabricación única de nuestro talleres.* Comedor. Vitrinas, gran formato, en cedro-caoba, con fina marquetería de París e incrustaciones de palo rosa, compuesto de: Aparador, trinchante con lunas y cristales biselados, mármoles finos, aplicaciones de bronce, mesa para 6 cubiertos y 6 sillas tapizadas en cuero de primera. Como gran reclame

$ 575



CAMA DE HIERRO esmaltada a fuego con elástico imperial reforzado; de dos plazas pesos **45.—**, de 1 1/2 plazas pesos **35.—**, de una plaza............ **$ 24**

IDEAL para el campo



JUEGO DE MIMBRE muy sólido y vistoso, compuesto de un sofá, dos sillones, dos sillas y una mesa de centro...................... **$ 36.-**



Pears'
Jabón
Para el Cutis.

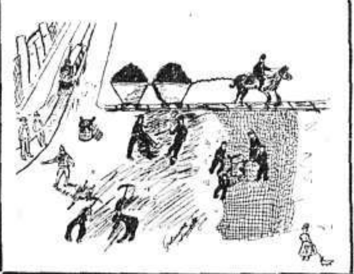
H. GEORGE ROBERTS, Representante para Sud América, Calle Moreno 627, BUENOS AIRES.



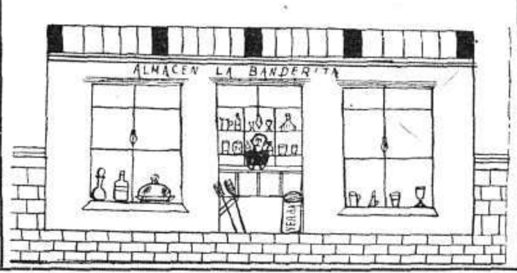
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1565 — Adoquinando la calle.
FELICIANO SÁNCHEZ.



1566 — Tío Guillermo y su almacén.
CARLOS H. PALACIOS.

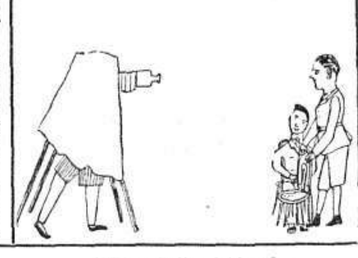


1567 — Sarita.
ADELA SARGENTI.



1568 — La torre de los ingleses.
CARLOS LOPERENA VERNET.

1569 — La calesita.
JORGE E. SCHATTA.

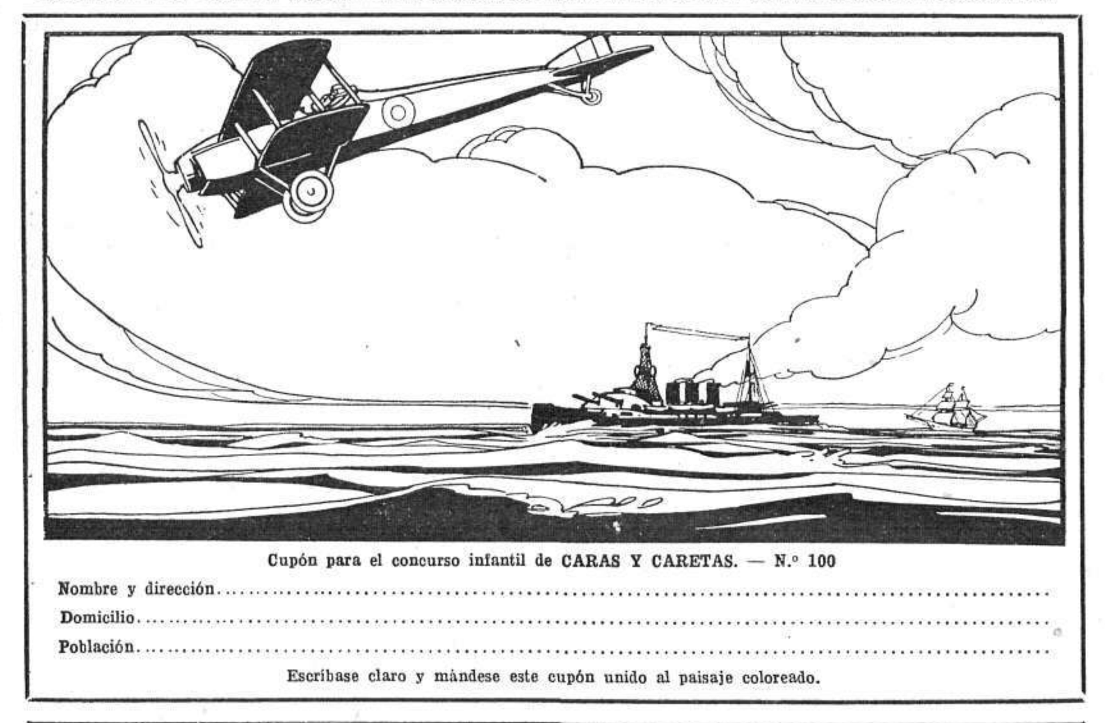


1570 — Julio, fotógrafo.
FAUSTO SAN MARTIN.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 100

Nombre y dirección..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



CARAS Y CARETAS
REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



LOS GRITOS

TRADUCCION DE ROBERTO MARIANI

Hubo un momento — ¡aquella noche interminable! — hubo un momento en que yo también sentí la Muerte. Nosotros, los hombres, nos fiamos de las apariencias; y, por ejemplo, si próximo a nosotros un ser atacado por la enfermedad lucha contra la Muerte, nosotros estamos bien ajenos de suponer que dentro de nosotros mismos, también dentro de nosotros, pueda realizarse el mismo suceso.

Si un ratón roe persistente — mientras yo duermo o sueño acaso — uno de los pies de mi cama, eso me hace estremecer; pero la Muerte que roe la vida de un individuo que no es uno mismo, que no es yo mismo, ¿por qué la Muerte no nos hace estremecer?

Julio no era un hombre de tantos; era mi amigo más fiel y afectuoso; compañero en los juegos de mi primera infancia, y, más tarde — cuando éramos jóvenes y nos tentaban los casos más difíciles — Julio fué mi consejero más sincero. A los treinta años moría tísico, después de sufrimientos atroces y de tenaces y obstinadas tentativas de resistencia.

Ya eran las dos últimas noches aquellas; y yo velaba cerca de él, con una paciencia de la que hoy me asombro. ¡Pero la última noche! Yo no he sufrido otra más larga, más exasperante, más terrible, nunca. El esperaba con tremenda lucidez su última hora. Una tranquila resignación habíanos comunicado poco a poco a todos nosotros; no sólo a sus amigos sino también a los hermanos y a la madre. Unicamente el padre todavía se ilusionaba creyendo en una inminente curación. Con aquella voz suya, tan débil, que en ciertos momentos se apagaba y en otros se acentuaba como en un tenue grito, Julio decíame:

— Ya todo ha terminado. Pero como el cerebro lo tengo claro, y tengo aún límpidas las ideas, un deseo me queda: comprender. ¿Me entiendes, Julio? Comprender cómo viene la Muerte, con qué fuerzas, con cuáles, con cuántas fuerzas llega a anular totalmente una vida humana.

Hablando así, no sonreía; se le arrugaba la frente y parecían recalentarse sus ojos ya casi líquidos.

Acomodábase un poco sobre los almohadones, y yo le miraba las orejas, que me parecían menos transparentes que el semblante (dentro de la piel, la figura craneana lucía opalina). Con todo, tan diáfanas eran las orejas que se habrían supuesto provisorias: velos o membranas muertas, adheridas allí para salvar en lo que fuese posible aquella cabeza moribunda de modo que no perdiera del todo su aspecto humano.

Entrábamos dentro de aquellas horas que ya se sabe cuán difíciles y angustiosas son para los que velan. Horas, tiempo de inquietudes vagas; algo quieto, estático, algo que está encima o debajo de la realidad habitual; algo hecho de silencio o de tímidas o asombradas voces que apenas se oyen, como si a los que debieran oir se les hubiese detenido el curso de la sangre. Y yo, que vivía estas terribles horas desde hacía varias noches, comparaba entre sí el aspecto de aquellas horas con la fisonomía de esa vida humana que se diluía tan paulatinamente; y pensaba que mi amigo debía morir, no de día ni a prima noche, cuando estaban encendidas todas las luces, sino durante una de aquellas noches únicas en su carácter; noches insuperables, horas que no pueden traspasarse y cuya lentitud dura es como un muro; así el topo que en la construcción de su galería llega a la roca y no la puede traspasar.

Hablaba; le aconsejaba que callase; porque estaba más conversador que de costumbre aquella noche; aunque sus palabras las sentía yo esa noche ricas, y aún sobrecargadas de profundos significados, y hasta traduciendo una lúcida síntesis de toda su vida espiritual.

— La Muerte — decía Julio — nos la imaginamos, nosotros los hombres, siempre, como algo plúmbeo que de repente cae sobre uno y lo mata. O también nos la figuramos — pero ésta es una representación completamente romántica — como una terrible mujer descarnada que va por los caminos del mundo armada de una horrorosa guadaña. En cambio yo estoy convencido de que la Muerte camina con nosotros, dentro de nosotros, desde nuestro primer día vital, dentro de nosotros, sangre de nuestra sangre, infundida, adherida a nuestro cuerpo. Y me parece también que dentro de nosotros se purifica, con un movimiento férvido y continuo, asemejándose en esto al curso de nuestra sangre. A mi juicio, la Muerte circula con un impulso menos acelerado que la sangre, o, acaso, con una fuerza dirigida en sentido contrario. En efecto: cuando la lucha de todas mis fuerzas contra el mal, contra la enfermedad, está atenuada — y ya son como unos diez días, — yo he advertido un sensible aumento de calor en mi cuerpo; como si estuviese por reconquistar todas mis fuerzas.

— Era la fiebre — murmuré.

— Sea la fiebre. La fiebre que aumentaba. Pero, ¿qué era, qué cosa era la fiebre, sino el caminar de la Muerte que se aceleraba? He sentido el retorno de mis fuerzas, aun advirtiendo que no eran fuerzas reales, sino ficticias. ¿Y sabes cómo lo he com-

prendido? Por la dificultad que esas fuerzas encontraban en no sé qué obscura energía de mi ser vital. Sí, sí; una especie de presentimiento me advertía que estuviese cuidadoso y no me fiase. Había movimiento vital en mis venas, y había lucha, pero no era la misma lucha que hubo cuando yo estaba en el Sanatorio de Rapallo, sino algo más definido, diferente y preciso, tanto que la noche del sábado, me acuerdo bien, cuando se oyó aquel ruido y tú te levantaste inquieto y mi hermana no pudo contener un gemido, yo, ¿recuerdas?, yo sonreí, porque el ruido aquel no provenía del exterior, del mundo exterior de cosas, como ustedes pensaban, sino de mí, de mí mismo; y era un ruido de la Muerte, que, con ese juego, resolvíase finalmente a realizar su misión; y como una máquina cuando está en movimiento, hacía ruido.

— Tú deliras — dije a mi amigo, insinuando una irónica sonrisa. — ¡Cálmate, ánimo!

— ¡Pero no, querido, no! — continuó diciendo con su ya cansada voz. — No deliro y estoy tranquilísimo. Y ustedes, que aun viven, estén alerta, porque uno puede estar sano y robusto, pero ella, la Muerte, está siempre ahí, dentro de uno mismo, pronta, avizora, y cuando menos se piensa acelera su paso y se convierte en la dueña del cuerpo.

CALLÓ. Parecióme amodorrado. Pero respiraba más aprisa, como si ese largo discurso hubiese apretado más aún sus ya exiguos pulmones, que reclamaban ahora ávidamente aire renovado.

Esa fatiga se acentuó tan rápidamente que en seguida Julio cerró los ojos y entró en la agonía.

Atenué la luz y le tomé el pulso. Aunque débilmente, continuaba latiendo, mientras que un tímido sollozo animaba en su cuello un intermitente movimiento.

Moría. Y mientras que él ya no me hablaba ni miraba, yo pensaba en la vida del hombre. Un minuto antes, Julio razonaba, y ahora, en cambio, era un cuerpo sin espíritu y su sensibilidad, una cosa muerta e inútil. Pero pensaba también en la Muerte; si verdaderamente estuviese en nosotros, dentro de uno mismo ya desde que uno entra en la vida, como un flúido; si fuese como un flúido precisamente con una misión opuesta a la del flúido vital; si fuese una acción presente, actual... ¿Podía ser eso?... Un flúido que de repente, con un estridor de máquina, destroza a su víctima.

Pero, ¿podía creer yo en las palabras de un moribundo? Mi pensamiento vagaba. De improviso recordé un día en que fuera herido, en Ancona. Al desplomarme al suelo, sin fuerzas, en un abandono total de mis fuerzas, había tenido también yo la sensación de un rumor interno; pues sí, sí; una especie de grito interior, tan verdad que, rapidísima, una angustiosa duda se encendió en mí: *¿No veré ya más a mis hijos?*

Julio respiraba aún, pero el pulso se hizo poco a poco debilísimo, apenas perceptible; y, sin ya poder moverse, sin moverse ya, después de algunos minutos, se detuvo definitivamente.

Le cerré los ojos, con cuidado y lentitud. Miré el reloj y anoté la hora de su muerte.

Yo estaba tranquilo; o parecíame estarlo. Pero no debí estar sereno — ahora me acuerdo — porque no fuí a despertar a ninguno de sus parientes, al extremo de contener las lágrimas para no hacer ruido. No estaba tranquilo. Y tocaba aquel cuerpo todavía caliente como buscando el preciso lugar donde la Muerte, hubiese actuado de manera más material y visible.

El reloj proseguía siempre desgranando sus sonoros tic-tacs; eran las dos y media. Me aproximé, maquinalmente, a la ventana. La noche era cerrada y quieta. Ningún ruido, ni lejano ni próximo. Aunque sí, un rumor: el tic-tac del reloj. Me molestó, y lo escondí. Pero he aquí otro ruido: mi corazón que latía fuertemente.

«Un estridor (habíame dicho Julio) un ruido, y la máquina se para.»

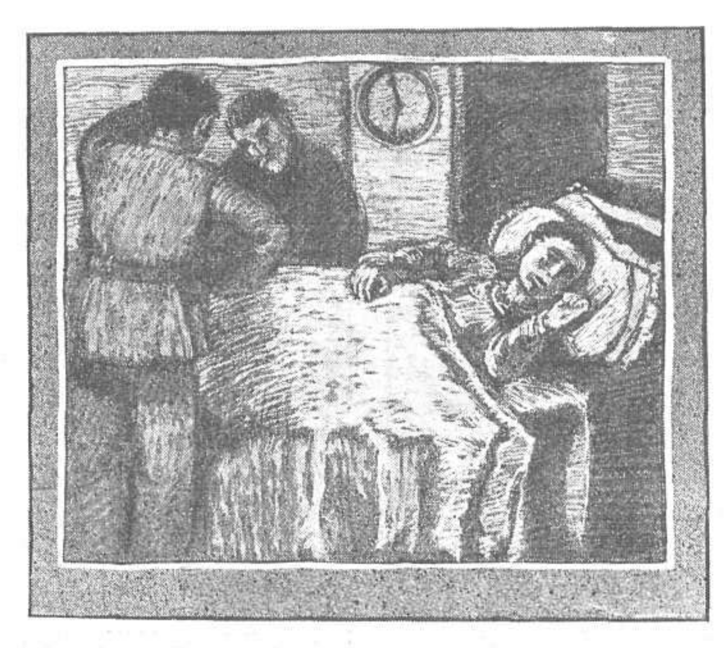
Pero yo era un hombre en el pleno goce de sus fuerzas; joven, sano, sin enfermedades...

«Cuando menos se piensa (así recordaba las palabras de Julio) la Muerte acelera su paso y se hace dueña del cuerpo de uno.»

Pero esto sólo podría ocurrir a un hombre que estuviese en la guerra; o a un hombre de avanzada edad, a un viejo... Pensé en el propio padre de Julio, octogenario, también él enfermo del corazón. Ahora el padre de Julio dormía. Mi corazón continuaba latiendo fuertemente, desesperadamente más fuerte. ¿Y por qué, estando sano, latía así? Y tenía frío; un frío uniforme, que me mordía con la misma intensidad los pies, las manos y el cuello.

Había que moverse, y también era necesario advertir a la familia de Julio que éste había muerto. Pero pensé que todos irían a gritar y llorar, y no me moví.

Pensé en el viejo, también, dentro del cual ya estaba luchando la Muerte para vencer lo más pronto posible las dificultades que se le oponían y arrancar finalmente el último grito de ese cuerpo. ¡Pero si era el grito de la lechuza! Entonces yo no recordaba que la lechuza grita cuando uno va a morirse. ¡No era el grito de la Muerte dentro de uno, sino el de la lechuza, afuera! ¡Era tan fácil de comprenderse esto! Y, sin embargo, yo no acababa de convencerme.



El reloj, aunque lo había ocultado debajo de la almohada de Julio, recomenzaba sus tic-tac; y también mi corazón, como para responderle, aceleraba sus latidos.

Mochuelos y lechuzas, especialmente en el campo, hacen su nido en cualquier parte, hasta en los techos, en los huecos y concavidades de casas y muros. Y cuando siente olor a cadáver, grita ansiosa. Julio no había pensado que su carne moribunda invitaba a la lechuza a aquel grito de deseo. Si la Muerte estuviese dentro de nosotros, como él creía, ¿no la sentiríamos también en ciertos momentos de salud, sinuosa, incitante, ávida, deseosa? Yo, a la Muerte, no la había sentido nunca. En el ejemplo que trajera Julio, el grito no había sido de la Muerte, de adentro de uno, sino del mundo visible, exterior: de una lechuza.

Un ruido se produce de repente detrás de la puerta de la habitación, en la pieza donde dormía el padre de Julio; un ruido ligero, como de pies descalzos que se arrastrasen.

Inmediatamente el viejo, con los cabellos erizados y los miembros como si estuviesen rotos, apareció, echándome encima dos ojos interrogantes, febriles.

Temblé y retrocedí como delante de un espectro. Pero el viejo se aproximaba al lecho de Julio, y yo con la mirada lo seguía ansioso, y no hablaba una palabra. Mi corazón no latía; estaba quieto. Tampoco se oía ya más el tic-tac del reloj. El viejo sollozaba, convulso no, sino calmosamente, despacio, como si fingiese solamente. Yo no estaba conmovido, pero sentía débiles mis fuerzas, como si se estuviesen deshaciendo, convirtiéndose poco a poco en algo aéreo, sutil, inconsistente, que sólo con un leve soplo se pudiese dispersar o anular.

De improviso un grito corto, cortante, afilado, se oyó detrás de los cristales de la ventana. Y me pareció oir también un sofocado, sordo, batir de alas.

¿El ruido de la muerte dentro de mí, dentro del padre de Julio? ¿O el grito de la lechuza?



Segunda vez se oyó el grito; yo me llevé las manos al corazón para saber si latía o no. El cuerpo del viejo, con un ruido seco y sordo, golpeó el suelo.

El viejo estaba muerto. Toqué su cuerpo, su cadáver, para comprobarlo.

Cuando tuve esta certeza, y como tras una inconsciente necesidad de luz, volví los ojos a la ventana; detrás de los vidrios, de modo desdibujado, el alba aclaraba las cosas.

En una rama de magnolia descubrieron mis ojos las ávidas y avizoras pupilas de una lechuza, fijas, clavadas, sobre los cristales de la ventana cerrada.

Pero la lechuza no gritaba más.

M A R I O P U C C I N I

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS

y

Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES para FABRICACION de CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL



SE VENDE AL CONTADO Y A PLAZOS

PIDA INFORMES HOY MISMO a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República o en los siguientes locales de venta: BUENOS AIRES, C. Pellegrini, 326, San Juan, 3653, Corrientes, 4615 y Montes de Oca, 819; BELGRANO, Mendoza, 2468; FLORES, Rivadavia, 8326; AVELLANEDA, Mitre, 933; PIÑEIRO, Galicia, 735; LANUS, J. C. Paz, 263; LOMAS, Laprida, 257; QUILMES, Rivadavia, 311; SAN ISIDRO, Centenario y Alsina; TIGRE, «La Numancia»; LA PLATA, calle 6, número 876; o a sus

Unicos Introductores: **KIRSCHBAUM y Cía.**
INDEPENDENCIA, 401/437. - BUENOS AIRES. - U. T. 0293 Av.

De Santa Fe



MARIA JUANA. — Comisión directiva del Club Atlético y Recreativo Maria Juana, a cuya eficaz tarea débese el éxito obtenido en las últimas fiestas y el prestigio de esta entidad deportiva.

SUNCHALES. — Grupos de señoritas que han recibido su diploma de profesoras de corte y confección, obteniendo brillantes clasificaciones en el examen final.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!





Nada realza tanto el atractivo de una mujer como una abundante y hermosa cabellera.

El modo más seguro de obtenerla consiste en frotarse diariamente el pericráneo con

Tricófero de Barry

Esta conocida preparación destruye de un todo la caspa, fortifica el cuero cabelludo y hace que el cabello crezca hermoso y abundante.

Es refrescante y de un perfume delicioso.

Importadores: ILLA & Cía. — Buenos Aires

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

RECEPTOR DUPLEX DE UNA LÁMPARA

Para los aficionados que actualmente poseen un receptor de cristal, como el de galena, y que deseen realizar algunas modificaciones para mejorar su receptor, asimismo para aquellos que deseen construír un receptor práctico, compacto y eficaz, se recomienda el circuito que aparece en la figura N.º 1.

La detección de las ondas electromagnéticas se realiza por medio de un detector de cristal y se emplea una lámpara audión, que actúa a la vez de amplificadora de alta frecuencia, y de amplificadora de baja frecuencia, en forma que la primera parte del circuito de ésta da al receptor una extrema sensibilidad, y la segunda parte aumenta el volumen de las señales recibidas considerablemente.

Además, empleándose un cristal para la detección, no se han perdido los beneficios de la reacción que se realiza en el circuito del amplificador de alta frecuencia.

El funcionamiento es el siguiente:

En el circuito de antena tierra se encuentran intercaladas dos bobinas para la sintonización del mismo. La primera está bobinada sobre un tubo de cartón o de ebonita de 8 a 9 centímetros de diámetro y cuenta 48 espiras bobinadas con alambre de 0,7 milímetros de diámetro, aislado con dos capas de algodón. En este bobinado se han hecho 12 derivaciones, una cada cuatro espiras, que se conectan a una serie de 12 topes de contacto con una manija selectora. La bobina 12 conectada en serie con la anterior consta de una sola espira y se hace con el mismo alambre que se utiliza para las conexiones, es decir, el alambre que une la base de la bobina con el borne de tierra, lo hace realizando una espiral de 10 centímetros de diámetro, teniendo la precaución de que ésta espiral quede al lado del variómetro L3 L4 para que el circuito de antena quede fuertemente acoplado con el de reja.

Las bobinas L3 y L4 son los bobinados de un variómetro común, pero debe separarse éstos en forma de que no queden en serie. Las dos secciones que forman el bobinado fijo constituyen la bobina L3 o secundario del circuito de antena y las dos secciones bobinadas sobre la bocha, forman el circuito de reacción o tickler. En paralelo con el secundario se encuentra un condensador variable de 13 placas, pudiendo emplearse uno de 23, pero aumentarán las dificultades para la sintonización.

Se comprende que la corriente que circule por el circuito de antena dé la frecuencia que corresponda a la onda que se desee recibir, inducirá sobre el secundario una corriente semejante cuyas variaciones de tensión actuando sobre la reja de la lámpara, harán circular por el circuito de placa de ésta una corriente de igual frecuencia — radio frecuencia — pero amplificada, y si a esta amplificación se agrega la que se obtiene por medio de la reacción, se comprende que la amplificación resulta extraordinaria.

Sin embargo, en el teléfono intercalado en el circuito de placa no se oirá ningún sonido, debido a que las variaciones de corriente, siendo de una frecuencia muy grande, no pueden hacer vibrar la membrana que tiene un período vibratorio bajo. Por lo demás, el mismo oído del operador, no podría percibir estas vibraciones. Para hacerlas audibles se recurre a la detección empleándose para este caso un detector de cristal. El acoplamiento entre el circuito de placa del amplificador de alta frecuencia y el detector, se hace por medio de un transformador de alta frecuencia de las siguientes características:

Bobínese en la parte interna de un tubo del mismo diámetro que el de antena, 10 espiras de alambre de 0,7 milímetros de diámetro. La operación parecerá un tanto difícil, pero se puede realizar prácticamente de la siguiente manera: búsquese un molde que tenga un diámetro menor que el interior del tubo y bobínese sobre él las diez espiras. Como el alambre que se emplea es suficientemente rígido, tomará la forma y será fácil retirarle del molde e introducirlo en el interior del tubo, manteniéndolo en posición por medio de cola espesa. En último caso puede emplearse un segundo tubo colocado dentro del otro. Este bobinado es el primario del transformador y se conecta en serie con el circuito de placa del audión. Bobina L5.

El secundario cuenta 56 espiras con doce derivaciones, realizadas a partir de la espira 20 y cada 3 espiras, conectándose estas derivaciones a otra serie de 12 topes de contacto y manija selectora S'. Esta es la bobina L6. Es importante que el bobinado de 10 espiras del primario quede en el medio de la primera fracción del secundario o sea debajo de las primeras 20 espiras.

En paralelo con esta bobina se encuentra un condensador fijo de 0.0005 de microfarad que puede adquirirse en plaza en cualquier comercio de radio. El detector D. puede construírse de acuerdo con los datos que se han dado anteriormente y podrá emplear cualquier cristal, pero se recomienda la galena francesa de buena calidad.

La corriente que circula por este circuito está en condiciones de ser reproducida por un teléfono que intercalaríamos en el mismo, pero como deseamos aprovechar la propiedad de la lámpara de funcionar indistintamente para dos frecuencias, conectamos en lugar del teléfono un transformador para amplificación de baja frecuencia, cuyo primario L7 lleva en paralelo un condensador fijo de 0.001 de microfarad.

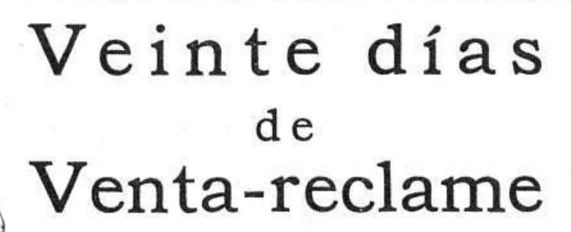
El secundario de este transformador se conecta como indican las letras que se hallarán en cada borne a la reja y al filamento, en forma que las variaciones de potencial — estos de frecuencia audible — originados por la corriente del circuito del detector, se aplican sobre la reja de la lámpara, sobre cuyo circuito de placa se producen variaciones de corriente proporcionales a las mismas y considerablemente amplificadas, que al circular por el teléfono, están ahora en condiciones de producir vibraciones de la membrana y reproducir los sonidos. Como se comprenderá, estos sonidos están muy amplificados y es posible el empleo de un alto parlante.

Hay que hacer notar para obtener un buen funcionamiento del receptor, que las bobinas L1 debe estar en posición contraria a la de las bobinas L3 L4, y de las bobinas L5 L6, a fin de evitar defectos de inducción entre ellas, especialmente con las dos últimas indicadas, las que se colocarán lo más alejadas posible.



Papeles Pintados

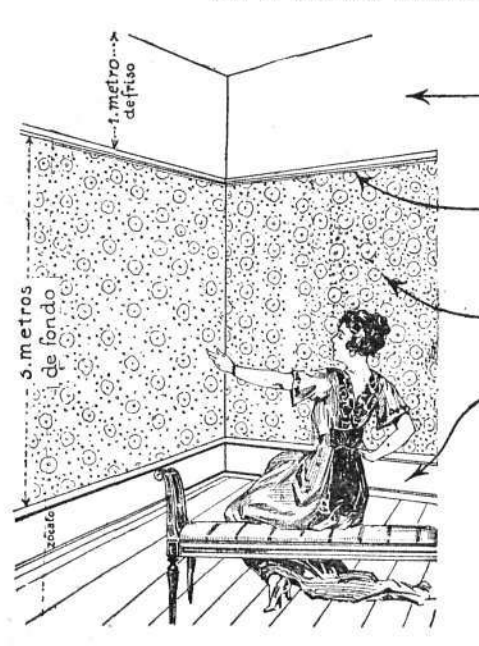
Compruebe usted prácticamente la ventaja de hacer sus compras directamente de los introductores.



Cassels & Co. MAIPU 271 BUENOS AIRES

No pierda Vd. entonces esta ocasión excepcional, de embellecer, con un gasto ínfimo, la sala, el comedor, u otra pieza de su casa.

Facilitamos mucho sus compras de papeles pintados con el sistema cómodo y económico que aquí ofrecemos.



Ya se ha impuesto la moda racional de dejar junto al cielorraso un **friso** blanco o de tono clarito, hasta de un metro de ancho, pues así resalta más la decoración de la habitación y resulta más uniforme su iluminación.

Basta una sencilla **guarda** de papel, o moldura de madera, para separar el friso del papel pintado con que se forma el **fondo** principal de las paredes. Este fondo se extiende hacia abajo hasta asentarse sin guarda, sobre el **zócalo**, que es en sí la mejor terminación, pues puede pintarse cualquier color apropiado.

Tal es la renovación rica, que puede hacerse con un empapelado moderno, que no sólo relucen los muebles, cuadros, alfombras o cortinas, pero hasta los mismos vestidos destacan mejor cuando hay un ambiente que los favorece.

Fíjese Vd. en estas ofertas.

Proveemos en cada caso de sobra para habitaciones de las medidas indicadas, calculándose tres aberturas (puertas, etc.) y empapelando hasta tres metros de alto, desde el zócalo.

3×4 mts., clase A $ 5.50, B $ 13.50, C $ 33.-, D $ 66.-	4×4 mts. clase A $ 6.50, B $ 16.-, C $ 39.-, D $ 78.-
4×5 » » A $ 7.50, B $ 17.-, C $ 42.-, D $ 51.-	5×6 » » A $ 8.50, B $ 21.-, C $ 51.-, D $ 102.-

Díganos los coloridos que Vd. prefiere y si son para sala, comedor o dormitorio; las medidas de éstos y la clase deseada, enviándonos su importe, y quedará Vd. encantado con los papeles que en seguida remitiremos.

Por tratarse, sin excepción, de dibujos de gusto superior y precios muy reducidos, no ofrecemos muestras.

No demore usted en hacernos pedido para proveerse mientras mantenemos estas ofertas.

De Santa Fe



Caracterizado núcleo de señoritas que ofreció una demostración de aprecio a su común amiga la señorita María Elena Candioti, poniéndose de relieve, en este destacado acto social, las simpatías de que goza la gentil obsequiada.

LOS PELIGROS DEL TE

El te, en cantidad moderada, estimula las contracciones gástricas: es el medio clásico para activar las digestiones laboriosas. Excita también el sistema nervioso, eleva la tensión arterial y desarrolla cierta energía muscular. Sin embargo, de esta excelente cosa no se puede usar sin límites prudentes. Existe una intoxicación crónica causada por el te. Muchas señoras, en visitas sucesivas, se beben fácilmente una media docena de tazas, y se llegan a sentir presas de un malestar cuya causa no descubren en mucho tiempo. Ante todo, hay disturbios digestivos: el tanino del te fatiga mucho el estómago, sobre todo cuando éste está vacío. Después vienen la pérdida del apetito, las digestiones difíciles con fermentaciones, el color rojo en la nariz y en los carrillos después de las comidas. Es al abuso del te a lo que deben los ingleses el color rojizo que tienen. A todos estos síntomas, hay que agregar perturbaciones nerviosas, como palpitaciones del corazón, sofocación, temblor de las manos, mal sueño, hemicránea, turbación de la vista. Es, pues, necesario, dice «L'Epoque», tomar el te con parsimonia, no usando sino infusiones bastante ligeras. El te es tanto más nocivo cuanto más está cargado de tanino, lo que se conoce en el color obscuro; y cuanto más descompuesto se halle éste por el contacto del aire.

Un carácter alegre y animoso es el alma del éxito. — MATHEWS.

QUISICOSAS DEL FUTURISMO

LA POESÍA PENTAGRAMADA

POR

GONZALO GONZÁLEZ

Como alguno que otro recuerda, hace ya doce años que Marinetti, el interesante Marinetti que se desvive por desconcertar al prójimo, publicó su «manifiesto técnico de la literatura» en el que hacía declaraciones como ésta que cita en su revista «sintética» *El Futurismo:* «Es la solidez de una placa de acero la que nos hace interesarnos por ella misma, es decir, a alianza incomprensible e inhumana de sus moléculas y electrones que se oponen, por ejemplo, a la penetración de un obús. El acto de calar un trozo de hierro o de madera es mucho más apasionante para nosotros que la sonrisa o las lágrimas de una mujer... Nosotros queremos reflejar en literatura la vida del motor, esta nueva bestia instintiva, de la cual conoceremos el instinto general cuando conozcamos los instintos de las diferentes fuerzas que la componen...»

Un año después de Marinetti, Luis Russolo publicó un libro: «El arte de los ruidos». En él decía: «Nosotros experimentamos más placer combinando ideológicamente los ruidos del tranvía, de autos, de coches y de multitudes gritones que escuchando «La heroica» o «La pastoral»... Atravesando una gran ciudad con los oídos más atentos que los ojos, experimentamos una gran alegría al percibir los «glu-glu» del agua, del aire o del gas en los caños, el ruido de los motores que respiran y palpitan con una animalidad indiscutible, la vibración de sus válvulas, el vaivén de los pistones, los gritos estridentes de las sierras mecánicas y el frotar de los tranvías en los rieles...»

Tiempo después volvió Marinetti a la carga con su manifiesto sobre «La declamación dinámica y siperótica». Siguiendo aquellas huellas, un pintor futurista define el arte plástico en un manifiesto sobre «Construcción absoluta del movimiento-ruido». Vino después el «mecanismo del arte plástico» y las danzas de los ritmos mecánicos, hasta que la revista holandesa «Mecano» sintetizó todo aquello publicando la fotografía de una máquina con este título: «Plástica moderna del espíritu italiano». Y ahora, tres pintores futuristas, los señores Enrico Prampalini, Ivo Pannaggi y Vinicio Paladini, lanzan el ineludible manifiesto — porque el futurismo, como ciertos partidos políticos, se hace a base de manifiestos — asegurando que «sentimos la necesidad de libertarnos de los restos de la vieja sensibilidad para crear definitivamente el nuevo arte plástico inspirado por la máquina». Nos exalta cada vez más la modernolatría. Nuestro tiempo será distinto en la Historia gracias a la nueva Divinidad; la máquina. Poleas, volantes, tornillos, chimeneas, aceros brillantes, engranajes olorosos, perfume de ozono de las centrales eléctricas, vehemente respiración de las locomotoras. ¡Silbidos de las Sirenas! «El ideal mecánico neto y preciso nos atrae irresistiblemente... Todo es cortante, aristocrático, típico. Nos sentimos construídos de acero. ¡Seamos, pues, máquinas inspiradas! Queremos: 1) Expresar el espíritu y no la forma exterior de la máquina, creando composiciones en todos los medios de expresión posibles, comprendiendo las piezas de la máquina. 2) Que esos medios de expresión y piezas de máquina sean armonizadas por una ley lírica original y no por una ley científica aprendida. 3) Que por espíritu de la máquina se entienda su fuerza, sus ritmos y sus analogías infinitas. 4) Que la máquina así entendida se convierta en fuente inspiradora para la evolución y desarrollo de las artes plásticas.
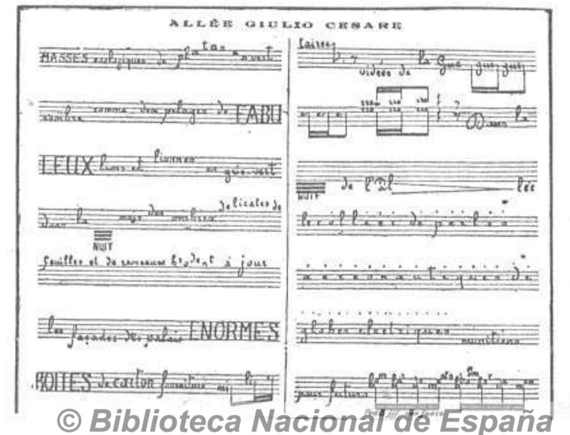
«Los diferentes estilos de este nuevo arte mecánico surgirán de la máquina como un elemento interdiferencial entre la concepción espiritual del objeto y el ideal plástico que se proponga. La máquina da hoy el ritmo de la gran alma colectiva y los diferentes individuos creadores. La máquina interpreta el canto del genio, y, por fin, «la máquina es la nueva divinidad que aclara, domina, distribuye sus dones y castiga en nuestro tiempo devoto de la *Gran Religión de lo Nuevo!...*»

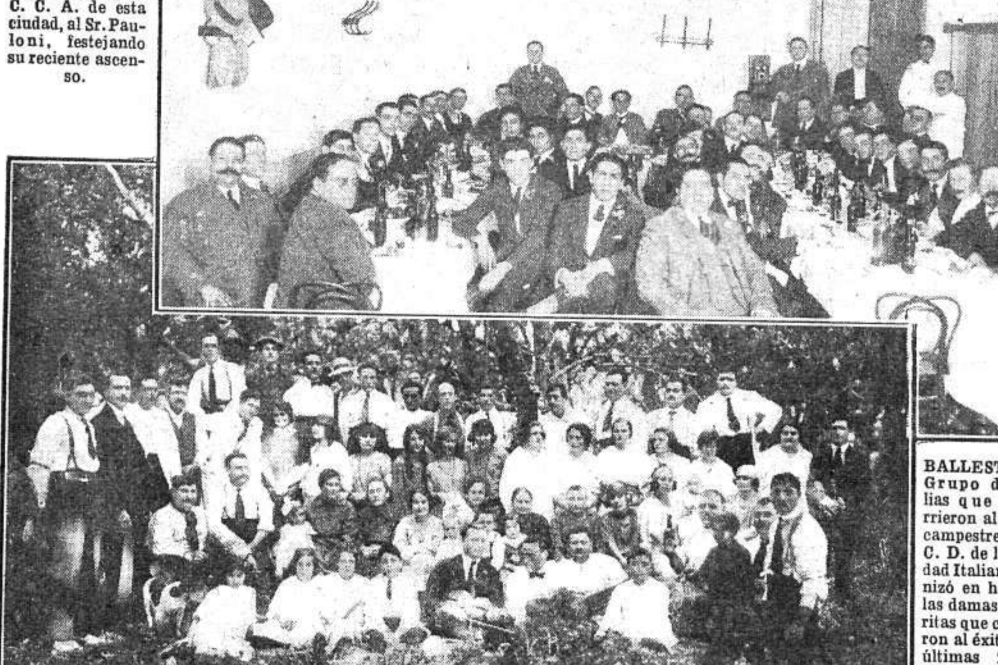
* * *

De lo más nuevo que existe dentro del futurismo — más aún que el fascismo que dice Marinetti pertenecerle — es la poesía pentagramada, «inventada por el poeta futurista Francesco Cangiullo». En esta poesía, según ellos, el verso y la manera de declamarlo son libres, y dispuestos sobre las cinco líneas del pentagrama ofrecen al lector o al declamador las siguientes ventajas:

1.º La gradación precisa a la voz musical y pintoresca de todas las palabras. 2.º El escalonamiento de planos y perspectivas de los paisajes evocados. 3.º El arabesco dinámico formado por todos los ritmos secretos de la lira, y 4.º la fusión de la poesía, con la música...

Quien dude de las tales ventajas que se ponga por delante el presente «Allée Giulio César» y lo «recite»...





RIO CUARTO.— Banquete ofrecido por los jefes y empleados del F. C. C. A. de esta ciudad, al Sr. Pauloni, festejando su reciente ascenso.

BALLESTEROS. Grupo de familias que concurrieron al festival campestre que la C. D. de la Sociedad Italiana organizó en honor de las damas y señoritas que cooperaron al éxito de las últimas fiestas benéficas.

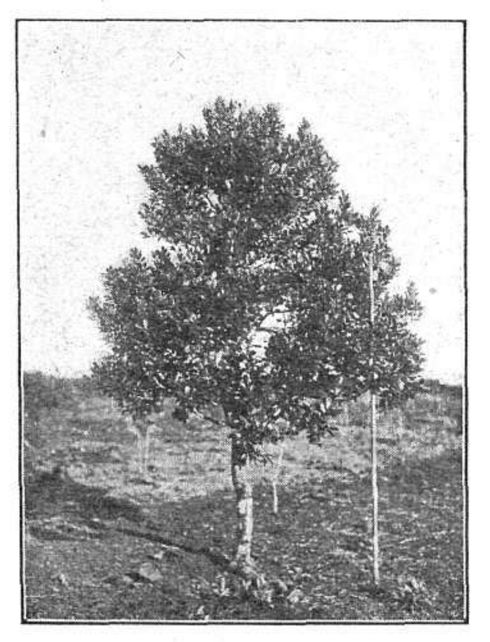


El progreso de Misiones

El suelo de las antiguas misiones guaraníticas compite con los mejores que forman el vasto territorio argentino. Por eso fué elegido por los sabios misioneros para realizar una gran obra de cultura, a base de fértiles tierras, tesoro de energías incalculables.

Los hombres modernos continúan ahora esa labor progresiva, aplicando a la explotación del tesoro natural que Misiones representa, los métodos agrícolas e industriales que el progreso ofrece.

Tener fe en la pródiga tierra misionera constituye un buen negocio. El clima propicio, la abundante provisión de aguas, la riqueza forestal son datos que hacen fácil el cálculo de rendimientos, ofrecido por el suelo misionero. Hay allí 700 variedades de árboles y arbustos de donde extraer maderas apreciadas altamente en la ebanistería, materias tintóreas, medicinales y alimenticias. La yerba mate, las naranjas, bananas, tabaco, caña de azúcar, arroz, maní y otros productos se cultivan a cubierto de plagas que azotan otras regiones. La langosta, por ejemplo, es desconocida en el suelo misionero.



Planta de yerba mate de 3 años.

Comprar tierras en aquella comarca deliciosa resulta un buen negocio que irá rindiendo cada vez más.

La casa Salaberry y Bercetche tiene orden de rematar 10.000 hectáreas con frente al Río Alto Paraná, departamento Corpus, campo El Tabay, en lotes de 800 a 1.666 hectáreas, amojonados. A 80 kilómetros en línea recta de Posadas. Base uniforme 15 $ la hectárea, a 2 años de plazo.

El jueves 20 de diciembre a las 15 horas en la calle Defensa 188, Bs. Aires.

Lo mejor de Misiones como calidad de la tierra, colorada obscura, alcanzando a 8 y 10 metros de profundidad, con varios ríos y arroyos.

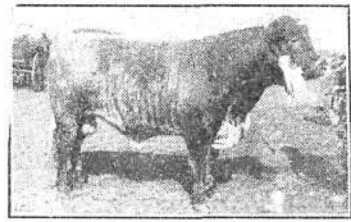
Linderos: N. río Alto Paraná; S. y O., T. L. de Roca e hijos y E. Martín y Cía., Limitada.

Para inspeccionar la propiedad, dirigirse al Sr. Aurelio Menique, en Corpus.

Los señores Salaberry y Bercetche han confeccionado prospectos detallados sobre esta importante venta, pudiendo solicitarlos los interesados en sus oficinas Defensa 188, Buenos Aires.

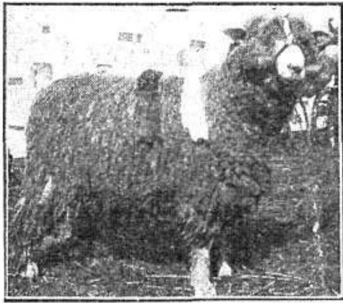


5.ª Exposición Ganadera, Agrícola e Industrial en Mar del Plata, F. C. S.



"Linguist 1", primer premio y campeón toro Shorthorn de pedigree, y ganador de premios particulares. Criadores y expositores, Martínez de Hoz y Salamanca.

Con un amplio y liberal programa para toda clase de ganado y con más de veinte premios especiales, varios de ellos en efectivo, no debe sorprendernos el hecho de que la primera Exposición organizada por la Sociedad Rural de Mar del Plata haya constituído un franco éxito. Verdad es que los registros en las categorías de Shorthorn de pedigree no fueron numerosos, ni la calidad extraespecial; pero deberá tenerse en consideración que tal exhibición ha sido la penúltima del Concurso provincial del año, cuyas subastas no



Carnero Lincoln de media lana, ganador de primer premio y campeón. Expositor, señor J. Loide.

lograron ciertamente animar a los diversos expositores.

Por otra parte, la sección lechera ofreció una clara revelación para los ordinarios visitantes, y el que suscribe se vió particular y agradablemente sorprendido al contemplar el gran número de competidores de calidad de alto «standard», sin olvidar la animación y el entusiasmo que se despertó entre los tamberos en esta sección de la exhibición, los cuales siempre en procura de nueva sangre que enriquezca sus rebaños, allí pudieron encontrarla, valiendo la pena haber visitado, además, el más moderno puerto de la república.

Sin exageración alguna, se puede asegurar, hablando en términos generales, que la sección de razas lecheras exhibidas en Mar del Plata este año constituyó un sólido crédito para todos aquellos que cultivan tal industria en aquel partido, pues tanto el número como la calidad de los animales lecheros presentados resultaron muy superiores a los presentados en la última Exposición de lechería de Palermo y sin disputa tan buenos como los registrados en el mejor Concurso provincial de la misma naturaleza y también superior a los ejemplares de los muchos Concursos de Vacas Lecheras, en los que yo he estado presente en diferentes partes del país.

Shorthorns de pedigree. — La primera categoría fué ganada por los señores R. M. Quinteros con un rosillo de 34 meses de edad al que después se le concedió el honor de reservado de campeón. La segunda categoría fué ganada por el señor L. A. Vignolo con un rosillo de regular clase; y el siguiente para toros nacidos desde el 1.º de febrero 1922 al 31 de octubre del mismo año, se le adjudicó a un rosillo compacto y de muy buena calidad, de la cabaña de los señores Martínez de Hoz y Salamanca, cuyo ejemplar ganó también fácilmente el campeonato. El segundo lugar en esta categoría fué para un colorado poco blanco y de buena calidad, de la cabaña «Chapadmalal», pero alto de remos; y el tercer premio correspondió a otro toro del mismo rebaño que tenía mejores líneas y formas.

Shorthorn sin pedigree. — En la categoría para machos con dientes de leche a galpón se concedió el primero y segundo premios a los señores Bartolomé Ginocchio e hijos, por sus toritos de buena calidad; y en grupos de tres animales a corral, de seis dientes, el señor J. B. Repetto se llevó el primero y segundo lugar con ejemplares pesados, de buenos lomos y gran costillar, pero poco altos de remos. Los mismos expositores ganaron el primero y segundo premios en la categoría siguiente para machos a corral de dos dientes en grupos de tres toros, y el tercer honor correspondió a un buen grupo de la cabaña de Martínez de Hoz y Salamanca, quienes también ganaron una mención honorífica con otro grupo. Para machos hasta de seis dientes, en grupos de tres, el señor Cornelio J. Viera se llevó el primero y segundo premios con buenos toros, y el tercer honor correspondió a un grupo presentado por el señor Luis A. Vignolo. En la categoría para machos hasta de dos dientes, el señor Miguel A. Martínez de Hoz ganó con facilidad todos los premios por sus excepcionales toritos de hermoso tipo y buena calidad, cargando lomos parejos, buenas costillas y excelentes cabezas, habiéndosele adjudicado a uno de ellos la medalla de la Sociedad Rural Argentina y a otros del mismo grupo otra medalla para el mejor ejemplar de la sección a campo. El señor Cornelio J. Viera se llevó dos premios con vaquillonas de excelente calidad presentadas en grupos de cinco a campo. En grupos de vacas gordas hubo un buen número de competidores, y aquí un «quinteto» de la famosa cabaña «Chapadmalal» se llevó los primeros honores. Estos ejemplares eran de tipo espléndido, buenos lomos y magníficos costillares



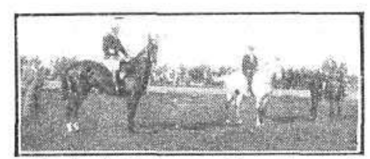
Primer premio y campeón carnero Lincoln de lana entera, criado y expuesto por el Sr. Roque M. Quinteros.



Sr. Peter Kihlberg, jurado único, juzgando los ovinos.



El presidente Sr. José Alfredo Martínez de Hoz; el secretario, Sr. Luis Torricelli, y los miembros de la comisión de la Sociedad Rural de Mar del Plata.



A la izquierda, los ganadores de premios en la sexta categoría de equinos adiestrados.

bien cubiertos con grandes mantas de carnes. El segundo premio lo ganó el señor Eduardo M. de Hoz, con un muy hermoso grupo, y los señores Bartolomé Ginocchio e hijos se llevaron el tercer premio y mención honorífica por dos grupos que no resultaron bien emparejados aunque eran de gran tipo y algunas hembras muy gordas.

Normandos. — El señor Felipe Barrenecho fué el único expositor y se llevó el primero y segundo premios con bastantes buenos toros.

Orinos. — Se exhibieron excelentes carneros en esta sección, pero, como en años pasados, compitieron ejemplares de pedigree y no pedigree conjuntamente. En la primera categoría a galpón para machos de más de dos dientes en grupos de tres, con lana entera, se presentaron siete lotes, y el jurado hubo de tomarse bastante trabajo y tiempo antes de decidirse en su fallo, a causa de la reñida competencia entre tres grupos. Al fin concedió el primer premio a un lote parejo de carneros de buena calidad, presentados por el señor Joaquín Loide, ejemplares que cargaban buenos vellones y espléndidas armazones, siendo el segundo honor para un grupo de mucho más pequeños carneros de gran calidad, hermoso tipo y abundante lana, de la propiedad del señor Roque M. Quinteros. El tercer premio fué ganado por el señor F. A. López, con bien formados ejemplares, acusando mucho carácter masculino, pero siendo su lana no de tan buena calidad como la de los que se llevaron el primero y segundo premios. «Chapadmalal» se conquistó una mención honorífica con carneros de gran desarrollo.

Ocho ejemplares compitieron por el campeonato para unidades, y se estableció una ruda porfía entre dos carneros seleccionados de los grupos que ganaron el primero y el segundo premios. Al cabo, el árbitro falló correctamente, adjudicando la preciada roseta a un bien formado macho de gran lomo, del grupo del señor Quinteros, ejemplar que cargaba excelentes vellones de buena y gruesa hebra y excelente color. El reservado de campeón, un animal de gran armazón, lomo derecho y buena cabeza pero no muy bien parado de remos, aunque cargando buena lana, de la propiedad del señor Loide, quien asimismo presentó las ovejas que ganaron la categoría para hembras de lana entera, las que cargaban buenos vellones, pero todavía escasas de armazón. En la categoría para machos hasta de dos dientes y media lana, en grupos de cinco, el señor M. A. Martínez de Hoz ganó el primer premio con buenos carneros tipo inglés, de cabezas bien puestas; y el segundo y el tercero honor fueron dados al señor Francisco López, por carneros de muy buena calidad, aunque mal emparejados. Un macho del grupo que ganó el segundo premio ganó el campeonato de esta sección. «Chapadmalal» se llevó el reservado de campeón con un carnero que será un gran reproductor.

En las categorías para carneros Lincoln a corral o a campo, en grupos de cinco y lana entera, todos los principales premios fueron para el señor Luis A. Vignolo; para carneros de media lana correspondieron cuatro premios al señor Francisco A. López, y el señor Antonio Alvarez ganó uno. El señor M. A. Martínez de Hoz ganó con facilidad el primer premio con diez capones gordos.

Equinos reproductores. — En la categoría para machos de tiro pesado, los señores Juan B. Repetto e hijos ganaron el primero y segundo premios con ejemplares Shires de clase mediocre; pero, en cambio, ganaron la categoría para tiro liviano con un anglonormando de buena calidad y de excelente conformación, nudos fuertes y buenos cascos. La categoría de raza criolla fué ganada por un ejemplar escaso de huesos y carácter masculino aunque su «standard» de calidad era excelente.

Equinos adiestrados. — Siete categorías se registraron en esta sección; y mientras todas ellas sirvieron para despertar el interés de los espectadores, al mismo tiempo fueron notoria muestra de los excelentes caballos y yeguas para tiro liviano y silla que se crían en el distrito. Esta es una sección que debería ser incluída en todos los programas de las exposiciones.

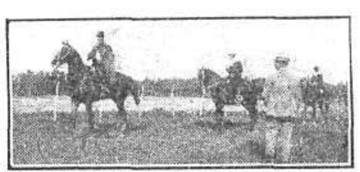


Ganadores de primero, segundo y tercer premios en la cuarta categoría de equinos adiestrados.

La siguiente categoría fué para yuntas de padrillos, caballos o yeguas de tiro pesado, y los ganadores resultaron Shires de espléndida calidad, expuestos por el señor Miguel A. Martínez de Hoz. El segundo premio lo ganó el señor Domingo Samatán con una yunta de Shires que no poseían tan buen tipo y estilo como los primeros. La segunda categoría también se la ganó un padrillo Shire de «Chapadmalal»; la tercera categoría para yuntas de caballos o yeguas de coche de plaza, se adjudicó al señor San Pedro, por un bien emparejado tronco de tordillos de buenos movimientos. La cuarta categoría para caballos o yeguas presentadas en «sulkys» o «charrets» resultó muy animada y competida Los registros fueron tan numerosos, que se acordó establecer dos categorías, siendo ganada la primera por el señor Juan Zabalete con un zaino Hackney que recordaba a otro ejemplar poderoso presentado en Palermo hace años; y el segundo premio se lo llevó el señor Raúl Muguerza con un zaino «malacara» que no poseía ni el carácter ni el estilo del ejemplar Hackney. El ganador de la segunda categoría fué un caballo zaino negro, de la raza Morgan, muy bien presentado por su dueño, el señor D. Yñiguez. El señor Carlos S. Muguerza se llevó los segundos honores con un caballo para «sulky» de buen tipo. Estos dos últimos resultaron buenos trotadores.



Primer premio (izquierda) y segundo premio (derecha) en categoría 4 Bis.



"El Chacho", primer premio en la quinta categoría de equinos adiestrados; los otros dos caballos atrás fueron ganadores de segundo y tercer premios. Sr. Kihlberg, el jurado, a pie.

La siguiente categoría para caballos o yeguas presentados en apero criollo tuvo seis competidores, resultando muy reñida e interesante la competencia. Era un buen espectáculo contemplar los bien empalafrenados caballos ataviados con ricos arreos de plata; y el juez se ganó muy merecidos aplausos por su veredicto en favor de un tostado del señor Carlos S. Muguerza, ejemplar de los mejores que yo he visto en el país como caballo de silla y que ganaría seguramente una buena categoría en Gran Bretaña.

El segundo premio fué para el señor Casimiro Lizarbo por un excelente caballo de muy escasa alzada pero poseyendo buenos remos y plenitud de fuerza. Al señor Tomás Vignolo le tocó el tercer lugar con un muy atractivo S.P.C. mestizo.

La sexta categoría para caballos o yeguas presentados al estilo europeo atrajo mucha admiración del público y presentó un «cuarteto» de animales de muy correcto estilo. El ganador «Don Goyo» es un raro ejemplar de buena estampa «Polo-pony», muy castizo y de gallardo tipo, siendo hijo de «Cricket», un padrillo que prestó espléndidos servicios en «Chapadmalal» como padrillo de ponies dedicados al Polo. Su propietario, el señor Gregorio Paz, rehusó $ 1.100 que le ofrecieron por tan hermoso animal después que obtuvo su triunfo. El citado expositor ganó también la siguiente categoría para «Polo ponies».

El segundo premio en la sexta categoría fué ganado por un precioso tordillo presentado por el señor Carlos S. Muguerza, cuyo animal servirá de excelente cabalgadura tanto para señoras como para caballeros.

El tercer premio se lo llevó un S.P.C. zaino, de la propiedad del señor J. A. Martínez de Hoz, siendo un atrayente caballo.

Guo. G. J. Peters

De Tucumán



Alumnas de la Escuela Profesional de Mujeres que presentaron hábiles trabajos en la Exposición de Economía Doméstica, últimamente realizada.

Distinguidas alumnas de la Academia de Bellas Artes, que prestaron su gentil concurso en el concierto realizado bajo los auspicios de la Sociedad Sarmiento.

PSALMO

¡Y es así, Madre Tierra, que hoy retorno a tu seno!
Traigo el ansia caduca y el espíritu lleno
del desvelo sagrado que tu Ser sublimiza:
¡se me hicieron los torvos pensamientos, ceniza!
y hoy, al cabo, he sabido—¡que contento en mi lodo!—
que está en ti, ¡Madre Tierra!, la evidencia del Todo.

¡Madre Tierra, potente!, ¡Madre Tierra, fecunda!;
¡Madre Tierra, gloriosa!, ¡Madre Tierra, rotunda!;
¡Madre Tierra, sagrada, que nos das cada instante
tus ternuras de madre generosa y amante,
en los campos ubérrimos de las sacras espigas
y en los pámpanos báquicos de las viñas que obligas.

Que en verdad es bien rara e inmortal maravilla
ver la forma minúscula de la obscura semilla
cuando, mano que sabe todo el oro que lleva,
como un gran rito antiguo va vertiendo en la gleba
el embrión misterioso que tu entraña resuelve
y al final en la forma de la espiga devuelve.

Que en verdad es el hecho para hincar la rodilla
cuando, al cabo del tiempo, ya hacinado en gavilla,
sobre el campo fecundo — del jayán noble amigo —
nos hermanas a todos en un grano de trigo
e, igual que una parábola primitiva y viviente,
de la planta madura sacas nueva simiente,
como quien dice al cabo: ¡he aquí todo el secreto!
del obscuro pasado y el presente concreto:
que es verdad, que es lo cierto, Madre Tierra rotunda,
que no somos los hombres más que planta fecunda.

Y es por eso que ahora, Madre Tierra sagrada,
plenamente poseído de mi todo y mi nada,
—de la nada en que aliento y lo mucho que importo—
en tus grandes proezas y portentos, absorto,
hecho todo entusiasmo y hecho todo altruismo,
ya vencido el fantasma turbador de mí mismo,
torno a ti, Madre Tierra, ¡Tierra Madre potente!,
porque trueques mi arcilla en dorada simiente,
y en la hora inefable de tu inmensa coyunda
me hagas fuego en el ansia germinal que te inunda.
¡Honra a ti, formidable!, ¡Gloria a ti, genitora!,
¡Honra al árbol fecundo que el paisaje decora
y honra al mísero grano
que ha de ser el motivo del dolor del humano;
pues que vive inclemente
la sentencia que dice del sudor de la frente;
del sudor generoso
que bendice de perlas el embrión portentoso,
el embrión misterioso que después del afán
espiguea en el surco y en el llar se hace pan.

Bajo el tenue claror de esos antros radiantes
que parecen hacernos mil señales distantes;
impulsado por ese dinamismo que encierra
la gloriosa consciencia de tu Ser, Madre Tierra,
mi alma parte el silencio con el grito rotundo
de tu nombre, ¡y escucha todo el eco del Mundo!




Profesores y alumnos de la Universidad Nacional de Tucumán, rodeando al nuevo rector Dr. Juan B. Terán, al que ofrecieron una demostración de aprecio el dia en que se hizo cargo de su honroso puesto.

¿QUÉ ES LO QUE ME PASA?

¿Cuál es mi parte débil? ¿Estoy haciendo algún esfuerzo por reforzarla?

¿Es algún defecto de mi carácter, alguna peculiaridad que me sirve de rémora e impide mi adelanto?

¿Tengo algunos rasgos característicos desagradables?

¿Tengo alguna excentricidad desfavorable?

¿Soy tímido?

¿Soy egoísta, codicioso, avaro, y pienso únicamente en mí y en las ventajas que pueda yo obtener?

¿Me falta esa fe tremenda que tienen los hombres triunfadores?

¿Abrigo la seguridad de llegar al éxito en mis empresas, o tengo temor de ir derecho al fracaso?

¿Se adaptan mis facultades a la ocupación a que estoy dedicado?

¿Estoy aprovechando debidamente las oportunidades que se me presentan?

¿Dirijo bien la barquilla de mi vida o me dejo llevar pasivamente a donde soplan todos los vientos?

¿Soy un empleado fiel, un buen trabajador, un amigo sincero?

¿Tengo suficiente energía? ¿Tengo suficiente fierro en la sangre? ¿Tengo bastante cal en los huesos?

¿Soy constante? ¿Soy tenaz? ¿Soy variable?

¿Aprovecho el tiempo que en las noches tengo disponible, o me dedico únicamente a las diversiones?

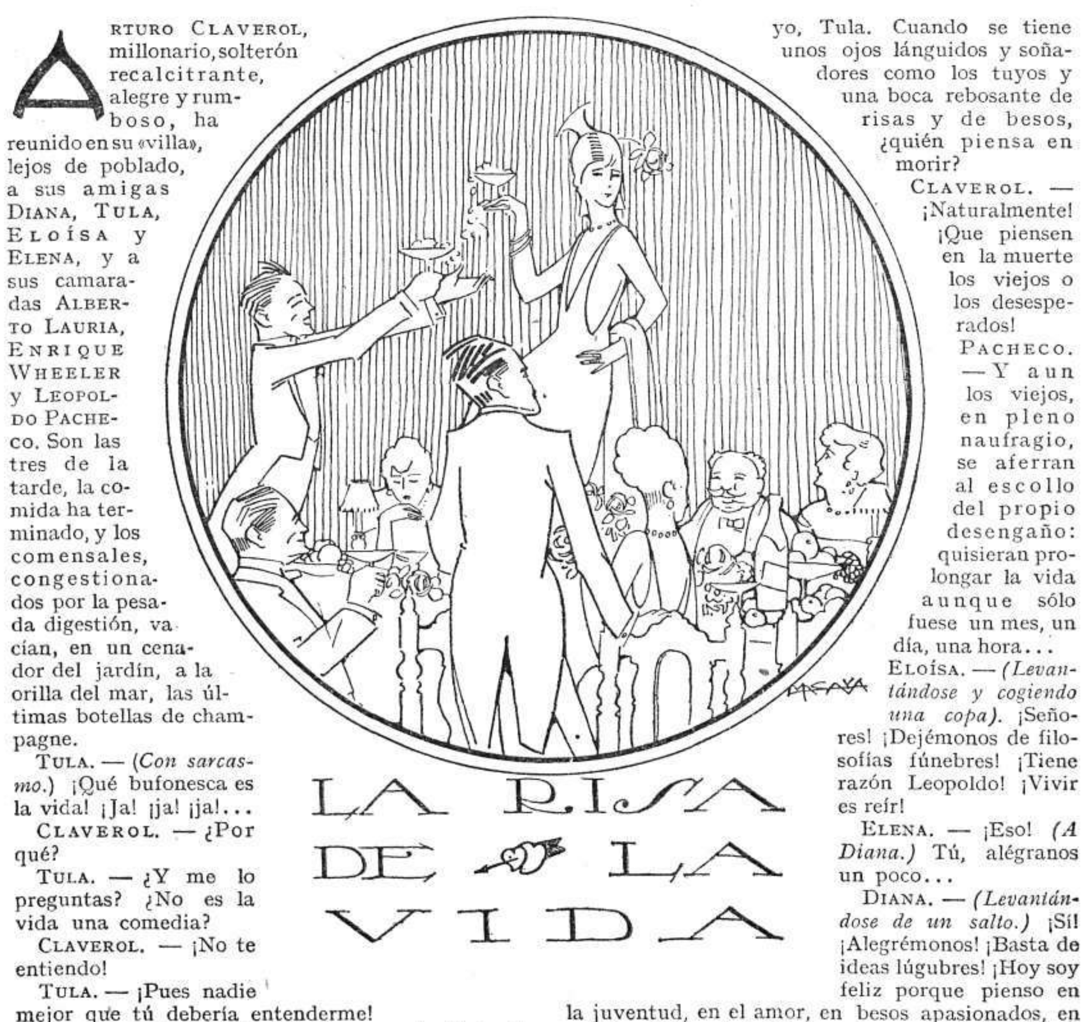
¿Estoy viviendo según los ideales más puros de honradez, de verdad, de honor y de pureza?

¿Desempeño fielmente mis obligaciones para con mis principales, para con mi familia, para con mis amigos, para con mis vecinos, para con mi país?

¿Cuido bien de mi salud, de mi aspecto personal, o me falta la vitalidad y soy descuidado en mi persona?

Repítanse estas preguntas con frecuencia. Contéstense con toda sinceridad y procúrense corregir las debilidades y defectos que se descubran.

O. S. Marden.



LA RISA DE LA VIDA

ARTURO CLAVEROL, millonario, solterón recalcitrante, alegre y rumboso, ha reunido en su «villa», lejos de poblado, a sus amigas DIANA, TULA, ELOÍSA y ELENA, y a sus camaradas ALBERTO LAURIA, ENRIQUE WHEELER y LEOPOLDO PACHECO. Son las tres de la tarde, la comida ha terminado, y los comensales, congestionados por la pesada digestión, vacían, en un cenador del jardín, a la orilla del mar, las últimas botellas de champagne.

TULA. — (*Con sarcasmo.*) ¡Qué bufonesca es la vida! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

CLAVEROL. — ¿Por qué?

TULA. — ¿Y me lo preguntas? ¿No es la vida una comedia?

CLAVEROL. — ¡No te entiendo!

TULA. — ¡Pues nadie mejor que tú debería entenderme!

LAURIA. — *(Con énfasis.)* Tiene razón Tula: la vida es una farsa..., afortunadamente.

CLAVEROL. — Ahora lo entiendo menos.

DIANA. — *(Sarcástica.)* A éstos los entiendo yo...

ELOÍSA. — *(En secreto a Elena.)* ¿Qué tiene Tula?

ELENA. — No sé... Rarezas suyas.

ELOÍSA. — ¿Celos de Diana?

ELENA. — Tal vez. La verdad es que Claverol...

PACHECO. — ¡No se permiten secretos!

WHEELER. — *(Riendo maliciosamente.)* ¡Dejadlas solas!

ELOÍSA. — *(Indignada.)* ¡No hay para qué. (*A Wheeler.*) — No somos de esas...

LAURIA. — *(Conciliador.)* Haya paz... ¡Vengan las copas! *(Sirve champagne.)* ¡Tula! ¡A tu salud! (*Bebe*).

(Tula bebe maquinalmente. Parece abatida. Sus miradas se fijan inquietas en Diana y Claverol, que ríen por lo bajo.)

TULA. — *(Después de encender un jedive que le ofrece Lauria.)* ...«Divine Mort, où tout rentre et s'efface — affranchis-nous du temps, du nombre et de l'espace — et rends-nous le repos que la vie a troublé...»

LAURIA. — ¿De Leconte de Lisle?

TULA. — *(Displicente.)* Creo que sí.

CLAVEROL. — ¿Estás invocando a la muerte?

DIANA. — ¡Por mal lado te da!

TULA. — ...«Morir, dormir...»

PACHECO. — ¡Vivir!, ¡reír!

LAURIA. — ¡Vivir! Eso digo yo, Tula. Cuando se tiene unos ojos lánguidos y soñadores como los tuyos y una boca rebosante de risas y de besos, ¿quién piensa en morir?

CLAVEROL. — ¡Naturalmente! ¡Que piensen en la muerte los viejos o los desesperados!

PACHECO. — Y aun los viejos, en pleno naufragio, se aferran al escollo del propio desengaño: quisieran prolongar la vida aunque sólo fuese un mes, un día, una hora...

ELOÍSA. — *(Levantándose y cogiendo una copa).* ¡Señores! ¡Dejémonos de filosofías fúnebres! ¡Tiene razón Leopoldo! ¡Vivir es reír!

ELENA. — ¡Eso! *(A Diana.)* Tú, alégranos un poco...

DIANA. — *(Levantándose de un salto.)* ¡Sí! ¡Alegrémonos! ¡Basta de ideas lúgubres! ¡Hoy soy feliz porque pienso en la juventud, en el amor, en besos apasionados, en caricias delirantes! ¡Dadme champagne! ¡Alzad conmigo vuestras copas! ¡Quiero vivir! ¡Quiero reír en vuestros brazos, sentir el calor de vuestros labios! ¡Viva la vida!

TODOS. — *(Menos Tula, levantándose y rodeándola.)* ¡Bravo! ¡Bravo!...

(Se agrupan clamorosos en torno de Diana, que permanece inmóvil, sonriente, complacida en su arte de postura, como si estuviese en el escenario de la ópera.)

PACHECO. — (*A Elena rodeándole el talle.*) Y tú, ¿eres feliz?

ELENA. — ¡Lo dudas!

ELOÍSA. — *(A Wheeler.)* ¡Dame tu vida!

WHEELER. — *(Besándola estrepitosamente.)* ¡Cien vidas que tuviera!

CLAVEROL. — *(A Diana, suspendiéndola por el talle y colocándola encima de la mesa.)* ¡Diana! ¡Deja que te admiremos!, ¡que aplaudamos tu arte! ¡Cantaremos todos, a falta de orquesta!

TODOS. — *(Menos Tula.)* ¡Bravo! ¡Sí! ¡Magnífico!

DIANA. — *(Sobre la mesa, en actitud coreográfica.)* — ¡Soy vuestra!

TULA. — *(Irónicamente.)* ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... «Voici ton portrait véritable...»

DIANA. — *(Enojada.)* ¿Te has propuesto darnos un mal rato?

TULA. — ¿Por qué te alteras?

DIANA. — ¡Demasiado te entiendo! ¡Más vale que hables claro y te dejes de mojigangas!

TULA. — *(Exaltada.)* ¿Que

hable claro? ¿Lo quieres más claro? ¡Que estoy cansada de la vida, porque todo es mentira, porque en el mundo no hay ni cariño, ni amistad, ni nada!

CLAVEROL. —*(Sonriendo.)* Pues ¿qué hay?

TULA. —*(Con cólera.)* ¡Traidores como tú!

DIANA. —¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Chica, qué romántica eres!

TULA. — Yo soy romántica, pero tú eres...

DIANA. —*(Sin dejarla terminar.)* ¡Cuidado con lo que dices! ¡Ya se me acabó la paciencia! ¡A qué tantas historias! Bien te corteja a ti Alberto, *(irónicamente)* ¡el señor de Lauria!, y yo no me enojo... ¿Es que los quieres a pares?

LAURIA. — ¡No enredes la madeja!

DIANA. — ¡Claro está! ¡Buen tonto el que no toma la vida tal cual es! ¿Que todo es mentira? ¡Noticia fresca! ¿Quién miente? ¡Cualquiera lo sabe! ¡Todos! ¡Y el que no mienta... peor para él! ¡Basta de hipocresías! ¿Que me llaman loca? ¡Encantada de mi locura!

TULA. — Yo no te llamo loca, te llamaría...

DIANA. —*(Saltando de la mesa en actitud agresiva.)* ¡Mira, niña..., que tu romanticismo va a terminar en algo muy prosaico!...

(Tula se levanta, encarándose con Diana. Todos se interponen.)

TULA. — ¡Sí! ¡Esto es una infamia! ¡Sois unos canallas, unos traidores..., unos degenerados!... ¡Por eso me dais asco, y por eso al verme entre vosotros se me hace aborrecible la vida!...

DIANA. — Pues si tantos deseos tienes de morir, es bien fácil. *(Señalándole un ángulo del jardín que da sobre un acantilado.)* Con tirarte de cabeza al mar, quedan cumplidos tus deseos. Pero, qué... ¡Ja! ¡ja! Ya sabemos lo que significan esos desahogos...

TULA. —*(Con desesperación.)* ¿Lo que significan?... Eso lo vais a ver... ¡Adiós! ¡Adiós, todos!

(Corre desatinada hacia el mar. La siguen todos, asustados.)

LAURIA. —*(Sujetándola a duras penas en sus brazos.)* ¡Tula! ¿Estás loca?

ELENA. — ¡Si te queremos!

PACHECO. — ¡Aquí todos somos buenos amigos!

ELOÍSA. — ¡Sí, todos!

DIANA. —*(Conmovida.)* ¡Chica, perdona!...

LAURIA. — ¡Vamos a ver si esto termina con una nota alegre! ¡Qué diablo! ¡Vivir es reír! Tula, Claverol es un traidor, tienes razón; y Diana, ya lo ves, no lo es menos... ¿Y qué nos importa? ¿Vas a matarte por eso? ¿No estoy yo loco por ti? ¿Tan poco valgo?... ¡Este es mi primer beso! *(Forcejea con ella y la besa.)*

Aplausos y aclamaciones.)

LAURIA. —*(Levantando a Tula en brazos.)* ¡Ya es mía!... ¡Ay del que se atreva a enojarla!... ¡Paso! ¡Al cenador!... ¡Traed flores! ¡Llenad vuestras copas y bebed a nuestra salud!... ¡Hoy son nuestras bodas!

(Se dirige al cenador, llevando en brazos a Tula, que ríe estrepitosamente. Los demás los siguen gritando alborozados.)

ANGELES VICENTE

DIBUJOS DE MACAYA

Especialidades de la Casa América

GUITARRAS VALENCIANAS LEGITIMAS

Nuestra gran oferta Reclame para dar a conocer su calidad insuperable,

por sólo $ 39.— remitimos con método América y embalaje gratis esta regia guitarra valenciana, construída en madera extrafina de nogal de los Pirineos, cuádruple filete alrededor de la tapa armónica, voces inmejorables. Otros modelos de guitarras Españolas, Nacionales e Italianas desde $ **9.50** hasta pesos **500.**— Solicite catálogo N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

CUERDAS ARMONICAS PARA GUITARRA

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá que nuestras cuerdas dan doble valor al instrumento. Oferta extraordinaria. Con porte pago.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada» con bordonas de seda amarilla a $ **2.70**
Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla» con bordonas de seda violeta, a.. $ **3.60**
Encordado Tripa Romana «Concertola» con bordonas de seda violeta, a.......... $ **4.20**
Por los tres encordados juntos cobramos solamente.............................. $ **10.—**

PORTE PAGO A CUALQUIER PUNTO DE LA REPUBLICA

VIOLINES FINOS MODELOS "STRADIVARIUS" fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. — Violín tipo «Conservatorio» completo, con estuche arco y pez.. $ **33.—**
N.º 4101 bis. — Violín de «Orquesta» completo, con estuche, arco y pez.. $ **38.—**
N.º 4102 bis. — Violín de «Salón» completo, con estuche, arco y pez.. $ **45.50**
N.º 4103 bis. — Violín de «Gran orquesta» completo, con estuche, arco y pez.................................. $ **53.—**

Otros modelos desde $ 25.— hasta $ 2.500. Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio $ **1.90**
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata................ $ **2.60**
Encordado **"Concertola"** de gran concierto, 4.ª de plata........... $ **3.40**
Comprando los tres encordados en una sola vez .... $ **7.50**

ACORDEONES FINOS

N.º 6012.—**Acordeón América** de 8 bajos, voces fuertes y vibrantes, con método para aprender **sin** maestro y embalaje **gratis.** $ **21.—**
N.º 6014. — **Acordeón América** de 8 bajos y 19 voces, sonido fuerte y melodioso, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis, a ....$ **26.—**
N.º 6015.—**Acordeón Piemonte,** 8 bajos y 19 voces de acero. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis. $ **30.—**
N.º 6017.—**Acordeón Piemonte,** 8 bajos y 21 voces de acero finísimo. Con método para aprender sin maestro y embalaje gratis $ **67.50**

Grandioso surtido de Acordeones de todo sistema y Bandoneones a precios de verdadera Reclame. Solicite Catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

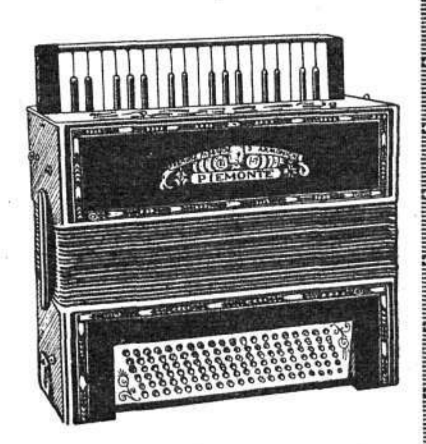
ACORDEONES A PIANO

de la afamada marca PIEMONTE

Construcción superior, voces de acero, finísimos modelos de STRADELLA Ofertas extraordinarias por tiempo limitado:

N.º 6035. —36 bajos y 34 voces, teclado a botones, a........ $ 160.—
N.º 6036. — 48 bajos y 34 voces, teclado a botones .... $ 180.—
N.º 6037.—36 bajos y 34 voces, teclado a piano............. $ 170.—
N.º 6038. — 48 bajos y 34 voces, teclado a piano........... $ 185.—
N.º 6040. — 60 bajos y 34 voces, teclado a piano........... $ 200.—
N.º 6039. — 80 bajos y 34 voces, teclado a piano........... $ 225.—
N.º 6041. — 120 bajos y 34 voces, teclado a piano........... $ 265.—

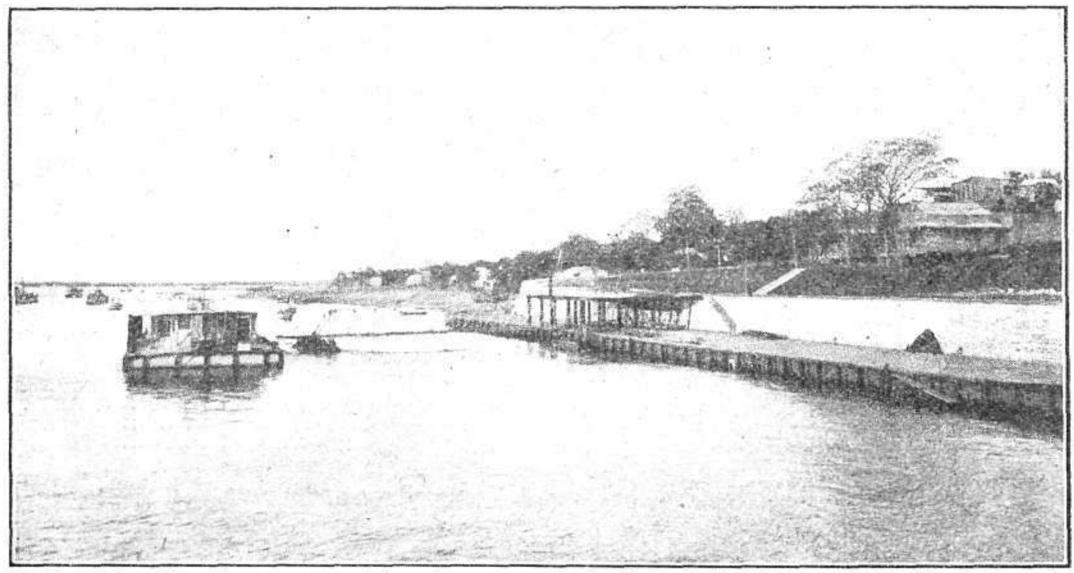
Con cada Acordeón a Piano regalamos un sólido Estuche Valija.



CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

De Corrientes



BELLA VISTA. — Vista del nuevo puerto, próximo a inaugurarse, y que ha sido construído bajo la acertada dirección del Ing. Canale.

EL CAMINO CON RELACIÓN AL FERROCARRIL

Existe una íntima relación entre toda red ferroviaria y su complementación la red de caminos; relación no solamente topográfica, sino económica. El camino aporta al ferrocarril la cantidad de carga que su ley económica le asigna para vivir. Y así como los últimos filamentos capilares de las raíces de un árbol buscan en la profundidad de la tierra la molécula de agua que necesita para la circulación de su savia, así el camino de acceso debe ir a buscar y enlazar la región productora para que el ferrocarril incorpore sus productos de carga y tráfico que es la circulación y la savia que lo vivifica.

Tanto como las locomotoras el ferrocarril precisa de caminos de acceso, y así estos deben estar trazados en manera que llenen su misión.

Cuanto más extensa es una red de ferrocarril más necesita caminos, sin los cuales llevan una vida precaria.

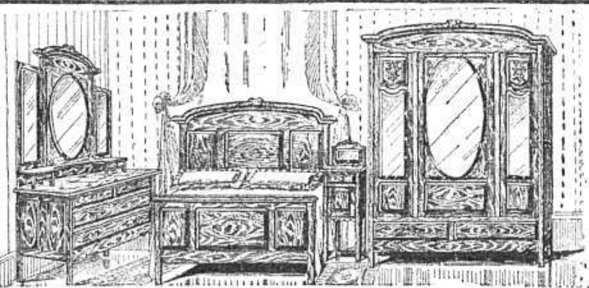


CORRIENTES 1172-80

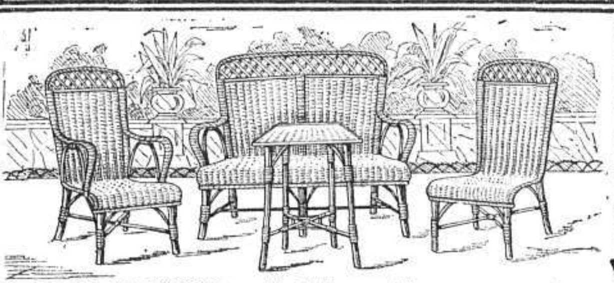
BUENOS - AIRES

Extraordinarias rebajas de precios..

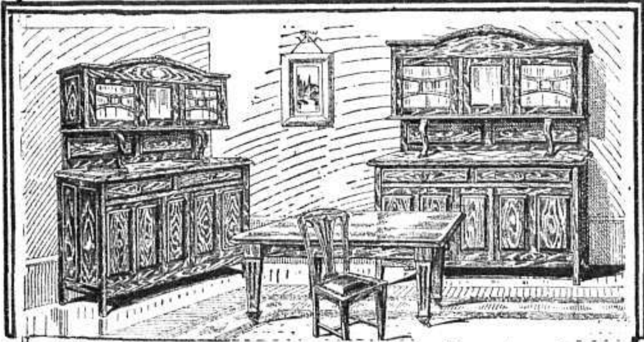
La construcción de nuestros locales de venta nos obliga a reducir nuestro stock de MUEBLES; por cuyo motivo ofrecemos fuertes descuentos sobre los precios indicados en nuestro reciente catálogo general, edición Nº 9.



JUEGO DE DORMITORIO, formato 3 cuerpos, en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce, lunas biseladas. Compuesto de: 1 ropero 3 puertas, división en un costado, 1 «toilette», cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama matrimonial con elástico patentado, percha y toallero. Juego completo, **precio de oportunidad**.................................. $ **380.-**



JUEGO DE MIMBRE modelo 1401, especial para campo; reforzado, en color natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa. El juego completo, precio de reclame....................................... $ **38.-**



JUEGO DE COMEDOR, amplio formato, en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles color seleccionados, herrajes y aplicaciones de bronce, cristales y lunas biseladas. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas, 1 mesa con tabla de agregar. Completo, **precio de oportunidad** pesos **375.—**. Las dos piezas solamente.......... $ **265.-**

Para el interior embalaje y acarreo gratis.

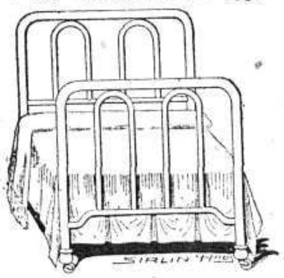


GUARDARROPA en nogalina maciza, imitación roble, puertas corredizas, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms., ancho 143 ctms. **Precio de gran reclame**.... $ **85.-**



HELADERA importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración; tamaños:

N.º 303 - 105 × 54 × 37 .	$	**75.—**
» 304 - 107 × 58 × 42 .	$	**85.—**
» 305 - 110 × 60 × 44 .	$	**115.—**

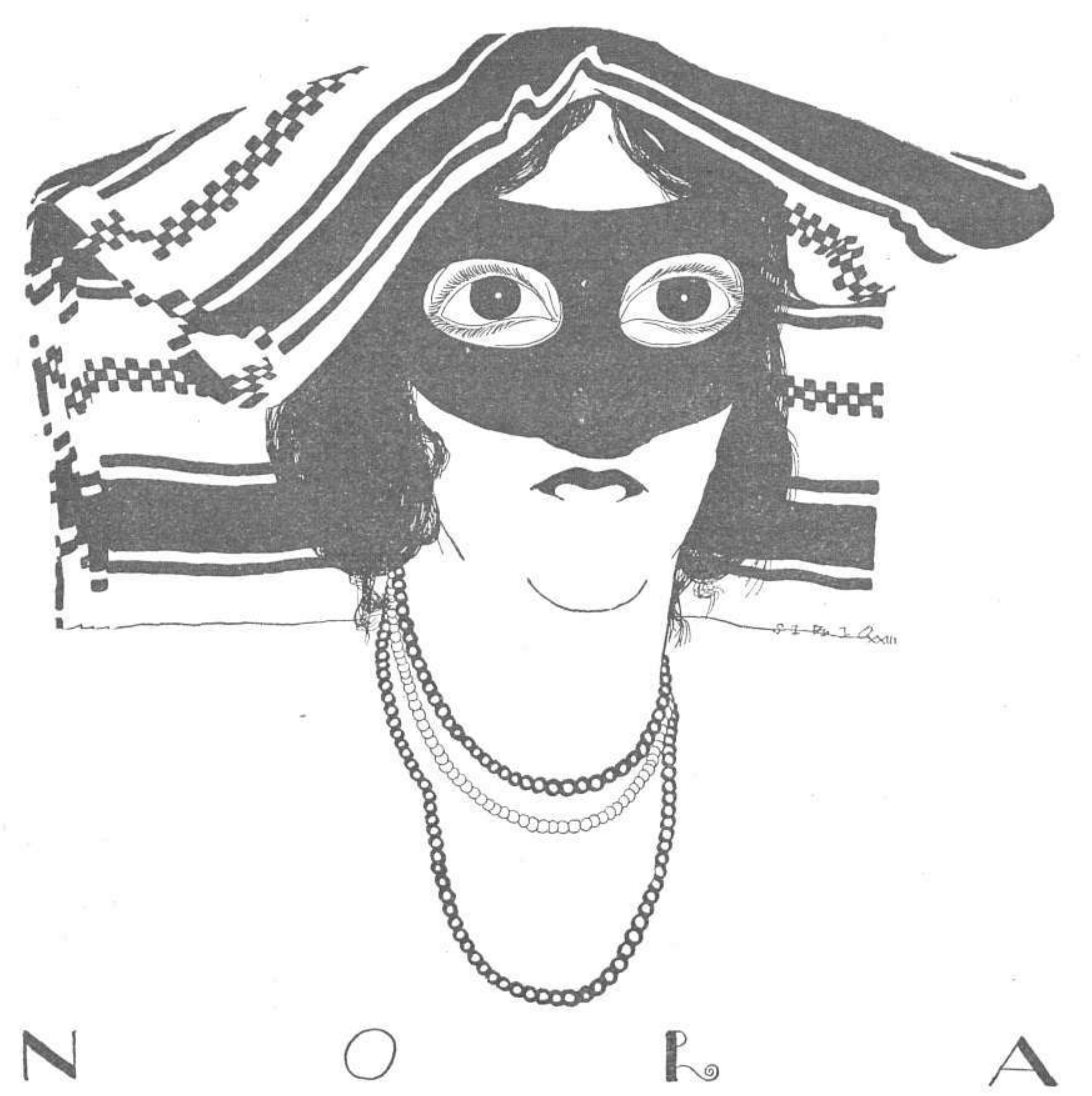


CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, toda en hierro; 2 plazas, $ **45.—**; 1½ plazas, pesos 35.—, y 1 plaza......... $ **25.-**

Catálogos

- General de MUEBLES edic. Nº 9
- CAMAS de BRONCE " " Nº 2
- CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
- JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3.

Solicite catálogo del artículo que le interese.



N O R A

Fué en el baile de la Opera.

No le dije nada. Porque yo no sé decir nada a las mujeres que no conozco. Ahora, en cuanto las conozco, ya es otra cosa: las evito hasta el decir qué bueno. Pero, en cambio, parece que sé mirarlas. Cuando me gustan, las miro profunda y ardientemente. Todo lo que no se me va en palabras vanas, en sonrisas donjuanescas o en actitudes de duque disfrazado, lo pongo en fuerza y en flúido al mirarlas con mis ojos claros, descoloridos; estos ojos fríos, de los que, hace diez años, me decía mi mujer que eran una terrible trampa armada por la hipocresía de mi timidez, una extraña timidez que me ha acompañado siempre en todas mis audacias, tal vez como el miedo acompaña a los actos heroicos.

Hablo así de mis ojos para explicar de algún modo el hecho inaudito de que Nora, al sentirse contemplada por mí, me sonriese por debajo de su negro antifaz de terciopelo.

Sí; me sonrió de una manera distinta a como suele sonreir una daifa vulgar de las que no saben cuidar la verosimilitud de un alto precio.

Su sonrisa, ilustrada por un leve temblor de su barbilla perfecta, parecía tan sólo decirme: «No se asombre de hallarme aquí, he venido por curiosidad, por casualidad, por capricho, qué sé yo, por cualquier cosa menos por necesidad o por costumbre».

Una sonrisa de mujer elegante, así, tan de cerca, tan directa y tan franca, acompañada de una mirada abierta y brillante, es mucho más que un «¡Adelante, caballero!»

No vacilé un punto.

—¿Una copa de champagne, mascarita?

—De champagne o de agua; tengo sed. Y tomó mi brazo.

En verdad que tenía sed. Iba ya por la sexta copa de Pommery cuando le pregunté, echando una rápida ojeada a su disfraz, si en realidad sabía bailar la tarantela.

—¿Es que quiere usted que la baile?... Tengo unos extraños deseos de bailar... Oh, la espuma de este vino me trae la tristeza desgarrada de otros tiempos... Nunca bebí el champagne sino en momentos de angustia...

Se rió alegremente mientras me ganaba la mano y se escanciaba la séptima.

Luego, como mirando lejos, dijo:

—Si la bailo voy a dejarlo triste... Mire usted; yo bailo la tarantela horriblemente...

—¿Horriblemente mal?

—Como una calabresa antes de suicidarse o para pedir el perdón de su amante condenado a muerte.

—Entonces, horriblemente bien. Vamos a verlo.

Yo quería bromear, pero estaba sintiendo que una helada seriedad interior me cristalizaba la médula y me llenaba de bruma la cabeza.

Tomó la pandereta con gesto rapaz y se irguió arrogante, con la arrogancia de sus veinticinco años gloriosos.

— Estamos solos en el reservado. ¿Por qué no se quita el antifaz?

— No... ¿Qué importa el rostro de una mujer de cuarenta años?

— ¡Cuarenta!

— Sí, cuarenta. ¿No es mejor que usted se figure otra cosa? Además, a cara descubierta no bailaría la tarantela que a mí me gusta bailar...

Y tras una ligera pausa, agregó, con la voz densamente empañada:

— ...Como yo necesito bailarla.

— Pues bien; baile usted.

Y me recogí en mi alma con una intensa expectativa extraña de cosas de ultratumba, al tiempo que me sentaba al piano.

¿Tendré que deciros que aquella tarantela era la misma que en el segundo acto de la obra de Ibsen baila Nora, la Nora de «Casa de Muñeca»?

Toda la emoción de la terrible escena vino a mí. Vino a mí hasta el paroxismo. Me puse en pie, y grité:

— ¡Nora!

Jadeante, se desplomó en el canapé, y exclamó asombrada:

— ¡Nora!... Sí, me llamo Nora. ¿Cómo lo sabe usted?

Y entonces, como virgen a la que arrebatan brutalmente sus cendales, tuvo una crisis de llanto histérico, a la que siguió un hipo nervioso.

Bebióse de un solo trago, ansiosamente, el champagne que le tendí, y con las manos sobre el pecho palpitante, fué recobrando la serenidad.

Me parecía vivir una aventura de Hoffmann. Un rato después le preguntaba, cauteloso, si conocía a Ibsen.

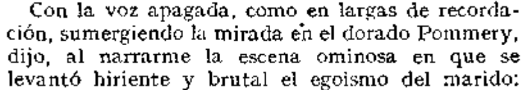
— ¿Ibsen?... ¿Ibsen? — dijo vagueando los ojos como quien hace memoria. — Creo que es una relación de mi marido. ¿No es un banquero catalán?

Esta preciosa respuesta expulsó los fantasmas del reservado y me devolvió mi personalidad cotidiana.

Me contó su historia.

Vosotros sabéis que a mí las mujeres siempre me cuentan su historia. La historia de ellas es siempre la historia del hombre, monótona, estúpida, chata. Los detalles es lo más grande que hay en ellas, pero las mujeres no se paran en detalles, van al hecho, hacen un resumen cruel, y después dicen invariablemente: «Dame un beso» o «Dame otra copa».

Pero esta vez, si bien ella me pidió una copa más, no me hizo un relato insignificante. Me contó la historia de Nora, de la Nora de Ibsen; con una sola variante, más humana, más terriblemente humana que la del tendencioso drama conocido. No había firmado un documento ejecutivo a espaldas del marido y falsificado una firma. Había dejado el rastro imprudente de unas líneas, escritas con angustia y desesperación, que probaban haberse arrojado en los brazos de un viejo y poderoso fauno para sacar de ellos la salvación del esposo, de los hijos, de la familia entera, en el borde mismo de la muerte, de la ruina, del hambre, de la ignominia.



Con la voz apagada, como en largas de recordación, sumergiendo la mirada en el dorado Pommery, dijo, al narrarme la escena ominosa en que se levantó hiriente y brutal el egoísmo del marido:

— Comprendí que todo se había acabado para mí en aquella casa cuando le oí decir: «Me salvaste la vida para darme ahora esta muerte vil, la caída de una alta posición apenas llegado a ella; la vergüenza de que otros sepan en qué clase de barro se asienta mi honor de hoy»

Ah, sí, eso dijo: «que otros sepan», «que otros sepan»... ¡Ya no podía yo seguir siendo la educadora de mis hijos, porque había preferido la vida de ellos al honor, esa cosa fría, horrible y devoradora que se llama el honor de los egoístas y de los débiles; ya era yo peor que una demente, ya era yo misma un estigma para los mismos para quienes había vivido aquella larga agonía que había sido mi existencia desde que impedí a mi costa la miseria y la orfandad de mis hijos!... Y salí del hogar que ya no era el mío, donde no era sino una muñeca!

— ¿Y aprendió usted algo? — le pregunté mientras llenaba otra vez su copa y un poco irónico sin poderlo remediar.

— ¡Oh, sí, sí!; he aprendido que eso que llaman ustedes el honor de una mujer es imposible en el mundo; que para nosotras no hay más libertad que la de deshonrarse; ¡que el precio de nuestro pan y de nuestra libertad es el deshonor!... He aprendido que no hay más camino que el que ustedes quieran abrirnos y por lo que quieran cobrarnos... ¡Oh, siempre en la misma moneda! ¡Siempre en la misma moneda sobredorada de amor!... ¡Qué asco! ¡Qué asco!

— ¿Entonces está usted arrepentida de haber dado aquel portazo a su hogar?

— ¡Oh, lo estoy, y cómo! Muy tarde, pero ahora lo sé. La mujer no debe esperar ser amada como ella sueña. Debe bastarle amar y sufrir en su pequeño mundo... aun en calidad de alfombra para su hombre y para sus hijos. Porque, de todos modos, en la calle, en eso que llaman la libertad, la mentida independencia, será el barro de los demás hombres y de los hijos de las otras.

Sonreí, y un poco avergonzado de sentirme conmovido, le dije:

— Pero usted se consuela entretanto, yendo al baile.

— Es verdad... Voy a todos los bailes... que va mi hijo. Es donde mejor puedo verlo y contemplarlo.

Se quedó como trascordada, y musitó, al romper a llorar:

— ¡Ya tiene veinte años! Hijo mío... ¡Ya es malo también!



Celebramos la charla de Montalván.

— ¡Bravo, Montalván! Te has dado el gusto de levantar el telón donde el genio de Ibsen lo baja, para destruír el feminismo sentimental. Pero — y nos echamos malvadamente a reír — fué, esa, para ti una noche casta... suponemos.

— Una noche casta que me costó ochenta pesos de Pommery... y un tesoro de emoción estúpidamente reprimida.

Y, levantándose, desdeñoso, agregó:

— Os digo que es una cosa estúpida ser «hombre de mundo.»

LUIS DE VILLALOBOS

De San Luis

JUSTO DARACT. — Señoras y señoritas que integran la "Comisión de Festejos", de la cual es presidenta la Señora Deyanis y vice la señora Artigoya de Diaz, y que han obtenido el aplauso general, por el éxito con que se desempeñan.



Concurrentes al festival realizado en esta localidad, en honor de las señoras y señoritas antes citadas


PRODUCTOS
CALIDAD
Armour
Manjares
de sabor delicioso
Satisfaga Vd. su paladar con el delicado y exquisito sabor de las comidas preparadas con las excelentes
Grasa de Vaca
OLEOMARGARINA
y Grasa de Cerdo pura
Marca ESCUDO
Las buenas amas de casa prefieren estas grasas por su escrupulosa elaboración, por su PUREZA y ALTA CALIDAD y por la notable ECONOMIA que su uso significa.
Los asados, guisos y frituras de toda clase, así como los postres preparados con estas insuperables grasas, resultan riquísimos, nutritivos y sanos.
SI USTED LAS PRUEBA UNA VEZ
LAS ADOPTARA PARA SIEMPRE
En venta en todos los buenos Almacenes.
EXTRA-FINA
"MARCA ESCUDO"
GRASA DE CERDO
PURA
FRIGORIFICO ARMOUR
DE LA PLATA S.A.
SECCIÓN VENTAS: Ing. HUERGO esq. HUMBERTO I. - Bs. Aires.

SARRASQUETA Y SUS VISITAS



Visita de etiqueta.



Visita de confianza.



Visita agresiva.



Visita encantadora.



Visita inoportuna.



Visita peligrosa.



Visita odiosa.



Visita intempestiva.



La última visita.

DIBUJOS DE REDONDO

CRONICA GRAFICA POLICIAL

Identificación de tres hábiles estafadores



Luis Cámera o Bianchetti.

Dos establecimientos bancarios, uno en Nueva York y otro de Londres, participaron a nuestra policía haber sido estafados, con giros alterados, por personas que exhibieron pasaportes visados por el cónsul norteamericano *en ésta*; resultando ser tres sujetos que se habían embarcado en el Western World y de los que, con certero instinto, sospechara la Sección Defraudaciones y Estafas, consistiendo lo robado en un giro de 10 libras hecho efectivo por 10.000, sobre Londres, y el otro extendido por 2 y cobrado por 2.000, habiendo sido detenidos los malhechores en el Departamento de Inmigración neoyorquino.



Augusto Lofredo Fois.



Colombi, Hámilton o Pagliari.

Tentativa de estafa con cheques lavados



Manuel López.

A primeros de este mes se presentaron dos sujetos ante la ventanilla de pagos del Banco Español del Río de la Plata, sucursal en 9 de Julio, pretendiendo cobrar un cheque firmado por el señor Enrique Díaz que, habiendo sido cubierto originariamente por 1.680 $, fué después alterado hasta la suma de 5.680 $, lo que sin duda les pareció fácil por tratarse de la modificación de un solo guarismo y de algunas letras; pero, descubiertos sus propósitos, fueron detenidos ambos y luego otros malhechores que resultaron cómplices en el intento de defraudación, captura que se realizó por empleados de la sección Defraudaciones y Estafas en el citado pueblo, todos los cuales fueron conducidos a esta capital para responder de su delito.



Humberto Laperuta.



Alfredo Arellano.



Vicente Jannacci.



Nicolás Giordano.



Francisco de Biase, prófugo.

Un padre desnaturalizado



Lucio Vetrisano.

Cosme Vetrisano.

Un padre desalmado, carente de los más elementales sentimientos bondadosos, maltrataba con rudos golpes y largas encerronas a un hijo, una infeliz criatura de 7 años, hasta que intervinieron las autoridades, que ahora le siguen proceso.

Defraudación y suicidio

Mayer Arnof o Harry Wolf.

Dejando una carta escrita al Directorio de la Junta de Navegación de los Estados Unidos en la que se confesaba único autor del desfalco de 400.000 pesos, y de la que era contador general, se suicidó en el bosque de Palermo el señor Jacobo Mayer Arnof, hijo, al parecer, de un millonario, algodonero yanqui, aunque, sin duda ansioso de ocultar su mala acción y su triste fin a su familia, el suicida firmó dos documentos asegurando llamarse Harry Wolf y explicando que Arnof, su amigo, había muerto ahogado accidentalmente en el río Paraná, incautándose de sus papeles y haciéndose pasar por él dado su parecido físico.

De Entre Rios



ROSARIO TALA. — Desfile de las tropas de la 3.ª División del Ejército, que tomaron parte en las maniobras militares, realizadas en este departamento.

SENTÍ QUE VEÍA TU CARA...

Sentí que veía tu cara, y eché mi barca en la obscuridad.

La mañana, ahora, raya sonriendo, y están abiertas las flores de primavera.

Pero, aunque la luz falle y se mustien las flores, yo seguiré navegando y navegando.

Cuando me hiciste señas callando, el mundo dormía, y la sombra estaba desnuda.

Ahora repican las campanas, y mi barca está cargada de oro.

Pero, aunque se callen las campanas y mi barca se quede vacía, yo seguiré navegando y navegando.

Unas barcas se fueron ya y otras no están aparejadas todavía; yo no me entretendré.

¡Mira las velas llenas, los pájaros que vienen de la otra playa!

Pero, aunque las velas se aflojen, aunque se pierda el mensaje de la otra orilla, yo seguiré navegando y navegando.

Siempre hay una sombra en nuestro sol — dice Carlyle; — y ésta es la sombra de nosotros mismos.

— Al mandar a los otros, procura dominarte a ti mismo.

— Sin trabajo no hay provecho: sírvete pues, de tus manos, aunque seas rico. — FRANKLIN.

Los hombres favorecidos por la fortuna son, por regla general, insolentes. — *Publio Siro.*

El futuro de su rostro
depende del cuidado que emplee en su conservación.

EL POLVO GRASOSO

Brissac.

por su excelente preparación y esmerada selección de sus componentes lo hacen el primero entre los primeros.

Uselo constantemente y nos agradecerá.

$ 1.40 la caja

L. AUBERT Y CÍA.

JORGE NEWBERY, 3443 - 65
UNIÓN TELEF. 2045, BELGRANO

Pídalo en las principales Tiendas, Farmacias y Perfumerías.



COLORANTE IDEAL

En todas las Farmacias

se vende a $ 0.80 la pastilla en todos los colores de moda.



En la edad del desarrollo

es conveniente tonificar el organismo en general con

DINAMOFERRIN

FLINDT

de acción siempre eficaz.

NO ADMITA SUSTITUTOS

$ 3.20
En todas las farmacias.

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro; "Las enfermedades más comunes".

UNICO DEPOSITARIO:

DROGUERIA AMERICANA

BMÉ. MITRE, 2176 BUENOS AIRES

Necrología


Señorita Pacífica Vacas.—General Lamadrid.


Señora Paula N. de Monga.—San Isidro.


Señorita Clementina del Arco Trueba.—Rosario.


Señora Mónica Aliendro de Martínez.—Victoria.


Señor Nicolás Roseti. - Capital.


Señor Narciso Noceda.—Capital.


Ingeniero Carlos Wanters.—Capital.


Señor Orlando Vago.—Lanús

"ALMA DESNUDA"

— ¿Si no conozco la desnudez de mi alma? La conozco, y por eso vivo alto en orgullo. Alma desnuda como la verdad, como el amor. Todo lo puro, limpio, legítimo, es desnudo. La verdad, desnuda, acabo de decirlo; el amor, desnudo. Los ángeles desnudos vuelan por el aire en sus veloces alas. El agua del amr, cristalina y transparente, es desnuda; el charco inmundo, sin movimiento, renovación ni ventilación, está vestido de yerbas malsanas, lagunas venenosas, y telas verdes y nauseabundas.

Los árboles superiores, los admirables, son desnudos: su cuerpo, limpio, se levanta en medio de la selva, y en su cumbre se sientan las aves del paraíso. Los arbustos vestidos de musgos y parásitos, no son los señores de los montes ni de los jardines.

JUAN MONTALVO.



UNA MUJER DE SU CASA

POR CAROLA PROPPERI

TRADUCIDO PARA "CARAS Y CARETAS" POR LUCIANO QUIRNO

Puede que tengan razón los otros cuando dicen que si todo en nuestra casa se ha echado a rodar, la culpa es mía. No quiero defenderme ni tampoco puedo callar; quiero demostrar a lo menos que he tratado siempre de evitar el abismo que nos ha separado; que he resistido con todas mis débiles fuerzas. Por ejemplo; a la tarde, cuando me ponía a preparar la comida, encerrábame en la cocina y abría la ventana para desalojar aquél terrible olor a guisado que hacía palidecer a mi marido de rabia y de disgusto no bien entraba en el hogar.

¡Pero nuestro alojamiento era tan pequeño! Aquél terrible olor, yo no se cómo, llenaba la casa, extendíase por todas partes, como si las paredes estuviesen impregnadas de él... Pablo colgaba el sobretodo y el sombrero en la percha y entretanto me gritaba con voz áspera:

— ¿No podrías tener la ventana abierta, María?

—¿Y cómo se hace para tener siempre abierta la ventana, en invierno, si los niños son delicados, pueden tomar la tos y aun enfermarse gravemente? Pablo no quería oirlos toser, y cuando alguno de ellos estaba enfermo, se hacía preparar la cama sobre la otomana del escritorio y allí se metía, tapándose hasta las orejas; allí hallaba su refugio. Era aquélla una piecita de cuatro palmos de largo, un verdadero agujero, con una mesa, algunas sillas, la biblioteca y la otomana; pero podía estar solo sin inquietarse cuanto tiempo quisiera con sus libros y sus cartapacios de estudiante, los que le servían para estudiar con miras a un nuevo ascenso en su carrera de empleado gubernativo. Pero no estudiaba, y los ascensos no llegaban nunca.

«Estoy segura de que, en vez de estudiar cuando estaba allí dentro, permanecía meditando con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en la mesa, o sino miraba el patio pequeño y sucio con la frente pegada a los vidrios y la cara rabiosa. Al menos, nadie lo fastidiaba entonces, según él decía. Los niños no pasaban siquiera por delante de esa puerta, temerosos de molestar al papá, y en cuanto a mí, no entraba en el escritorio más que para sacudirlo y ordenarlo, por la mañana, cuando Pablo se encontraba en la oficina. Aunque yo entraba también otras veces, en ocasiones muy angustiosas. Hallaba cualquier excusa: llevarle una carta llegada en ese instante, presentarle la muestra de un trajecito para los niños; luego, cuando había entrado, después de un momento de espasmo silencioso, bajaba los ojos y le preguntaba si podía darme «algo». «Algo» era dinero.

«Levantaba él siempre la cabeza violentamente y golpeaba la mesa con el puño. Pálido de cólera, mirábame fijamente, tratando de contenerse, pero el odio temblaba en su voz.

— ¡Querría saber yo que es lo que haces con la plata!

— Cree, Pablo...

«Lanzábame entonces en una complicada enumeración sobre los artículos de primera necesidad que cada mañana debía comprar y que importaban tantas y tantas liras; pero él no me escuchaba; miraba la mesa y alzaba los hombros cuando había concluído yo de hablar.

— ¡Quisiera saber, sí, qué haces! Si al menos se comiese mejor; si los chicos anduvieran vestidos de otro modo, si tú...

«En verdad; no andaba yo nunca bien vestida. Cosía de tarde en tarde un traje para mí, y cuando iba a comprar el género tenía buen cuidado de elegir uno que costase poco y fuese de un color indeciso, gris o marrón, uno de esos colores apagados de las telas baratas, que se pueden teñir siempre cuando están gastados. Bien sabía yo que Pablo hubiera querido a su lado una mujer vestida de rosa y de azul, lindamente peinada y con las manos enjoyadas; niños de cabellos rizados y vestidos de blanco; una preciosa mesa chispeante, con flores y platería. En cambio, es necesario convenir en que todo era feo en nuestra habitación: el comedor muy chico, de techo bajo, la tapicería usada, la mesa mísera, con el mantel manchado siempre; los niños con delantales remendados, yo con mi vestido fuera de moda. La única cosa bonita en nuestro hogar era él, Pablo, quien parecía siempre joven, con su cabeza morena, la cara afeitada con esmero, el traje cepillado y sin una mancha, pues jamás los niños hubieran osado saltarle encima. ¡Oh, no! No había flores en nuestra casa, y todo, fuera de Pablo, resultaba allí feo, casi innoble. Pero ¿qué queréis que hiciera yo? Todas las bellezas de la vida cuestan enormemente. Luchaba de continuo, de la mañana a la noche, para que el escaso dinero bastase a las necesidades domésticas; caminaba una hora entera, a veces, cuando quería economizar unos centavos, regateaba pacientemente con los proveedores, que me miraban todos de reojo, y cuando estaba en casa no pensaba sino en una cosa: economizar, economizar, economizar... Creo que ha sido ese pensamiento atormentador, obstinado y fijo, el que me ha alargado y consumido y puesto lívida la cara, estirando mis facciones y apagándome la luz de los ojos. Era un pensamiento que me chupaba la sangre como un vampiro.

— Pero ¿por qué tienes esa cara?... — preguntábame alguna vez mi marido bruscamente.

«Y yo comprendía entonces hasta dónde excitaba sus nervios mi expresión extraviada.

— ¡Dios mío! ¡Si a lo menos, cuando vuelvo a casa, viera a mi alrededor algún rostro alegre! ¿Cómo podría nadie encontrarse bien aquí?

Quedábase lo menos posible, y si se veía obligado

a permanecer porque no tenía el dinero necesario para ir al café, sobreveníanle ciertos estallidos de rabia y de furor que me desgarraban.

— ¿Qué vida es ésta? — decía sacudiendo violentamente la cabeza y apretándose las sienes.— ¿Será posible que haya todo concluído para mí? ¿Qué destino maldito es el mío?

«Hablaba siempre de «su» destino, no del «nuestro», y no me escuchaba siquiera cuando trataba de consolarlo, diciéndole que un ascenso no podía tardar mucho; que los niños hallábanse ahora bastante bien y que, con el tiempo, podríamos cambiar de casa. No me escuchaba; callaba, absorto, más yo sentía que pensaba en el pasado y se preguntaba con desesperación: — ¿Por qué he torcido mi camino? ¿Por qué me casé? O a lo menos ¿por qué no lo hice con otra mujer más rica, más linda que ésta?

«Y ese pensamiento, que yo adivinaba muy bien, era el más grande dolor que podía yo sentir. Admitía, y demasiado, que pudiera él rebelarse contra nuestra mediocridad presente, pero ¿por qué renegar del pasado? El me había, sin embargo, amado, y no era yo, por aquél entonces, tan desdeñable como ahora. Sin ser una belleza aparatosa, era bonita, graciosa y fresca, y no había sido él el primero en enamorarse de mí. Y luego ¿lo había yo engañado acaso? Era como era, con una pequeñísima dote y mucha virtud casera. Lo amaba y me sentía feliz de vivir con él y de consagrarle toda mi existencia. Habíale yo dado todo, y ahora que la pequeña dote se esfumara y la belleza desvanecido, comprendía que todas mis otras virtudes lo irritaban; que la fidelidad, la dulzura y la paciencia no tenían ya ningún valor para él... Mas, decidme, decidme vosotros: ¿qué más podría haber hecho yo?

Con todo eso, habríamos seguido adelante lo mismo, arrastrando la vida juntos hasta la vejez, si *ella* no hubiese venido a casa para abrirnos el abismo bajo los pies. *Ella* era una parienta suya lejana, una muchacha de provincia, llegada a Turín para tomar lecciones de dibujo. Las lecciones eran un pretexto; la muchacha, de familia acomodada, quería vivir en la ciudad y lejos de la casa paterna. Los padres dirigíanla a nosotros pidiéndonos que la hospedáramos mediante el pago de una modesta pensión. Pablo comenzó por protestar estrepitosamente, porque no quería a aquella paisana en casa, como él decía; pero cuando la muchacha llegó, aquietóse en seguida y hasta dispuso que su escritorio se transformara en una habitación para la huésped. Era ésta una joven vivaz y morena, con ojos negros, la boca ancha y roja, la voz retumbante. Al principio no lo noté, pero después me apercibí de que su belleza tenía algo de provocante y de malvado, que en toda su persona, en su elegancia, en el perfume penetrante que exhalaba, en la manera de peinar sus relucientes rizos negros y, en fin, en la mirada demasiado brillante, había algo que me mortificaba a mí. En la mirada sobre todo. Tenía un modo especial de mirar cuando bajaba voluptuosamente las pestañas para hablar con mi marido, y tenía otro muy diverso cuando fijaba sus frías y burlonas pupilas en mí, mujer humilde y honesta... También a mis niños mirábalos así, con frialdad y con mofa, y yo comprendía que les hubiese pegado si pudiese hacerlo; tanto le disgustaban. En el acto se aprestó a aplastarme. Venía a la mesa con blusa escotada y un ramo de flores en la ciuntura, diciendo que la blusa le había costado pocas liras y las flores algunos centavos. Exponía sobre la mesa sus manos blancas de ociosa y hacía sonar los brazaletes de sus puños, afirmando que, antes de ensuciarse las manos en la cocina, ayunaría. Decía que había velado casi toda la noche, dibujando, pero que las vigilias no dejaban en ella la menor palidez. No era una mujer frágil, ¡oh, no! Cada palabra salida de su boca era una mentira, y mi marido bebía esas mentiras con la avidez de un sediento que ha acercado la boca al borde de una copa llena. Embriagóse tanto, que hasta sus ojos volviéronse lucientes, fríos y malvados como los de ella. Y yo callaba. Una vez ella dijo sin mirarme:

— ¡Para que una mujer tenga el derecho de ser amada por su marido, necesita ser una amante para él!

«Incliné la cabeza y callé, pensando que una mujer marchita como yo, que ha amamantado tres hijos, que ha pasado innumerables noches a su cabecera, que ha sostenido cada día una lucha contra todas las necesidades, no puede ser ya una amante para un marido hermoso como el mío. ¿No tenía entonces el derecho de ser amada? Y callaba... Callaba también cuando mi marido decía:

— ¡Eh! Cuando se tiene tu buen gusto, Clotilde! ¡Cuando se tiene tu edad! ¡Cuando se tiene tu salud... tu frescura!...

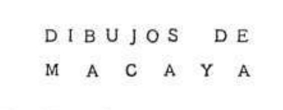
«Callaba, porque tenía miedo; yo, débil y fea, de ellos, que eran fuertes y bellos. Temía verme, a una palabra mía, envilecida para siempre, vilipendiada, abandonada...



«Fuí abandonada lo mismo... Una noche no volvieron ni el uno ni la otra, y yo me eché a temblar en una silla, mientras Olga, mi niña mayor, una flacucha inteligente y melancólica, calentaba la leche para sus hermanitos que lloriqueaban asustados, prendidos de mi pollera. No recuerdo bien lo que sucedió en esa época, ni cuánto tiempo permanecí temblando en aquella silla. Sólo recuerdo que vinieron parientes, parientes de él, sentáronse graves, solemnes y severos, y echaron sobre mí la culpa. ¿De qué cosa? No lo sé. De ser tan humilde tal vez, de ser tan resignada y marchita y mal puesta, y tan honesta y económica, ya que también ellos me dijeron que una mujer debe siempre dominar al propio marido, ser para él una amante y retenerlo no tan sólo con la virtud, sino con los halagos. Miraba a mis chiquillos extenuados, mi vestido gastado y mis manos de criada: ¿con cuáles, con cuáles halagos queréis que lo tuviese ligado a mí? Decídmelo vosotros, ¿con cuáles?

HA vuelto. Han intervenido los parientes, los superiores de la oficina y los amigos. Y se puede perdonar (me he dado cuenta en seguida de que todos lo habían perdonado), pero no podían permitirle que prolongara esa situación. Clotilde se ha ido con otro más rico y más joven que Pablo, y Pablo ha vuelto. Ha vuelto una tarde sin dar explicaciones, un poco más pálido que antes, y ha encontrado la casa habitual con la mesa tendida, el olor a comida esparcido en todas las piezas, los niños con los delantalitos estropeados, yo en la cocina, agachada sobre el horno. Nada se ha dicho entre nosotros. El se ha sentado con la cabeza baja, con un rostro cerrado y tétrico, y ha comido en silencio. Olga ha tenido bajo sus ojos a los hermanitos y yo los serví a todos. Como antes.

«Sin embargo, no; hay algo diferente. Antes lo quería, a pesar de todo, y no sólo lo quería como se quiere a un marido joven y bello, sino que quería igualmente su alma, su carácter, sus mismas asperezas, hasta ciertas cosas brutales suyas. No sabía entonces que me fuera él tan enemigo, ni que desease tanto verme desaparecer de su vida. Ahora lo sé, lo siento, y de aquél mi amor devoto no me ha quedado más que el terrible temblor interno, un terror invencible y el intenso deseo de desaparecer para siempre. Olga se retiraría a casa de una cuñada mía, viuda y sola, que la tendría como una sirvientita, pero que acaso la tomaría cariño hasta dejarle todo lo suyo. Los dos varoncitos irían con mi suegra al campo y me olvidarían pronto. Y él... él sería libre y podría recomenzar una nueva vida. Cada día que transcurre me digo: mañana... Y cada día hago siempre las mismas cosas: el gasto, la cocina, la limpieza, el regateo con los proveedores; ayudo en sus deberes a los niños... Y cuando estoy sola, a la noche, teniendo por delante un montón de medias para zurcir, mientras los niños duermen y Pablo está fuera de casa, me repito: ¡Mañana! ¡Irme! ¡Morir!... Y no puedo, no puedo todavía... Me dejo girar como una pluma en el torbellino terrible y furioso de mi destino y espero que me haga la caridad dé arrojarme fuera de la vida. ¿Que más queréis que pueda hacer una pobre, una humilde mujer de su casa?»



CON EL PRINCIPE DE LA ORTOPEDIA: VICTORIO PUTTI

(CONTINUACIÓN)

La recepción fué del todo norteamericana:

— Pase...

En el salón de espera, diez o doce enfermos atendían el turno, así que no era el caso de perder tiempo en cumplidos.

— ¿En qué revista va usted a escribir sobre el Instituto?

— En CARAS Y CARETAS...

— ¿Quiere decir?

— «Visi e maschere».

— He sido invitado para dar unas conferencias en Buenos Aires... iré el próximo mes de mayo... ¿Qué es lo que quiere saber?

— Unos datos sobre sus métodos, sobre lo que ha comunicado al Congreso de Londres...

— Esta noche tengo que salir para Cortina d'Ampezzo. Estaré de vuelta el miércoles próximo, sin falta...

— Esperaré.

— A la misma hora, el miércoles.

El miércoles me presenté exactamente a las 14.30.

— Si pudiera explicarme algo de sus métodos... — le pregunté. — ¿Cuándo se hizo cargo usted de la dirección del establecimiento Rizzoli?

Esta segunda pregunta me pareció mi salvación, pues podía inducirlo a hablar ahorrándome el suplicio de un interrogatorio.

— El año 1912. Poco tiempo después de haberme recibido en la Facultad, Codivilla me llamó como asistente y quedé dos años en el Instituto. Luego gané el concurso para un puesto de perfeccionamiento al exterior y me fuí a Heidelberg, Berlín, Dresde, Hamburgo y Colonia. El año 1909 me nombraron vicedirector del Instituto Rizzoli y después de un año conseguí una libre docencia de ortopedia. Publiqué un trabajo que despertó bastante interés en el mundo científico: «Deformidades congénitas de la columna vertebral» y sostuve que el origen de la deformidad de la columna vertebral había que encontrarla en la estructura primitiva de la vértebra.

El año 1911 fuí incluído en la terna, en el Concurso para la Cátedra de Ortopedia de Roma, y un año después, llamado por la Facultad médica de Bolonia, tomaba la dirección del Intituto.

— ¿Y durante la guerra?

— Durante la guerra conseguí que se fundara una casa para la reeducación de los mutilados y en el Instituto organicé y amplié una Oficina Nacional de prótesis que funciona todavía. Hemos sido los primeros en adoptar la prótesis de madera para los artos inferiores, la que se llama prótesis americana, que ha encontrado el sufragio de una larga experiencia.

— ¿Estuve usted muchas veces en Norteamérica?

— El año 1919 invitado por la Cruz Roja Americana, tomé parte en el Congreso de la Asociación para la asistencia de los mutilados e inválidos de guerra.

Volví en el verano del año 1921 llamado por la Sociedad Americana de Ortopedia y la Asociación Médica Americana que tenían dos Congresos separados.

— ¿Presentó el resultado de sus estudios?

— En el Congreso de Ortopedia comuniqué el resultado de mis artroplásticas; en el Congreso de la Asociación Médica ilustré mi método para alargar el fémur mediante una operación. El año 1917 fundé un periódico hoy bastante difundido en el mundo científico: «La cirugía de los órganos del movimiento».

— ¿Y en el último Congreso de Londres?

— En el último Congreso de Londres he participado los que podríamos llamar los resultados de mis operaciones durante trece años, para reconstruír articulaciones.

— ¿Ha efectuado muchas operaciones de esta clase?

— Ciento cuarenta y dos hasta el día en que me presenté al Congreso de Londres. La primera operación de artroplástica la hice el 10 de junio de 1910. Se trataba de la reconstrucción de un codo anquilosado.

— ¿Así que después de los resultados conseguidos, la reconstrucción de las articulaciones podrá entrar en el campo de la cirugía común?

— No crea. Y si eso se verificara sería un error muy grande, porque daría lugar a fracasos, que resultarían en perjuicio de la seriedad de los estudios efectuados. La artroplástica, según mi modo de ver, está destinada a quedar a cargo exclusivo de los especialistas. Es preciso tener presente que para la artroplástica se necesitan: conocimientos seguros de anatomía, fisiología, patología articular; una técnica operatoria perfecta, procedimiento y manualidad de curaciones postoperatorias, que pertenecen al campo de la ortopedia mecánica y de la fisiología ortopédica...

— ¿En la edad infantil la reconstrucción no es más rápida?

— Es lo que generalmente se cree. Sin embargo, hay que tener presente que el éxito de una operación reconstructiva depende en gran parte de recursos neoformativos y plásticos de los tejidos y que se trata de un fenómeno biológico, que necesita de la activa colaboración del enfermo.

— Usted ha hablado de la condición social... ¿Y por qué?

— Porque el enfermo, después de la operación debe quedar en tratamiento para las curas postoperatorias. Se necesitan seis semanas por lo menos para el tratamiento fisioterápico de la artroplástica de un codo y doce semanas para el tratamiento fisoterápico de una rodilla...

— Dígame... ¿La artroplástica se puede efectuar también sobre una persona que desde mucho tiempo sufre de anquilosis a una rodilla o a un codo?

— No solamente... Le diré más. La intervención quirúrgica en una anquilosis, cualquiera que sea su origen, tendrá que intentarse, siempre cuando cada síntoma clínico de actividad del proceso que ha dado lugar a la anquilosis haya desaparecido...

— Una pregunta todavía y perdone si puede parecerle algo atrevida... ¿Con el tiempo los que han sido operados, no llegan a resentirse de la operación sufrida? ¿La nueva articulación creada artificialmente, resiste como una articulación natural? ¿No resulta más débil?

— Me esperaba estas preguntas, que por otra parte no me han sido dirigidas solamente por personas profanas en la materia. Puedo asegurarle que mis operados desde hace diez años están en perfecto estado. La mejora es progresiva y va en aumento. Podría hacerle ver personas operadas al codo y a la rodilla que han tomado parte en la guerra o se dedican a trabajos agrícolas.

— Entonces se puede decir que un órgano reconstruído de esta manera, encierra toda la perfección de aquellos que...

— No hay que exagerar. Es imposible alcanzar la perfección anatómica funcional de las conjunturas fisiológicas, pero se consigue una nueva articulación, que sirve perfectamente al objeto a que está destinada. Por otra parte, ¿puede acaso el cirujano reproducir integralmente los mecanismos naturales?

— ¿Y por lo que se refiere a sus métodos operatorios?

— ¿No me dijo usted que su revista no es de índole científica? Y entonces si yo le hiciera una comunicación de mi sistema operatorio, sus lectores probablemente se quedarían en ayunas. Usted sabe que nuestro lenguaje es un lenguaje casi sacerdotal, característico, hecho para nosotros, así que...

— ¿Y el Instituto Elioterápico de Cortina d'Ampezzo?

— Se ha destinado para el tratamiento de la tuberculosis de los huesos...

— Una última pregunta y me voy... ¿Podría darme una fotografía suya, para enviarla a CARAS Y CARETAS?

— Con mucho gusto... Aquí la tiene.

— ¿Y no quiere agregar dos renglones? ¿Una pequeña dedicatoria?

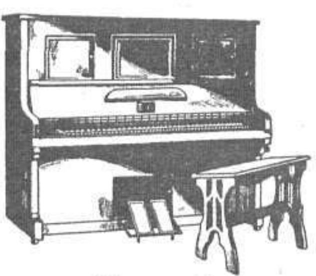
— Usted me exige demasiado... Demasiadas cosas... Reservo las dedicatorias para las mujeres bonitas.

— ¿Ah sí? ¿Nada más? Entonces si es que usted va a Buenos Aires puede alistarse para escribir... volúmenes.

DOCTOR A. VACCARI

De Territorios

RESISTENCIA. — Minuet bailado por distinguidas señoritas y caballeros de esta localidad, en la velada artística realizada con todo éxito a beneficio del Tiro Federal.



Primer premio.

PRIMER PREMIO: Gran Piano "Augusto Roth" de concierto, con autonola de la casa Breyer Hnos. con 20 rollos a elección, Valor $ 2.600.—.

SEGUNDO PREMIO: Gran Concertola de lujo, con 12 piezas, de la casa "América". Valor $ 380.—.

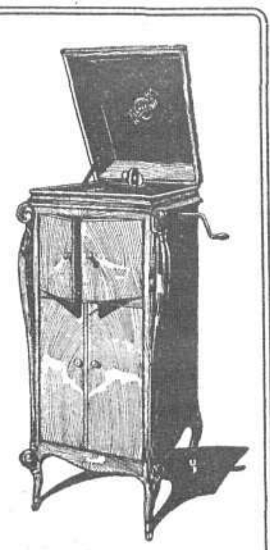
TERCER PREMIO: Bicicleta para niña o niño a elección, marca "Exquisite" de la casa M. Pacheco & Cía. Valor $ 135. —.

UN CONCURSO DE CORRECCION ABSOLUTA, CON PREMIOS INTERESANTES Y VALIOSOS

Se trata de acertar que día, de los comprendidos entre el 20 y el 31 de Enero 1924, será el de temperatura más elevada en la Capital Federal.

Esas son, sintéticamente expresadas, las bases del Concurso organizado para sus favorecedores por la casa BIXIO & CASTIGLIONI, y que Vd. puede solicitar con todas las aclaraciones, personalmente, por carta o por teléfono.

La simple lectura del problema que se plantea, evidencia la seriedad y corrección más extremas, pues se trata de algo que no puede ser previsto ni alterado por nadie.



Segundo premio.

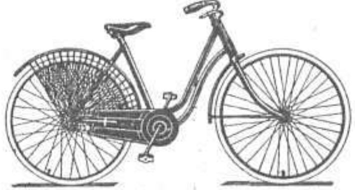
FOTOGRAFIA

SOLICITE BASES.

Bixio & Castiglioni



Esta casa cierra los Domingos



Tercer premio.

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO VIII

DOYLE ORDENA POR TELÉFONO. — SUSTOS Y COMPLICACIONES. — LA CARTA ANÓNIMA QUE DESAPARECE

Jim Armstrong había sido asesinado. Indicios, sospechas y detalles iban cristalizándose en certeza. Teniendo en cuenta la visita de Lacy a Ruth, el hecho de que la Agencia Bryan, de Nueva York, enviara a uno de sus mejores sabuesos a Beaulieu, y luego quedando en claro que existían negocios entre Jim y Lesoeur, según los descubrimientos posteriores, la carta anónima recibida por la señora del francocanadiense desaparecido venía a ser como el último eslabón de una cadena de evidencias, y todas estas evidencias que surgían de las tinieblas, probaban «moralmente» que Jim Armstrong fuera muerto por alguien, no a consecuencia de un accidente fortuito ni mucho menos por suicidio.

Por unos momentos Ruth no contestó una palabra. Haciendo acopio de energía, pudo reprimirse y contener los gritos, los gestos y los ademanes que, en un agudo ataque de histerismo — herencia fatal de nuestros antepasados — pugnaban por exteriorizarse teatralmente.

El extraordinario esfuerzo que hubo de realizar para dominarse casi coloreó por unos segundos sus lívidas mejillas.

Miró a la amedrentada mujer y le dijo:

— Usted me ha dicho que su marido frecuentemente mencionaba a Mr. Armstrong, con quien decía tener negocios. Cuando Mr. Armstrong apareció muerto — quiero decir, desde entonces — ¿le ha vuelto ha hablar de él?

La señora de Lesoeur sacudió su cabeza y contestó:

— Fué por aquel tiempo cuando me habló de sus amigos. Recuerdo haberle mencionado la muerte de Armstrong, que yo acababa de leer en el diario, lo que le sorprendió mucho.

— ¿Muy extraordinariamente?

Los ojos de la mujer aparecieron temerosos y desconfiados.

— No más de lo que se puede esperar de una persona que recibe la mala noticia de la muerte de un amigo. ¿Qué pretende usted inquirir? Yo conozco bien a Francis: él nunca se hubiera mezclado en algo que...

Interrumpióse, poniéndose densamente pálida.

— ¿Qué ha pensado usted? — agregó al fin.

— Esta carta revela que Mr. Armstrong fué asesinado; el que la escribió amenaza al marido de usted, y si él...

— Francis podrá ser un jugador y un bebedor, pero no tiene relaciones con asesinos — aseguró la abandonada. — Si él sospechara o conociera que Armstrong ha sido asesinado, con toda seguridad que hubiera avisado a la policía. Se lo he oído decir así.

La mujer defendía a su marido, natural obligación, pero Ruth sintió que no mentía, que, al menos, explicaba la verdad según su apreciación.

Ahora era ella, la señora del francocanadiense, la que con su yanqui sagacidad dijo a la visitante:

— Usted no parece sorprenderse tanto como debiera.

La señora de Reverly, después de una fuerte y larga respiración, contestó:

— Señora Lesoeur: hay detectives investigando la muerte de Mr. Armstrong. Existen indicios de que ha sido asesinado. Este anónimo parece aclarar estas sospechas.

— ¿Y mi Francis será comprometido en ello? — gritó asustada.

— Será interrogado para que diga quién escribió esta carta — contestó Ruth. — Pero nada debe usted temer de tal diligencia.

La señora Lesoeur sonrió con manifiesta aspereza.

— ¿Nada que temer? — habló arrastrando las palabras. — ¿Con enemigos que le amenazan de muerte? No debí enseñarle la carta; no sé lo que me dirá él cuando lo sepa.

— Si se ha cometido un asesinato, usted se mostrará satisfecha de que el criminal sea castigado, ¿no es así, señora? — preguntó con gravedad Ruth.

Una nube pareció ensombrecer las facciones de la infeliz. A pesar de la confianza que en este sentido le inspiraba su marido, sus temores crecían. Resultaba notorio que su miedo no provenía únicamente de las amenazas que el anónimo contenía.

— Por supuesto — dijo con voz débil, — hablaré de esto con Francis.

— Deberá usted hacerlo — asentó Ruth, — pero es de presumir que los que han escrito el anónimo hayan tenido alguna razón para enviarlo, precisamente durante su ausencia, y acaso él tenga miedo de regresar.

—La carta ha llegado hoy, a los dos días que Francis falta del hogar.

—Sí; y usted ignora las cartas amenazantes que pudo haber recibido él antes de su desaparición — sugirió la esposa de Bent.

La señora Lesoeur asintió con un movimiento de cabeza. Luego sus ojos parecieron revivir caldeados por un pensamiento.

—Usted me habla como si yo guardara algún secreto que le interesara. Si algo quisiera ocultarle ¿le hubiera mostrado la carta con tanta confianza? Le doy mi palabra, señora Reverly, de que no sé más de lo que le he dicho.

Advertíase que hablaba con sinceridad. Cualquier experto interrogador podría tener la habilidad de arrancarle más abundante información acerca de su marido; pero, para ser espontánea, la mujer se explicaba sin embustes aunque, sometida a un inteligente interrogatorio detectivesco, era probable que resultara más explícita. Ruth entonces comprendió la importancia que podía tener el asedio verbal puesto en práctica por competentes investigadores.

—¿Puedo yo guardarme la carta? — preguntó Ruth.

La mujer vaciló. Por su parte, la otra no tenía la menor intención de devolvérsela, pero no deseaba escenas violentas.

—Quiero mostrarla al detective que se halla investigando el caso — agregó conciliadora.

—Puede que a Francis no le guste — arguyó la primera.

El rostro de Ruth adquirió un aspecto seco, duro.

—Cuando se trata de investigar un crimen, cualquier detalle que pueda arrojar luz en el asunto es de vital importancia. Ni usted ni su marido tienen derecho para ocultar tal documento — afirmó.

—Yo no sé nada de leyes — protestó la señora Lesoeur, — yo sólo deseo hacer lo que le parezca bien a Francis. Y creo que hacer las cosas bien es lo conveniente. Quédese con la carta.

Con un disimulado sentimiento de triunfo guardó Ruth el papel en su bolsa al mismo tiempo que se levantaba.

—Me vuelvo a mi casa, señora Lesoeur. Si su marido regresa o bien le telefonea...

—No tengo teléfono — interrumpió aquélla.

—Bueno; cualquier noticia o comunicación que usted pueda tener aprovéchela para explicarle lo del anónimo y preguntarle lo que piensa acerca de



Dick el primo de Ruth, se limitó a escuchar la mitad de la conversación telefónica sostenida entre ella y el detective Doyle.

la investigación de la muerte de Armstrong. Usted ya sabe, señora Lesoeur, que si una persona que conoce acerca de un crimen algún detalle y no lo comunica a las autoridades, procede casi tan mal como el que lo ha cometido. Yo estoy segura que de su marido nada tiene que temer personalmente, pero también lo estoy de que, si quiere, podrá dar el nombre del que escribió el anónimo, y tal individuo nos podrá decir bastante acerca de la muerte de Mr. Armstrong. Espero, pues, que le diga a su marido, en la primera ocasión, que venga a verme a Beaulieu en seguida.

— Así lo haré, señora Reverly — prometió la tía de Agnes.

Y Ruth se despidió después de recomendarle que no dijera una palabra a su sobrina ni a otra persona alguna de todo lo hablado, prometiéndole enviarle al detective Doyle tan pronto como le fuera posible.

Hasta que nuevamente se halló en su casa no recordó que tenía una cita con Dick y Doyle. Se había olvidado con las preocupaciones del momento. La hora había pasado, enterándose de que los dos hombres estuvieran esperándola hasta que, transcurrida más de una hora, se fueron, prometiendo volver después de la cena.

Pensó si no habría obrado con precipitación al ofrecerle a la señora Lesoeur el envío de Doyle.

Se acordó de repente de la mitad del gemelo que tenía arriba. ¿Podría hablarle de tal hallazgo a Doyle? De ocultarle tan importante detalle, ¿cómo iba a ser franca con el detective y cómo afrontaría sus inquisitivas preguntas? Además, tal ocultación acaso comprometería el curso de las investigaciones con perjuicio de la verdad y era, en cierto sentido, un insulto para Bent.

Después de algunos momentos de reflexión y duda, acabó por decidirse a confiarse por entero a Doyle.

Pasó la hora de la cena; las ocho de la noche, luego las nueve, y nadie aparecía a visitarla. Febril impaciencia comenzó a consumirla. Pensó que, sin duda, Doyle se hallara muy ocupado en el asunto. ¿Habría él comprendido — adivinado — los detalles que ella le ocultara? ¿No se presentaba obedeciendo a algún plan determinado? Su voluntad fluctuaba cuando el teléfono sonó con insistencia.

— ¿Eres tú, Ruth? Le hablaba Dick.

Su voz notábase excitada.

— Pat y yo — siguió transmitiendo el aparato — hemos estado ocupados aquí, en Southfield. Pensamos ir a verte, como habíamos convenido, pero no pudimos.

— ¡Oh! Quiero hablar con Mr. Doyle, Dick — exclamó ansiosamente Ruth.

— Espera unos instantes — le contestó su primo.

En seguida ella oyó que llamaba a Doyle y que la voz profunda de éste tomaba el auricular y decía:

— ¿De qué se trata, señora Reverly?

Las palabras acudieron en tropel a los labios de ella. Habló y habló sin que él le interrumpiera, atento, sin duda, a lo que escuchaba. Y Ruth se lo relató todo, todo excepto el hallazgo de la parte del botón de oro.

— Léame la carta — ordenó él cuando ella terminó.

Obedeció Ruth, diciéndole:

— ¿Qué le parece?

— Guárdela bien, señora.

— La meteré en la cajita de acero.

— El primer mueble que los ladrones registran — replicó la otra voz. — Espero que se conduzca bien y comprenda mis advertencias. Recuerde que el que envió tal anónimo a Lesoeur no ignora que, de descubrirse su nombre, su carta puede significar una sentencia de muerte. Por supuesto, no conviene que el misterioso corresponsal conozca su visita a la señora Lesoeur ni que ésta le entregó el papel. Tenga cuidado; colóquelo bajo la alfombra de su salita.

— Es bien extraño el consejo — no pudo menos de decir ella.

— Muchas cosas son extrañas en este mundo — sentenció Doyle. — Yo no espero que usted me entienda, señora Reverly, pero le aconsejo que le conviene a usted seguir mis indicaciones tal como se las vaya comunicando.

— Iba ella a contestar algo, un poco molesta, cuando sintió que colgaba Doyle el aparato sin cumplimientos de ninguna especie.

Irritada y nerviosa, todavía esperó un minuto por si de nuevo sonaba el aparato, pero fué en vano. Luego abandonó el teléfono y se sentó en una silla.

Pat Doyle le resultaba no solamente el más presuntuoso hombre que ella conociera, pero también un loco. Hablaba y actuaba exactamente como los detectives de las novelas más amarillas. Sin embargo, cuando recordaba sus miradas firmes e inquisitivas, rectificaba su pensamiento en el sentido de que quizá fuera menos loco de lo que ella pensaba. Ayer, sin ir más lejos, Ruth se hubiera burlado ante la idea de complicaciones, misterios y cartas extrañas y anónimas invadiendo la tradicional quietud de aquella villa de Beaulieu y del pueblo comarcano de Sothfield; y ahora, de un modo tan imprevisto como notorio, reconocía que no sólo existía tan tenebrosa madeja sino que ella misma se hallaba enredada entre sus mallas. Y ante el curso de tales acontecimientos, dábase cuenta de que no podía ni ofender ni burlarse de los melodramáticos instintos detectivescos de Doyle.

Tomando la carta anónima de su bolsa, que no abandonara un segundo ni durante la cena, la deslizó debajo de la alfombra, en una de sus esquinas. Parecíale absurdo tal proceder y otra vez se agriaron sus sentimientos hacia el extravagante amigo de su primo.

En todo caso, y mientras regresara Bent, resolvió obedecer a Doyle por necios e insubstanciales que sus consejos le parecieran.

Se levantó y se dirigió a sus habitaciones de arriba tomando consigo un libro.

Presentía que le iba a costar mucho trabajo poder leer con atención dadas sus preocupaciones; pero también érale necesario llamar al sueño de alguna manera.

Apenas penetró en su vestidor para despojarse de sus prendas y soltarse la cabellera, el timbre de la puerta de entrada resonó con fuerza.

Un momento después aparecía Mary, la otra criada, y le anunciaba que la señora Overholt, su vecina, deseaba verla.

Ruth hizo un significativo gesto de contrariedad; no deseaba visitantes aquella noche. Sin embargo, bajó las escaleras para recibir a su amiga.

La señora Overholt, una menudita rubia que ocultaba los años con admirable disimulo, esperaba abajo. Era bonita, de una belleza caprichosa y artificial un poco rara, y a Ruth no le simpatizaba mucho.

Conocía a Sadie Overholt y a su marido desde bastantes años atrás, y, ciertamente, no los admiraba mucho. El, que se llamaba Sam, no trabajaba, viviendo de la herencia de su padre, un prominente fabricante neoyorquino de gran influencia en su tiempo. Vivían bien, a su modo, y las murmuraciones acerca de su matrimonio mostrábanse de acuerdo en reconocer que estuvieran a punto de divorciarse muchas veces y que, al fin, de común acuerdo, determinaron tomarse cada uno su libertad particular sin que intervinieran los tribunales.

Y ahora, al llamar Sadie, la mujer, a la puerta de su vecina, una sorpresa fuerte asaltó a ésta, cu-

yas relaciones con la independiente esposa no eran íntimas.

Se saludaron sonrientes y la visitante dijo:

— Sam recibió hace poco un telegrama de Nueva York y hubo de salir precipitadamente hacia Southfield para alcanzar el tren de Boston; y como me encuentro un poco nerviosa esta noche, y, además, sabiendo que usted se hallaba viuda circunstancialmente, pensé en seguida que nos aburriríamos menos si nos juntáramos. ¿Así es que sería usted tan amable y condescendiente como para darme hospitalidad esta noche en vuestro hogar?

La señora Reverly, poniéndose a tono, no tuvo más remedio que mostrarse amable, y contestó con su mejor sonrisa:

— Ya lo creo, con todo gusto.

La señora Overholt agradeció el ofrecimiento y dijo con una naturalidad que no convencía:

— Casi nunca padezco de caprichos, pero esta noche mis nervios se me han puesto de punta y me invitan a dar cabriolas. ¡Ah! Le prometo contenerme y no aburrirla. En casa, hallándome sola, fué cuando pensé en compartir con usted la velada, porque, la verdad, no me encontraba muy a gusto en tal situación.

Sadie Overholt era la última persona en el mundo a quien Ruth hubiera juzgado tímida y sobrecogida por temor a la soledad.

No obstante, llamó a Mary y le ordenó que dispusiera una habitación para la señora. En fin de cuentas, también ella se aburría sola y su sistema nervioso la sacudía, de manera que, aunque no resultaba de su mayor agrado su vecina, en este caso se alegró de que alguien viniera a entretenerla.

Hasta media noche charlaron animadamente, no sin repasar por la vecindad sus murmuraciones. Los acontecimientos sociales y deportivos de la temporada fueron examinados desde todos los ángulos, y, al fin, Sadie, bostezando con frecuencia, anunció sus deseos de acostarse y Ruth la encaminó hasta la pieza.

Entonces la dueña de la casa, exhausta y a la vez excitada por la larga conversación sostenida con su huésped, pensó, al recogerse en su habitación, que le sería muy difícil conciliar el sueño; y ya entre las sábanas se dispuso a leer todavía por largo tiempo cuando, a los pocos minutos, sus párpados comenzaron a pesarle al tiempo que se sentía invadida por el dulce sopor que precede al reposo.

La fatiga triunfaba sobre la alteración nerviosa.

Sacó un brazo y a tientas, pues los ojos se le habían cerrado, dió vuelta a la llave de la luz eléctrica y se quedó dormida plácidamente.

No llevaba durmiendo, según ella, muchos minutos, cuando fué despertada por unos gritos que supuso partían del piso bajo. Se incorporó bruscamente y dió la luz, y sin preocuparse de nada, con los pies desnudos y en camisa salió hasta el pasillo, y escuchó, reconociendo que los gritos los profería la señora Overholt.

Miedosa como era ante lo desconocido y misterioso, Ruth no perdía su control ante los acontecimientos reales; no era cobarde cuando se enfrentaba con cosas tangibles a las que pudiera oponerse una legítima defensa, y en cierta ocasión, siendo soltera, había tenido oportunidad de dar lecciones de ánimo sereno a un hermano y su padre, asaltados durante la noche por dos ladrones, a uno de los cuales hizo aprehender ella, inmovilizándolo mientras le apuntaba con una llave.

Bajó las escaleras y entró en la sala. En la puerta de salida hallábase Sadie Overholt, cubierta por un salto de cama y evidentemente excitada, alentando con dificultad, pero sin proferir nuevos gritos.

— ¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido? — exclamó ansiosa Ruth, dirigiéndose a ella y tomándola de los brazos.

— Yo no creo que se haya llevado nada — articuló Sadie: — escapó rapidísimo en cuanto me vió.

— ¿Quién escapó, querida? — preguntó Ruth.

La señora Overholt meneó su cabecita rubia entre rabiosa y contrariada.

— Si yo supiera quién era no descansaría hasta verlo metido en la cárcel — dijo. — Sólo distinguí su sombra. Yo escuché un ruido sordo y me levanté, aproximándome cautelosamente hasta las escaleras, y miré para abajo, divisando la figura de un hombre en la sala. Di un fuerte grito al mismo tiempo que echaba a correr escaleras abajo.

— Muy decidida, muy valiente determinación — exclamó Ruth.

— Bueno; no era posible que yo, en la medida de mis fuerzas, consintiera que alguien robara la vajilla de plata de una amiga hospitalaria, compréndalo usted. Vamos a ver si se llevó algo al saltar por la ventana.

Se fueron hacia la ventana, que se hallaba abierta.

Una rápida inspección de Ruth le fué suficiente para asegurarse de que nada faltaba; la sala presentaba el aspecto ordenado de siempre.

Unos segundos nada más se quedó pensativa y luego, dirigiéndose a uno de los extremos del aposento, levantó uno de los ángulos de la alfombra.

— ¿Qué busca usted ahí debajo? — preguntó Sadie.

— ¡Oh! Algunas veces suelo guardar en este sitio alguna cosilla — explicó la señora Reverly.

— Un sitio bastante inocente — comentó la otra con aire convencido. — Las criadas, al limpiar, pueden encontrarse lo guardado.

— ¡Ah! — se limitó a gritar Ruth.

— ¿Alguna novedad?

— Había un papel aquí y ya no está — dijo la primera.

— ¿Cosa de valor?,

— Tengo entendido que sí; alguien pensó que merecía la pena robarlo — habló Ruth mal disimulando cierta mueca.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NUMERO)

Comentarios

Valiente, denodado
y, en algunos momentos, abnegado,
un senador que tiene una entereza
que nadie ha doblegado,
y es César y Alejandro en una pieza,
con toda su energía
de este modo decía:

* * *



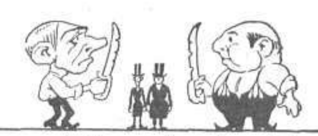
—Ante un tigre, una víbora o un oso
no me siento miedoso.
En el bosque sombrío
y en la abierta llanura
conservo igual frescura.
No me arredran los soles del estío
ni me asustan las nieblas del invierno:
Cid clásico y moderno,
el monstruo horrible cazo
y luego, con placer lo despedazo.
Nada me hace temblar, nada me altera
Ni Le Breton siquiera.

* * *



—Al campo del honor llego impasible.
Y mi tranquilidad indiscutible
demuestro cuando un coche me atropella.
Eso no me hace mella.
Ante un rival potente e irascible,
aunque sea más gordo que Cantilo,
me quedo tan tranquilo.
¿Quién niega mi denuedo?
Yo no sé lo que es miedo.

* * *



—Soy capaz de subirme a una veleta,
y de escuchar dos horas a un poeta.
Soy capaz de atender al importuno
que tiene pretensiones de tribuno.
Soy capaz de ir al Polo en bicicleta.
Y ayudo, con flemático heroísmo,
a una dama que sufre de histerismo.
Espero, a quien me ataca, frente a frente.
¿Soy o no soy valiente?

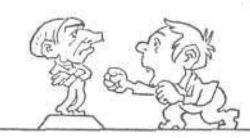
* * *

—Una revolución no me amilana.
Es una distracción únicamente.
Una hoja toledana
dirigida a mi pecho no me asusta;
ni la faz más adusta
ni el discurso más largo
me sacan del dulcísimo letargo
que de mí se apodera,
después de la comida más ligera.
Como yo, me figuro
que sería Bayardo, de seguro.

* * *

—Náufrago en alta mar, sin que pudiera
esperar nada del humano auxilio,
¿qué sospecháis que haría?
Nada; me bañaría
lo mismo que en mi propio domicilio.
Yo, como senador de alta prosapia,
amo la hidroterapia.

* * *



—Lo repito otra vez, como Bayardo,
yo jamás me acobardo.
Lo vuelvo a repetir, con mi heroísmo
no se concibe el miedo.
Yo soy el don Tancredo
del parlamentarismo.
¿Queréis que cruce a nado el Helesponto?
¿O que vaya al jardín de las Hespérides?
¿O que rapte a cualquiera de las piérides?
Pedidme alguna hazaña. Yo estoy pronto.

* * *

Soy audaz por instinto,
y si hallo algún obstáculo lo aparto.
¿Hay que ir al cuarto obscuro? Voy al cuarto.
¿Hay que ir al quinto infierno? Voy al quinto.

* * *

—Pienso que en nuestra joven democracia
el valor no se explica sin la audacia
Esforzado guerrero,
pedidme la más trágica aventura
que sea admiración de las naciones;
pedidme empresas imposibles; pero
no me pidáis que asista a las sesiones,
porque hasta eso no llega mi bravura.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Bailarines de restorán, por **Francisco Grandmontagne.** Devocionario lírico, por **Enrique Méndez Calzada.** La escala azul, por **Fernán Félix de Amador.** El bastón, por **Leonardo Bazzano.** Los bohemios en Buenos Aires, por **Enrique M. Rúas.** Aquel Charlatán, por **Carmelo Puciarelli.** El mejor jugador, por **Félix Esteban Cichero.** Nada, por **José M. Braña.** Frente a un micrófono, por **B. González Arrili.** La perfidia de la ilusión, por **Javier Núñez de Prado.** La emoción territorial, por **César Carrizo.** El hombre invisible, por **G. K. Cherterton.** Antes que te cases mira lo que haces, por **F. Sarasate de Mena.** Sueño profético, por **Enrique Sienkiewicz.** Primera amargura, por **Alicia Pestana.** Personas desconocidas, novela policial de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** El Instituto de Belleza de miss Kenny, por **Erie D. Walroud.** Fantasía de otoño, por **Miguel de Unamuno.** Hombres célebres: Catón, por **Eduardo del Saz.**